IRENE SOLÀ

Los diques

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

LOS DIQUES

IRENE SOLÀ SAEZ

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Título de la edición original:
Els dics

Edición en formato digital: marzo de 2021

© imagen de cubierta, imagen de Yael en Pixabay

© de la traducción, Paula Meiss. Cedida por Alto Pogo Ediciones, 2021

© Irene Solà. Por mediación de MB Agencia Literaria, S. L., 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4259-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

NOTE: This is a work of fiction, only in that, in many cases, the author could not remember the exact words said by certain people, and exact descriptions of certain things, so had to fill in gaps as best he could… Any resemblance to persons living or dead should be plainly apparent to them and those who know them, especially if the author has been kind enough to have provided their real names and, in some cases, their phone numbers.[1]

DAVE EGGERS, *A Heartbreaking Work of Staggering Genius*

When Floods have slit the Hills —
And scooped a Turnpike for Themselves—
And trodden out the Mills —[2]

EMILY DICKINSON

aquí em tens ’nar posant dics
que el teu doll m’anegaria,
i tu vinga posar dics
que el meu broll t’ofegaria.[3]

LAURA LÓPEZ GRANELL

(Junio)

Esta es Ada.

Estas son las teclas del ordenador de Ada, que esperan, atentas, la embestida.

Estos son los dedos de Ada que escriben: «Lluís se despertó porque tenía un sentido de la protección y la responsabilidad hacia la casa y sus enseres muy desarrollado.»

GARDUÑA

Lluís se despertó porque tenía un sentido de la protección y de la responsabilidad hacia la casa y sus enseres muy desarrollado. Se incorporó a oscuras y escuchó. El sonido era relativamente limpio. Alzó la mirada y Victòria le preguntó:

—¿Qué pasa?

En el tejado alguien había levantado una teja con suavidad.

—No lo sé.

La sostuvieron en el aire unos segundos y la dejaron caer con cuidado. Se oyeron unos pasos cautelosos y levantaron otra teja.

Lluís pensó con la mente espesa en la forma y la estructura de la casa. El jardín, el balcón, la montaña detrás, el cobertizo de las herramientas del huerto, los robles. La única manera de subir al tejado era a través de la buhardilla. Victòria se movió debajo del edredón tratando de no hacer ruido y se le acercó.

—¿Qué será? —preguntó.

—Shh.

Pero ya no se oyó nada.

La segunda noche, el ruido duró un rato más. Cuando ella se despertó, él ya observaba el techo. Dijo mierda y saltó de la cama. Se puso las zapatillas. Lo oyó moverse por el piso de abajo, revolviendo el armario de la entrada. Salió por la puerta del comedor sin encender la luz. Victòria se levantó y fue hacia la ventana. Era primavera y el césped estaba mojado y la humedad traspasaba las alpargatas. Lluís llevaba una linterna enorme en la mano izquierda. Atravesó el jardín sin mirar la casa. La noche estaba oscura y olía a tierra. Se volvió, apuntó la linterna hacia el tejado y la encendió. Un animal largo y con el pecho blanco se levantó sobre las patas traseras y lo observó. Le centellearon los ojos. Entonces, la criatura volvió a ponerse a cuatro patas y corrió sobre el tejado. Cuando llegó encima de donde dormían Ada y Quim, saltó hacia un roble y desapareció. Al bajar la linterna, Lluís vio a

Victòria, que lo miraba por la ventana.

—Creo que era un hurón buscando nidos para comer pichones.

—Parecía una persona —dijo Victòria.

Lluís se metió en la cama y la abrazó. Tenía los pies congelados.

—Ya sabemos dónde están los gatitos —agregó Victòria, en voz baja.

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer?

—Mañana coloco bien las tejas y llamo a Ballador —dijo Lluís.

—¿Qué te dará?

—No sé, supongo que algo.

—¿Era bonito? —preguntó Victòria.

—Precioso —dijo él, y le puso un brazo, la piel fría, debajo del cuello.

—Pero no puede tocar las tejas.

—No.

No era un hurón. Era una garduña. Parecida, pero con el cuello blanco.

Al día siguiente, Lluís trepó al tejado. Se encontró un nido vacío y lo tiró. Allá arriba, tan cerca del sol, el calor era agradable. A las once y media llamó al vecino. Vicenç Ballador vivía en una granja allí cerca. No pertenecía a la urbanización. Era una casa de campo. Con nombre: Can Ballador.

Dejando de lado la tosquedad desbordante y viril, la cara roja y los brazos peludos que asomaban de las mangas arremangadas, Vicenç de Can Ballador era un bailarín sobresaliente. Con una noción acertada y precisa de los conceptos de ritmo y caderas. Dueño de una espalda gigante y unos dedos robustísimos, parecía imposible que fuera capaz de mover nada con delicadeza, y mucho menos un cuerpo de mujer, y menos aún siguiendo el compás. Pero en la Fiesta Mayor bailaba toda la noche. Cuando su mujer se cansaba, bailaba con las vecinas. No le importaban las mujeres sino el baile. Y sudaba y era húmedo al tacto y olía a jabalí y a colonia masculina.

Vicenç Ballador, campesino y cazador, le dio una bolsa de estricnina, un polvo blanco. Le cobró quince euros y le explicó que, antes, las mujeres la tomaban para abortar. También le dijo que, si quería, podía matarle la alimaña con la escopeta. Lluís le contestó que prefería el veneno, y el campesino y cazador asintió en silencio y le dio la mano. Era un hombre rústico que había perdido dos dedos en un accidente en el campo y que tenía un hijo de diez años que también se llamaba

Vicenç y ya había matado su primer corzo. Se tocó la gorra en señal de despedida y subió al coche.

Al atardecer, Lluís preparó una bola de carne picada roja y compacta. Victòria bañaba a Ada y Quim. Nàdia estaba en básquet, entrenando, y la iban a buscar a las nueve. En el centro de la bola de carne puso la mitad del polvo blanco. Volcó en un bote de vidrio el resto de la estricnina y lo guardó en la despensa. Bien. Cuando salió al jardín y dejó la bola de carne debajo del roble, parecía una albóndiga para el caldo.

Esa noche, acostado al lado de Victòria, que dormía a oscuras, Lluís se imaginó que la garduña andaba muy lejos, subida a los árboles de otros pueblos, sobre los tejados desiguales, marrones y amarillos, de otras masías. Lejos de las tejas rojas, rectas y brillantes de las casas de la urbanización de Sorrabonica, lejos de los jardines y las piscinas y las paredes nuevas y delgadas. Y pensó en la bola de carne, sola, debajo del roble. Y pensó en el perro de los Hernández, que vivían tres casas más allá. Y se imaginó que encontraba la bola de carne, excitado. Que se la comía mientras movía la cola, dos veces más larga que sus patas diminutas. Que se moría hecho un ovillo. Después, vio un ejército de gatos callejeros. Gatos asilvestrados que se daban un banquete con la bola de carne. Destripándola y espoleándose los unos a los otros, como leones, comiéndosela cada uno en su rincón. Todos muertos. El jardín, un desparrame de gatos muertos y carne picada. También se imaginó que Quim encontraba la bola. No se la comía, solo la agarraba y la abría con curiosidad. Los deditos embadurnados de carne picada y de polvo blanco sosteniendo el bocadillo de la merienda.

A las dos de la mañana, Lluís se levantó procurando no despertar a su mujer y salió al jardín. Con la linterna en la mano, buscó la bola de carne. La encontró intacta, debajo del roble. La agarró y se la llevó a la casa. La observó a la luz del tubo fluorescente de la cocina y se imaginó a Vicenç Ballador. A Vicenç Ballador pensando que Lluís era un cobarde. Que esta era una de esas situaciones en las que se demuestra quién es hombre de campo y quién no lo es. Quién está curtido y quién sabe lo que hay que hacer. Pensó que iba a tener que mentirle. Decirle que la garduña se había comido la carne, pero no se había muerto. Insinuar que tal vez los gatos callejeros se la habían comido. Pedirle que la matara con la escopeta. Entonces fue al cuarto de baño y tiró la bola por el inodoro.

Antes de meterse en la cama se lavó las manos. Y se las olisqueó. Olían a jabón y a carne cruda. A butifarra cruda. Rosada y blanquecina.

La madre de Victòria, cuando estaba viva y preparaba butifarras, siempre cortaba una punta de la salchicha antes de ponerla en la sartén, la untaba sobre un trozo de pan y se la comía contenta como si fuera una *delicatessen*. A Lluís lo horrorizaba esa imagen. La mujer contaba que toda la vida, cuando mataban los cerdos en casa y preparaban butifarras y fuets, a ella le hacían probar la carne picada, para ver si le faltaba sal o pimienta. Y decía que ese sabor le traía buenos recuerdos. Los padres de Victòria también eran de campo. Masoveros que habían tenido que dejar su casa porque no era suya y era vieja, y si la restauraban, los amos se la quedaban para ellos. La madre de Victòria se había ido muriendo poco a poco después de dejar esa casa, como si el trasplante hubiera podido con el árbol. El padre de Victòria había aguantado unos cuantos años más. Con los ahorros de dos vidas trabajando día y noche, el hombre fue capaz de pagar la mitad de la entrada de la casa de Sorrabonica.

—Victòria, si viera tu madre que ahora somos los dueños.

Esta es la mañana, afuera, levantándose por encima del tejado, dieciocho años después de que la garduña se fuera a comer pichones a otra casa.

Y esta es la luz que entra por todas las ventanas, imparable, como las arañas. Y esta es Ada, que desayuna. Y este es el cabello de Ada como una castaña, y las pestañas cortas pero densas de Ada, y las cejas poco curvadas, y la cara tan seria y los ojos oscuros de gorrión, y la nariz grande pero bonita, como de águila, y la boca fina y el cuerpo largo y delgado, y los pies y las manos inmensos y las piernas pecosas de Ada, que se tragan una tostada. Esta es Victòria, que trajina entre la cocina y la entrada, y se alegra de que la casa esté llena. Y este es Quim arriba, cerrando bien los ojos para que no entre ni un rayo de luz que permita que se desvele y lo devore la resaca.

Esta es Ada que le dice a Victòria que para hacer un retrato fiel y preciso de su personaje necesita seguirla. Y esta es Victòria que le pregunta:

—¿Pero podemos hablar normal?

—Sí, mamá, claro, yo solo voy a ir tomando notas —dice Ada.

—¿Vas a ir anotando lo que diga? —pregunta Victòria.

—Más que nada lo que hagas. No te voy a molestar.

Y esta es Ada que acompaña a Victòria a la peluquería, y se sube al jeep que ruge mientras arranca.

Esta es Josefa Puig, con un brazo enyesado, que cuenta una historia sobre vacas mientras la peluquera le aplica el tinte:

—Íbamos paseando tranquilamente —dice—. Era domingo. Con mi yerno y mis nietos; miré hacia arriba y vi una vaca, una vaca, tan tranquila, en lo alto del precipicio, yo recogía lavanda, ahora si la huelo se me encoge el corazón… Cuando volví a levantar la mirada, la vaca se lanzaba pendiente abajo y se me venía encima.

—No sabía que las vacas atacaran a las personas —dice la peluquera.

—Yo tampoco, hasta que la tuve encima y pensé que me moría. Es muy gorda, una vaca. Mi marido dice que las vacas son un poco así, que si se asustan o se pierden de la vacada, se vuelven locas y te pueden matar. Y eso es lo que le pasó a esta vaca. Me vio y se debió de sentir

amenazada, y me clavó en la tierra como si yo fuera una aceituna. Me habría matado si mi yerno no hubiera encontrado un tronco y me la hubiera sacado de encima.

—Qué historia —dice Victòria.

Y Ada, detrás de ella, toma notas con efusividad. Y este es el jeep blanco de Victòria que vuelve de la peluquería y aparca al sol delante de la casa. Este es Loki, exageradamente feo, que observa el vehículo con desdén desde una silla. Loki, amo y señor del jardín, y de la hierba corta y sedienta, y de cada una de las sillas blancas y manchadas de caca de mosca como si fueran pecas, y de cada uno de los escarabajos y ratoncitos que osen cruzarse por su camino. El gato es raquítico y amarillo, todo ojos y boca chillona. Silvestre como una castaña. Igual de feo que su madre y sus hermanos, pero de un blanco sucio, y atrevido. Atrevido porque de todos los gatos es el único que se deja coger. No es que le guste, es que no tiene miedo. Ada se le acerca poco a poco, le lleva un trocito de pavo y lo agarra levantándolo. Luego lo aguanta con fuerza sobre la falda para que no se le escape. Después de un rato de forcejear y maullar y de intentar escurrírsele entre las piernas, el gato a veces ronronea.

Este es Quim dándole la idea del nombre. Ella le quería poner Préssec[4] porque es de color claro. Quim dice que el gato es tan feo y tan arisco que seguro que es malvado. Dice que lo tienen que tratar bien porque seguro que es algún malhechor condenado a ser un gato horrible toda la eternidad. Afirma que es Loki, el hermano malvado de Odín. Dice que seguro que Odín lo sentenció a ser un gato horrible, y que está atrapado ahí adentro y que por eso no para de maullar. A Ada le hace gracia.

Y este es Loki que se sube al alféizar de la ventana del comedor, y a las macetas de Victòria, y los mira mientras comen.

Y esta es Victòria dos semanas más tarde que dice:

—Después me llevaré el gato muerto.

—¿Qué gato muerto? —pregunta Ada.

—Hay un gato muerto detrás de las macetas, abajo del banco. El que se dejaba tocar.

—¿Qué? ¿Loki?

—Eso me dijo Quim, que había visto un perro —dice Victòria.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. Me dijo que los gatos le habían arañado la cara al perro y que después apareció un cazador. El gato está detrás de las

macetas, no se ve bien, pero yo diría que debe de ser el anaranjado que se dejaba acariciar —comenta Victòria.

Este es el cuerpo de Loki tendido entre las macetas. Los gatos se mueren en la intimidad. Y esta es Ada, que piensa en ir a verlo, pero no va. Cuando oye que Victòria está afuera, mira por la ventana. Y este es el cuerpo flaco de Victòria, casi masculino, como el de Ada, apartando las dos macetas e introduciendo la pala horizontalmente. La media melena gris y oscura se sacude con el movimiento, los ojos negros y chiquitos, concentrados y serios. Cuando lo levanta, el gato parece de peluche. Rodeado del pelo que se le ha caído. La cabeza entre las patas delanteras, como si durmiera. El pelo opaco, como si lo hubieran disecado mal.

Esta es la pala, que se clava en la tierra oscura al final del huerto. Esta es la tierra oscura, que deja espacio para que quepa el cuerpo del gato muerto. Y esta es Victòria que aplana la tierra cometiendo una ilegalidad:

ARTÍCULO 10. ZONAS DE ESPARCIMIENTO Y ENTERRAMIENTO. Los ayuntamientos habilitarán […] lugares destinados a enterrar animales muertos o sistemas para la destrucción de cadáveres. [5]

*

UN BUEN CAMPESINO TENÍA UN PERRO

El día en que se le enganchó la mano derecha en la máquina cosechadora hacía mucho calor. Un calor de esos que te obligan a moverte con torpeza, que no te dejan mirar más arriba de las cejas, mojadas y llenas de polvo, y que tensan las cuerdas como serpientes, y las terminan enredando con las cuchillas.

Perdió el meñique y el anular de la mano derecha, y le quedaron tres dedos y una cicatriz bastante bien curada que parecía la pata de un pájaro. De dentro de los hierros no recuperaron ni una uña entera, pero podía seguir trabajando, y pasaban cosas peores, mucho peores.

El día en que encontró la bomba también hacía mucho calor. Como si a mediados de julio hubieran cubierto los campos con una manta. Cuando sintió el tirón detuvo el tractor, levantó el arado, lo apartó cuatro o cinco metros para allá y se bajó. Primero le costó mucho entender qué era, porque estaba rebozada de tierra. Pero cuando lo tocó y le limpió la tierra, pensó que era muy probable que fuese un mortero de la Guerra Civil. Y le hizo mucha gracia, porque él, de la Guerra Civil, lo máximo que había encontrado eran unas monedas enterradas en macetas. Lo cogió con mucho cuidado para quitarlo del medio, y pensó que ese mamotreto debía de pesar por lo menos veinticinco kilos. Un perro de veinticinco kilos es demasiado esmirriado como para sobrevivir en el campo. Estaba harto de enterrar perritos falderos demasiado pequeños detrás de la granja. En una explanada bonita, repleta de tomillo. A los que habían matado otros perros más grandes, o coches, o alguna enfermedad insignificante. En el campo hay que tener perros grandes y sufridos, un pastor alemán o un mastín, perros que le aúllen a la luna y sean capaces de enfrentarse a los jabalíes. Cuando se le murió Taques, le había tenido que pedir ayuda a su hermano para enterrarlo. Primero para cavar el hoyo, amplio y hondo, y después para arrastrar hasta allí al pobre animal. Ese mastín pesaba por lo menos setenta kilos y era grande como un ternero; lo acompañaba cada día a

la granja y lo esperaba debajo de la higuera, y si había chicos, o ancianos, o vecinos o animales temerosos, era tan respetuoso que se sentaba.

Ahora estaba prohibido enterrar a los perros en casa. Los tenías que arrojar al contenedor de cadáveres. En verano había visto a los chicos correr a esconderse dentro de casa, o hundir la cabeza en el arroyo casi compulsivamente, para no sentir el olor a carroña cuando llegaba el camión a recoger los animales muertos del contenedor. El camionero saludaba desde lejos con una mano o con la cabeza. Nunca se bajaba, ni paraba más tiempo del necesario, y la verdad es que se lo agradecían porque el hombre acarreaba la muerte detrás de sí. Y no una idea abstracta e higiénica de la muerte, nada de la figura negra, atildada y con guadaña. Acarreaba la peste a carroña que emana de la muerte, infecta y abusiva, ácida y caliente, que irrumpe nariz adentro. A Vicenç Ballador le despertaba curiosidad, ese señor. Pensaba que debía ser difícil amar a alguien que siempre oliera a carroña. ¿Cómo no le iba a quedar a ese pobre individuo olor a carne putrefacta debajo de las uñas o en el cuero cabelludo, por más que se restregara en la ducha? Y se lo imaginaba viviendo en un edificio donde, instintivamente, después de siete millones de años de evolución, los vecinos evitaban compartir el ascensor con él.

Pero de cualquier forma era terrible que no te dejasen enterrar a los perros o a los gatos en casa, y poder contarles a tus hijos dónde estaban, y que tuviesen un lugar, y una mata de tomillo encima. Aunque la gente hiciera lo que había que hacer. Por más que todos los que tenían un terrenito enterraran allí a sus animales queridos, aun así, era una irreverencia eso de meterse en casa de los demás a decirles lo que tenían que hacer. Como también era terrible tener un perro grande, verdaderamente preparado para sobrevivir, un perro nacido para correr mucho y ser libre y vivir en el campo, y estar obligado a tenerlo atado toda la vida. Porque esa era otra cosa que tampoco podías hacer: tener los perros sueltos y que te esperaran bajo la higuera.

Dejó la bomba a un lado con cuidado, y volvió al tractor. Los tractores con radio y aire acondicionado eran, sin duda alguna, el invento del siglo. Vicenç Ballador no veía nunca películas de la Guerra Civil. Ni de la Guerra Civil, ni de campos de concentración, ni de chicos con cáncer. Dio marcha atrás, clavó el arado ahí donde lo había levantado y continuó.

Cuando era pequeño, en esa casa tan húmeda y con tantas goteras que solo se podía estar en la cocina, aunque los huesos se te pudrían de

todas formas, una tía abuela de su padre, medio ciega y que siempre estaba remendando calcetines, le contaba la única historia divertida de la guerra que había escuchado jamás: cómo su abuelo se había salvado de ir. Se había escondido con su hermano debajo de una vaca. Cuando se dieron cuenta de que las cosas se estaban complicando, habían cavado un foso debajo del establo de las vacas y se habían metido dentro. Las mujeres y el abuelo habían puesto un tablón grueso encima, y estiércol y paja y, por último, las vacas. Cuando vinieron a buscarlos no los encontraron, y se habían arriesgado a que los fusilaran, pero se salvaron de la guerra. La tía decía: «Un hombre muerto solo alimenta el palmo de tierra donde está enterrado», y cuando ya la cabeza se le iba, se reía sola y parecía una hiena.

Cuando terminó de labrar, llamó a la policía. No tenía todo el día para esperarlos, pero fue hasta la casa, se sirvió agua y se sentó en el porche mirando al campo.

Una vez los chicos habían corrido a buscarlo porque habían encontrado un cadáver. Vicenç hijo traía una mandíbula en la mano y Marta lo seguía. Vicenç padre había agarrado el hueso seco y gris, lo había examinado y había matado la aventura detectivesca diciendo que era un hueso de cordero. Ahora, Marta estaba terminando veterinaria y Vicenç hijo daba clases de música y tocaba la batería en un grupo en el que no hacían otra cosa que gritar, pero se ve que eran buenos, y habían hecho una gira por Inglaterra, y se llamaban John Deere, que era la marca de su tractor. Ese detalle hacía que se sintiera bastante orgulloso.

Un poco después aparecieron los mossos. Le dieron la mano. A la gente siempre le chocaba estrecharle la mano con tres dedos. Los acompañó hasta donde había dejado la bomba y se quedaron custodiándola mientras llegaban los artificieros. Volvió a casa, tomó una cerveza de la nevera y se volvió a sentar en el porche de cara a la policía. Pensó que, para la hora que era, ya mejor esperar a Mercè para almorzar, y que por la tarde no iba a poder volver al campo, porque las nubes lenticulares sobre las cimas anunciaban temporal. Pegó un trago largo con mucho gusto a cebada y observó a los artificieros que se acercaban a la bomba con su vestimenta de astronautas. Su campo parecía una película de Van Damme o de Seagal. Y se rió solo, de repente, de pensar en la cara que habrían puesto si lo hubiesen visto a él acarreando el mortero como si de un perro muerto se tratara.

Este es Vicenç Ballador hijo que le pregunta a Ada si todavía no se la ha pegado y esta es Ada que contesta:

—Mi único accidente serio fue el día en que tu padre nos atropelló con el tractor. —Vicenç se ríe y Ada maniobra magistralmente y aparca.

Estos son Ada y Vicenç sentados en un bar diez minutos más tarde. Ada entrechoca las dos botellas:

—Chinchín. En Inglaterra todos brindan antes de beber. Es de mala educación beber sin haber brindado.

—¿Cómo se brinda? —pregunta él.

—*Cheers*.

—*Cheers*. Tiene que haber sido fantástico.

—Sí, mucho.

Estos son Sílvia y Gil que llegan y se sientan con ellos sin pedir permiso. Esta es Sílvia que le dice a Ada al oído:

—Dime que no. —Y Ada que le responde:

—No.

Y este es Gil que, mientras tanto, cuenta que el hombre que está tocando fue telonero de Leonard Cohen. Este es Nick Garrie en el escenario, con sesenta años y la voz ronca, y con la guitarra en las rodillas, que parece una criatura entre sus brazos y piernas. Vicenç dice:

—Es como un oso en una cueva.

Y Nick Garrie pide un gin-tonic sin mirar a nadie y cuenta que cuando se casó y tuvo hijos dejó la música y que, cuando se separó, la música regresó. La gente se ríe. Le llevan el gin-tonic, dice: «Gracias», da un trago y comienza una canción que hace así: «*In every nook and cranny. And I have been everywhere.*»

Vicenç pregunta:

—¿Lo entiendes?

Ada contesta que sí y exclama:

—¡¿Y cómo lo haces cuando os vais de gira?! —Vicenç responde:

—Fuimos solo una vez y yo no hablaba.

Este es Nick Garrie, después del concierto, que bebe y fuma afuera. Esta es Sílvia que lo mira a través de la puerta de cristal y repite por cuarta vez que deberían ir a decirle algo. Pero Ada no tiene ganas y

parece que el hombre se las arregla bien solo en la calle. Y este es Vicenç hijo que le dice a Ada que ya no vive en la granja con sus padres y que, si quiere, le enseña su piso nuevo.

Cuando salen, Sílvia repite:

—Dime que no. —Y Ada responde:

—No, solo me va a enseñar su casa nueva.

Y estos son Ada y Vicenç, veintipocos minutos después, tumbados vestidos en el sofá de él, con las piernas enroscadas. Ada le agarra la cabeza y le acaricia el pelo denso de la nuca.

—Nunca dije que fuesen feos.

—Dijiste que tenía los pezones como galletas —exclama Ada, y él se incorpora y se apoya en un codo.

—Madre mía, pero si tienes los pechos más bonitos que he visto en mi vida.

Y con el brazo izquierdo, que le queda libre, le acaricia el pecho de la derecha muy delicadamente. Se dan unos cuantos besos. Él le canta:

—*Kiss me in the nose*. —Y se detiene—. ¿Boca es *nose*?

Ella contesta:

—No, *nose* es nariz, boca es *mouth*.

—*Kiss me in the mouth, baby, sexy, lady*.

Ada se ríe y se le sube encima y Vicenç le mete los brazos por debajo de la camiseta, los levanta, rápido y, antes de que ella pueda oponer cualquier tipo de resistencia, murmura:

—Piel con piel, piel con piel.

Este es Vicenç que se quita el jersey. Y este es el cuello ancho, descubierto, de Vicenç, bajo la barba pelirroja. Y estos son los ojos, del mismo color que la barba, que contemplan a Ada, y los brazos y los hombros anchos, y la nariz ancha y la frente amplia y las orejas sobresalientes, separadas del cráneo lo suficiente como para que se le enfríen a toda velocidad en invierno. Y estas son las pieles de los vientres tocándose y estremeciendo los cuerpos. Y estos son Ada y Vicenç que se meten las lenguas en las bocas. Él le empuja la erección entre las piernas. Ella se le enrosca por encima de la cara y se mueve suavemente arriba y abajo, y piensa que es sorprendente que las manos recuerden tantas cosas. Vicenç se quita él solo los pantalones, como un toro mecánico de feria, cuidando que ella no se caiga, y Ada se desabrocha el sujetador y lo deja en la mesita de noche, erguida sobre el cuerpo de él, prácticamente sin tocar el sofá, como si Vicenç fuera una barca.

Después de un rato, él dice:

—Hubiera sido patético casarse con una licenciada en filología inglesa y no saber ni siquiera cómo se dice boca. ¿Cómo era?

Ada piensa en ese «casarse» y le contesta:

—*Mouth*.

Y hacen el amor.

Y esta es Ada que vuelve a casa y pasa por delante de Can Ballador, la granja de los padres de Vicenç, reduce la velocidad y observa desde el camino las paredes oscuras y el porche y las ventanas azules y el huerto y el tractor y la era de trilla a oscuras.

Y esta es Ada, en casa, sin sueño, mientras escucha a Nick Garrie en YouTube. «*In every nook and cranny. And I've been everywhere.*» Debajo del vídeo hay unos cuantos comentarios. El primero de la lista es de hace dos años, de una tal Jessica S. y dice:

> Este hombre era profesor en mi colegio y es el profesor de francés más fantástico que he tenido nunca. Nos enseñaba en clase todas sus canciones y siempre me voy a acordar de él xxxxxxxxxx Si lee esto, monsieur Nick, soy Jess de Langley Manor, si se acuerda xx

Y mientras tanto, en casa de Ada, monsieur Nick canta: «Por todos los rincones, he estado en todas partes, y en ninguno de esos lugares encontré amor para compartir, lai-lai-lai-lailailai, amor para compartir.»

Y Ada se imagina a Jessica S.

A Jessica S. que escucha a Nick Garrie de vez en cuando. Algunas noches en las que no puede dormir, como esta.

Esta es Jessica S. que pone los discos de Nick Garrie cuando tiene ganas de sentirse un poco melancólica. Cuando hace tres días que no sale el sol en su rincón de la Inglaterra rural, verde y gris. Cuando tiene ganas de recordar los días de Langley Manor. Los cigarrillos detrás del gimnasio. El vodka barato. La felicidad porque sí. Poniendo los CD de monsieur Nick a lo largo de los años. Cuando tiene dieciséis, y diecisiete, y después cuando tiene veinte y veintitrés, y veinticinco, y veintisiete. Cuando siente que está hecha de un cristal lo suficientemente grueso como para contener los recuerdos y, en el peor de los casos, las lágrimas.

Esta es Jessica S. Jessica S. que tiene el pelo de un rubio que parece naranja, grueso y lacio y largo, y la cara redonda y ligeramente

salpicada de pecas claras, y las cejas y las pestañas tan suaves que se las tiene que maquillar, y los ojos como un vaso de agua. Y esta es Jessica S. que canta: «*She played the harp outside some eastern station, with faraway travelling eyes that cried, she sang lai lailai, she sang lai lailai*» mientras pone la lavadora y piensa en Vera.

Esta es Vera. Vera, que sabía hablar portugués porque sus abuelos eran de Mozambique. Vera, que bailaba mejor que nadie, que llevaba trenzas que su madre tardaba toda la noche en hacerle, que se reía fuerte mostrando todos los dientes, y que cuando quería pedirte algo te miraba con cara de gato. Y estos son, en Mozambique, los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de los mosquitos que, una noche en la que Vera y su hermana Monde, de vacaciones, se emborracharon en la terraza, sin ponerse protector antimosquitos, les picaron y les contagiaron la malaria. Fue una malaria de tres cruces para Monde y de cuatro cruces para Vera. En Mozambique la malaria se mide en cruces:

+ + + + + *cinco cruzes*

+ + + + *quatro cruzes*

+ + + *três cruzes*

+ + *duas cruzes*

+ *uma cruz*

O número de cruzes indica o nível de gravidade da doença, desde 5 até 1 (o mais grave).[6]

Y Monde tuvo que ir al hospital y Vera se quedó en casa de sus tías para recuperarse. Y este es el padre de Monde y de Vera, que en otra ocasión sufrió una malaria de una cruz. Y pensaron que se iba a morir. Pero no.

Y este es el primer día de todos los días que vinieron después. Estas son Jessica y Vera encontrándose un gato. Un gato suave, del mismo color que el alquitrán. El gato más esponjoso y delicado que nunca nadie haya visto. Y este es el gato hecho un ovillo que ronronea bajo la mano de Jessica, mientras Vera se ríe, y Jessica exclama:

—Vamos. Me lo llevo.

Y Vera pregunta:

—¿Vas a robar un gato?

Y Jessica lo levanta y contesta:

—Quiero un gato. —Da dos pasos y agrega—: Es suave como la harina.

Y Jess le acerca el gato a Vera para que lo toque. Y este es el gato

apoyado sobre los pechos de ambas como cuatro estantes. Y esta es Vera que acaricia el gato, y le acerca la boca para decirle cosas en portugués. Y este es el gato cada vez más aplastado. Y estos son la nariz, los ojos y los labios húmedos del animal. Y esta es la cara de gato de Vera. Y estas son Jessica y Vera dándose un beso que empieza suave, como la piel de las uvas, y que después se abre, ácido, y dan ganas de sorber para que no se derrame. El gato maúlla y se esfuerza por escapar, y cuando salta, ellas siguen dándose besos como las uvas de un racimo. Y estas son Jess y Vera que se dicen que se aman. Que se aman más que a nada ni a nadie. Y Jessica que dice muchas veces que no es lesbiana, pero que la ama. Y Vera que no dice nada, la abraza y le clava la nariz en el cuello con la fuerza de una estaca e inhala. Y estas son Jess y Vera que duermen juntas por lo menos dos noches por semana. Y nadie sabe nada, y nadie sospecha nada, porque estudian y se quedan hasta tarde en casa de la otra para preparar los exámenes. Y se esconden en los baños, a la hora del recreo, y en el gimnasio entre las pilas de colchonetas, y repasan las materias juntas, encerradas en la habitación de una u otra. Y se aman a pesar de Mike, que es el novio de Jessica, y a pesar de los padres de Vera, y a pesar de los padres de Jessica, y a pesar del miedo de que todo Langley Manor sepa que se aman, de verdad, absolutamente.

Esta es Jessica S. escuchando a Nick Garrie, cuando tiene ganas de pensar en Vera. De pensar en el gato oscuro como el alquitrán. De pensar en la piel de Vera como un té negro. De pensar en la vez que se escondieron entre los asientos del auditorio. O la vez en la que hicieron el amor debajo de la cama porque la madre de Vera había entrado en la habitación sin llamar, y podía volver a entrar en cualquier momento. Y esta es Jessica dejando de escuchar a Nick Garrie, cuando empieza a pensar en las cosas que había dicho la gente de Langley Manor. Y las cosas que ella juró muchas veces. Y todo lo que tuvo que demostrar tantas otras. Y en Vera diciéndole: «Judas.»

Y esta es Jess, que deja de escuchar a Nick Garrie definitivamente y para siempre, cuando su hija de cuatro años empieza a preguntarle:

—*Mommy, will you marry me when I grow up*? Mamá, ¿cuando sea mayor te casarás conmigo?

Jessica le quita la diadema, con los pelos anaranjados y enredados debajo, se la pone bien, con cariño, y le contesta:

—*What about daddy, hon*? ¿Y qué hacemos con papá, cariño?

Y la niña frunce las cejas y encoge los hombros, seria, preocupada,

pero sin retirar la propuesta de matrimonio.

Y este es Mike que pregunta:

—*Shouldn't girls ask their dads and not their moms into marriage*? ¿Las niñas no tendrían que pedirles matrimonio a sus padres, en vez de a sus madres?

Y esta es Jessica que le contesta que es una etapa, cosas de niños. Pero está convencida, con una certidumbre vieja y dura como una piedra, de que a la pequeña no debería haberle puesto Vera.

Por eso escribirá la carta.

Vera:

Escribirá, y después se quedará quieta mucho rato, como una serpiente, digiriendo. Como un ratón, que sabe que la serpiente solo lo verá si se mueve.

EL ESTORNINO

La primera pregunta estaba formulada de la siguiente manera: «Dos vehículos salen a la misma hora desde dos pueblos (A y B) separados por una distancia de 28 km. La velocidad del primer coche es de 50 km/h y la del segundo, de 70 km/h. ¿En qué punto del recorrido se encontrarán?»

Y Nàdia rumiaba sobre la mesa de la cocina y el arroz hervía cerca de una nota que decía: «Nàdia, Ada y Quim: Hervid arroz para la comida. Yo llegaré a las dos y papá más tarde. Os quiero. Mamá.»

La segunda pregunta la hacía Jon, el dueño de Garfield, y decía: «Garfield, ¿dónde está la nevera?»

Garfield el gato había sacado la nevera al jardín y, con el hielo y los cubitos que la nevera escupía frenéticamente, hacía un muñeco de nieve a su imagen y semejanza. Ada y Quim, delante de la tele, se reían como locos.

La tercera pregunta vino de Quim, que dijo:

—¿Qué ha sido eso?

Y asomó la cabeza por detrás del sofá mientras Nàdia se giraba hacia la ventana. Al otro lado, un estornino yacía sobre el césped. El golpe había sonado como una piedra.

—Es un pájaro —dijo Nàdia. Los tres se acercaron al cristal. Ada abrió la ventana y Quim trepó como una lagartija para saltar al jardín.

—Cuidado —dijo Nàdia, y salieron las dos, también por la ventana.

Se arrodillaron al lado del pájaro. Nàdia lo levantó delicadamente con las manos.

—Está vivo —dijo.

—¡Corred, hagámosle una cama! —exclamó Quim, y empezó a arrancar hierba del suelo para prepararle un lecho. Era un día gris, para ser principios de verano, y el césped era verde oscuro como una botella.

Poco a poco, el pájaro se fue enroscando sobre las manos de Nàdia,

y mientras le preparaban la cama se murió.

—Se ha muerto —dijo Nàdia. Lo tenía en las manos y no había notado cómo se moría.

Los dos niños se inclinaron sobre el animal.

—¿Lo puedo coger? —preguntó Ada. Y el arroz en la cocina hervía.

—Yo también —dijo Quim.

—Primero uno y después el otro. Primero tú, Ada.

—¿Por qué ella primero? —se quejó Quim.

—Porque lo dijo antes.

Nàdia le pasó el pájaro muy lentamente. Pesaba lo mismo que una pluma. Tenía el pico amarillo y los ojos oscurísimos y las plumas del vientre eran delicadas y de color claro, las de la cabecita, oscuras y azules y lilas; las de las alas, castañas y negras con manchas blancas como una nevada. Ada le acarició el pecho con el pulgar y era suave y sobresalía. Las patas arañaban. Quim se colgaba del codo de Ada, impaciente.

—Ahora yo.

—Ahora Quim —dijo Nàdia, y supervisó el traspaso.

—Se le ha roto el cuello —dijo Quim. La cabeza del pájaro quedaba colgando en sus manos pequeñas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ada.

—Lo dejamos —respondió Nàdia.

—Si lo dejamos aquí, se lo van a comer los gatos —dijo el chico—. Lo tenemos que enterrar.

—Si lo enterramos, los gatos lo van a desenterrar —añadió Ada—. Lo tenemos que quemar.

—¡Lo tenemos que quemar! —repitió Quim.

Y Nàdia, que tendría que haber dicho que no, no dijo nada. Entonces Ada dio la orden:

—Quim, ve a buscar leña del fuego y papel de periódico y cerillas.

Y Nàdia exclamó:

—Ada, ¡ve tú!

—Pero alguien se tiene que quedar vigilando al pájaro —dijo Ada.

—Quim, ¿te quieres quedar vigilando al pájaro o prefieres ayudar a Ada? —preguntó Nàdia.

—Quiero ayudar a Ada.

—Id, entonces, me quedo yo —dijo Nàdia, y se puso a velar al pájaro.

Un minuto después volvían con leña, papel y cerillas. Con la sabiduría de sus trece años, Nàdia decidió montar la pira sobre la hierba del jardín, para no quemar nada.

Y el arroz hervía.

Los niños construyeron una pira funeraria triangular. Colocaron los troncos más gruesos, como brazos y como dedos, en la parte de abajo. Y papel de periódico arrugado en el fondo. Y después ramitas más finas, como meñiques, como pajitas, como mondadientes, por encima. Arriba de todo, Quim colocó el pájaro.

—Yo lo enciendo —dijo Nàdia—, pero antes nos tenemos que dar la mano, así, tú aquí, Quim, en triángulo. Ahora tenéis que pensar algo para decirle al pájaro. De despedida.

—Adiós, pájaro, lamento que te hayas chocado contra la ventana de nuestra casa —dijo Ada.

—Lo siento, pájaro, que hayas chocado con la ventana de nuestra casa —dijo Quim.

Y después Nàdia añadió:

—Adiós, pajarito. —Encendió una cerilla ceremoniosamente y la acercó al diario del fondo de la pira.

Los tres miraron la llamita que se agarraba al papel de periódico, y el fuego que subía por la pira, desde el papel hacia las ramitas, por el aire, amarillo y naranja y con las puntas azules. La llama achicharró los troncos de las ramas más gruesas y verdes. Chamuscó superficialmente las plumas del estornino. Y se apagó.

Las nubes estaban panzudas, y Quim exclamó:

—No se ha quemado.

Entonces Nàdia dijo:

—Enterrémoslo en el huerto.

Y nadie protestó y lo sepultaron en el huerto. Hicieron un hoyo de un palmo de profundidad en las raíces de una tomatera y colocaron al pájaro. Caían gotas. Al día siguiente, cuando Victòria viese la tierra removida, creería que volvía a tener topos.

Cuando entraron, *Garfield* hacía rato que había terminado, los dos coches se habían encontrado en algún punto del recorrido entre los pueblos A y B que Nàdia desconocía, y la olla de arroz todavía hervía, y derramaba sobre los fogones una espuma espesa y blancuzca.

Ada dijo:

—Mierda.

Y Nàdia apagó el fuego y volcó el contenido de la olla en un colador.

Cuando vio aquella pasta inmensa, blanca y asquerosa, y el dedo de arroz carbonizado y pegado al fondo de la olla, exclamó:

—Mamá me va a matar.

Entonces salieron bajo la lluvia. Tiraron el arroz detrás del cobertizo de las herramientas del huerto, donde tenían comederos para los gatos callejeros. Había tanta materia pastosa sobresaliendo y chorreando que el comedero más pequeño no se veía de tan lleno que quedó.

Volvieron a entrar, lavaron la olla y pusieron arroz a hervir de nuevo.

Victòria no vería los comederos llenos de arroz pasado y agua de lluvia y hormigas, que los gatos no habrían ni tocado, hasta el día siguiente, poco después de haber pensado en los topos. Y les diría:

—¿Pretendíais que los gatos se comieran esta porquería? —Y les mandaría que lo limpiaran.

Mientras limpiaba los comederos, Quim reflexionaría en voz alta:

—Tendríamos que haber hecho un fuego mucho más grande para quemar todas las plumas, y todos los huesos y la carne y la sangre y las tripas y el cerebro y los ojos del pájaro. El pequeño fuego que hicimos no servía ni para cocinarlo. Un fuego grande como un fardo de paja, eso tendríamos que haber hecho.

Esta es Ada que nota en la lengua que la palabra *escribir* y la palabra *novela* son translúcidas. El café las tiñe, deshaciéndolas, como cubitos de hielo. Ada que cuenta que ahora que ha vuelto de Inglaterra, y mientras busca trabajo, quiere escribir. Una novela. Lluís que le dice: «Muy bien» y «Siempre escribiste maravillosamente bien, princesa». Están en un restaurante. Lluís le pregunta: «¿Sobre qué quieres escribir?». Y Ada le responde: «Sobre el divorcio». Y este es Lluís que dice:

1. ¿Cómo?
2. No entiendo.
3. ¿Tu madre y yo?
4. ¿Por qué?

«La gracia está en escribir una novela con personajes reales. Os dejaré los nombres tal cual también. Y les voy a pedir permiso a todos los que aparezcan. A los que no me lo den les cambiaré el nombre. No va a tratar solo sobre el divorcio, va a ser sobre absolutamente todo. Y en parte va a estar ficcionada y novelada porque es un relato, pero la gracia es novelarnos a nosotros.»

Lluís abre los ojos sin mirar a ningún lado. Ada agrega: «Quiero escribir sobre cosas que conozco.» Y este es Lluís que observa la ventana, la acera, la señora embarazada al otro lado de la calle. Y esta es Ada que dice: «¿Me das permiso, entonces?» Y Lluís que responde todavía sin mirarla: «Sí, por supuesto, mi permiso lo tienes siempre.»

Y esta es Ada que conduce de vuelta a casa y piensa que es un error garrafal hablarle a alguien de algo que quieres escribir antes de haberlo escrito. Piensa en Holden Caulfield al final de *El guardián entre el centeno*. ¿Cómo era? «No cuenten nunca nada a nadie. En el momento en el que uno cuenta cualquier cosa, empieza a echar de menos a todo el mundo.» Pero no es lo mismo.

Y este es el comienzo inacabado de la novela, que decía así:

> Victòria se puso los dedos delante de la boca, como barrotes entre los que repitió: «Es difícil, es muy difícil.» Inspiró y bajó la mano, fuerte, por el mentón, la mandíbula y el cuello. Como una máquina quitanieves. Dijo: «Nos divorciamos. Hay otra mujer.»

Rodeó la copa de vino con la mano y dio un trago. Había sentido un poco de placer diciéndolo. Un alivio, en el pragmatismo de las palabras. Los conceptos se habían posado sobre el dolor como una sábana. Pensó que había usado las palabras *mujer* y *otra* mil veces más, y que las iba a volver a usar otras mil veces. Y estarían hablando de otras cosas. Eran suaves y secas. No tenían nada que ver con Lluís ni con esa mujer. Había cientos de personas que las estaban usando en ese mismo momento: *otra, mujer*, madres que empezaban una historia diciendo: «Esta es la historia de una mujer», chicos que señalaban la ventana y decían: «Hay otra araña.»

No dijeron nada. Quim le puso una mano caliente encima de la suya, Ada estaba sentada delante de ella, Nàdia preguntó: «¿Cuánto hace que lo sabes?» La respuesta le salió indolora de la boca, como un pez. Había empezado hacía un año y medio, más o menos. Se llamaba Teresa. Era otra profesora. No se la habían presentado nunca, pero la había visto alguna vez. Dijo que había tardado meses en darse cuenta, y que cuando lo hizo, en marzo, habían hablado del tema. Después de treinta y dos años de casados se puede hablar de las cosas antes de tirarlo todo por la borda. Los años te hacen ver las cosas con perspectiva, menos visceralmente. Lluís dijo que la iba a dejar. Victòria le dijo que, si la dejaba, lo perdonaría. La dejó. O dijo que lo había hecho. Seguramente la dejó. Pero había vuelto y ahora se iban a divorciar.

Y esta es Ada diciendo en voz alta «Puta mierda».

POETA

Tiene los dedos de mármol. Los pies y los tobillos de mármol; hinchados, robustos y cuadrados. Y las piernas de mármol; gruesas, inertes y pesadas, como objetos que se resbalan poco a poco hasta que los sujeta y coloca, con poca destreza, en el reposapiés de la silla. Tiene la cara también como de mármol, como la estatua de un senador romano, poco agraciado pero masculino e inflexible. O como el busto de un conquistador español, rígido y obstinado. Dando lugar a una equivocación, las facciones no destilan inteligencia, pero sí cierta firmeza y tozudez; una frente prominente, unos ojos redondos, una boca grande y los cabellos oscuros y gruesos. Se sienta como un saco de patatas en la silla de ruedas. Y tiene la boca casi siempre abierta. Cuando Victòria se le acerca, las comisuras de los labios se levantan, insinuando una sonrisa picarona muy sutil. A Victòria, su fisonomía le recuerda a un toro negro. Pregunta:

—¿Qué tal ha ido el verano, Victòria?

Victòria se coloca detrás de la silla. Él quita los frenos con un gesto del índice.

—El verano bastante bien, Pablo, pero ha pasado muy rápido.

—Estás muy guapa. —Cuesta entenderlo, arrastra las eses y las erres como si se le escaparan de la boca y tardara un rato en tirar de las riendas para controlarlas.

—Tú también estás muy guapo. ¿Cómo te ha ido a ti el verano?

—Te tengo que contar muchas cosas.

—¡Muchas cosas! ¿Aventuras de verano? —pregunta Victòria.

—Sí —contesta él.

—Aventuras de verano. Me encanta.

Victòria tiene dos hijas y un hijo. Una es mayor y ya tiene un hijo también, y la otra es más pequeña, pero mayor que Pablo, y vive en Inglaterra. El hijo es el pequeño, pero también es mayor que Pablo.

Pablo no los ha visto nunca, aunque sí ha visto una foto que Victòria lleva en la cartera. A Pablo le gustaría tener un hermano, pero no tiene ninguno. Victòria tenía un marido, antes, un hombre que se llamaba Lluís, pero que se fue a vivir con otra mujer, y no lleva ninguna foto de él en la cartera. Oyó a sus padres hablando de eso, del marido de antes de Victòria. Pablo tiene la teoría de que, como se mueve poco, y como la silla de ruedas queda por debajo de las cabezas, y de los campos de visión, y de las bocas, y por debajo de las ondas sonoras que salen de las bocas, la gente se olvida de que está ahí y habla de secretos delante de él.

El día en que Pablo conoció a Victòria, ella le dijo: «Tienes nombre de poeta, ¿lo sabías?» Pablo quería que volviera Encarna, que era la maestra que tenía antes, cuando no lo obligaban a ir a hacer deberes a la biblioteca. Y le contestó: «Sí», sin adorno. Victòria le preguntó: «¿Sabes qué poeta digo?» Y él resopló y empezó:

«Me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado, y parece que un beso te cerrara la boca», más o menos en este punto había dejado de recitar como un loro y se había puesto a hacerlo bien: «Como todas las cosas están llenas de mi alma, emerges de las cosas, llena del alma mía. Mariposa de sueño, te pareces a mi alma, y te pareces a la palabra melancolía.» Cuando terminó, Victòria aplaudió exclamando: «Fantástico» y «Espectacular», y él se olvidó de Encarna. Victòria le dijo que siempre que quisiera podía recitarle poemas, que la poesía era una de las cosas que más le gustaban del mundo. Y Pablo le dijo que a él también. Pero hasta mucho después, a mitad de curso, cuando ya se tenían más confianza, no le contó por qué se aprendía los poemas de memoria.

Cuando era pequeño podía escribir. Su madre guardaba en una carpeta los dibujos que había pintado cuando no se salía de la raya. Ahora tenía una letra fea y solo pintaba cuando en clase no sabían qué darle para entretenerlo, y le pedían que decorara una tarjeta para Meritxell Casas, que se cambiaba de colegio, o alguna cosa así. Tenía un ordenador especial con las teclas muy grandes, que presionaba poco a poco, y un programa que le reconocía la voz y transcribía lo que le decía. Pero el ordenador casi nunca lo entendía y escribía cualquier despropósito. A veces se lo prestaba a sus compañeros de clase para que escribieran en el ordenador «polla».

Los chicos que no conocía, o los que no iban a su clase, o los de las colonias de verano, tampoco lo entendían. Siempre le decían: «¡¿Qué?!»

y les tenía que repetir todo. Por eso, a veces no tenía clase normal, ni clase de gimnasia, y se iba a la biblioteca con Victòria a hacer deberes especiales. Como los superdotados.

—Entonces —dice Victòria entrando en la biblioteca, mientras suelta la silla para cerrar la puerta. Pablo la guía hasta ponerse delante de una mesa—. Aventuras veraniegas, a ver.

En la biblioteca siempre hace uno o dos grados más que en el resto del instituto, y se escucha un zumbido constante y agradable. Pablo vuelve a sonreír, picarón, se coloca las manos arriba de las rodillas y dice, poniendo en práctica sus mejores dotes de narrador:

—Se llamaba Aiyla.

Victòria se sienta a su lado. Le mira con disimulo el reloj Casio en la muñeca y piensa que la cháchara no puede durar más de diez minutos.

—Tenía el pelo muy negro, muy largo y brillante. Y los ojos negrísimos. Es la chica más guapa que he conocido nunca. Aiyla quiere decir «luz de luna» en árabe. Porque sus padres son árabes, pero no conoce a su padre. No trataba bien a su madre y lo abandonaron, y ahora vive con el marido de su madre y su hermano menor, que es hijo de su madre y de su padrastro.

—Qué nombre más bonito.

—La conocí en las colonias de verano porque le tocó ir al mismo grupo de inglés que a mí. Estábamos en el grupo dos, que es el grupo de los que saben bastante.

—Es que tú eres muy bueno en inglés —le dice Victòria.

—Sí. Fueron las mejores colonias de mi vida. De todas las chicas a las que me he declarado en la vida, Aiyla es la más guapa.

—Pablo, eres un Casanova.

—Le recité Neruda de memoria.

—Y un poeta.

—De todas las chicas a las que me he declarado: mi prima de Salamanca, Laia Besora, las gemelas Bertran y Tae-ju, la chica de las colonias del año pasado, ¿te acuerdas?, Aiyla es la más guapa.

—¿Te declaraste a las dos gemelas Bertran?

—Sí.

—¿Al mismo tiempo?

—Victòria, ¿te crees que estoy loco? —exclama Pablo.

Victòria se ríe con ganas y dice:

—Vamos, a trabajar, Casanova.

Pablo enciende el ordenador con un dedo grueso, lento y parsimonioso, y agrega:

—Me dijo que me iba a mandar mensajes por Facebook, Victòria.

Este es el coche de Nàdia e Ivan que derrapa sobre la grava de la entrada de la casa, levantando una polvareda blanca. El niño se despierta y pega un gritito de excitación e Ivan también grita y Nàdia sonríe y clava el freno de mano.

Esta es Nàdia que dice:

—¡Qué bien que hayas vuelto! —Y abraza a Ada y después agrega—: ¿Has visto a Sílvia, y a Diego y a esa gente?

Y Ada responde:

—Sí. —Y esta es Nàdia que pregunta:

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Y Ada responde:

—Escribir.

—¿Y de qué vas a trabajar?

—He estado pensando que podría dar clases de inglés o buscar alguna guardería.

Este es Quim que sirve un platito de aceitunas. Y Victòria que cuela la pasta y les dice que se vayan a la piscina, que pone los macarrones a gratinar y sale también. Y esta es Nàdia que agrega que Júlia, su amiga, está buscando a alguien para que trabaje tres días por semana en su tienda.

—Escríbele —dice—. Para ir haciendo algo mientras tanto.

Y este es Dídac que exclama:

—Las abejas son amigas nuestras y las avispas no.

Y estos son los manguitos, que con toda la presión del aire y del plástico y de Spiderman se agarran a los brazos de Dídac. Estos son los brazos del chico, redondos y mullidos y blancos y embadurnados de crema. Y esta es la piel de melocotón de Dídac, y las manos siempre pegajosas, y los dientes pequeños y separados, y la cabeza como una escarola, y los ojos tan marrones y brillantes que a veces lucen casi rojos, como una brasa. Y estas son las abejas ahogadas a la deriva. Y las abejas vivas bebiendo al lado de las muertas alrededor de la piscina. Y esta es Nàdia que sostiene al niño, con una marca de agua que le atraviesa la cintura del bañador. Nàdia, bronceada, dentro de la piscina. La más guapa de los tres hermanos. Como si los otros dos se hubieran desteñido. Los hijos cada vez menos oscuros, menos brillantes. Esta es

Nàdia con los cabellos largos y castaños, y los ojos chiquitos y oscuros y los labios finos pero rellenos, Nàdia, que sin gafas lo ve todo borroso. Y este es Quim que toma el sol sin bañador, y mira el móvil de vez en cuando, bronceado y alto y fibroso, con los músculos delgados pero marcados, el pecho un poco hundido, los pezones oscuros y el pelo dorado con ondas que le caen sobre la frente, seductor y sin preocupaciones, y los ojos como la miel, y los pies y las manos gigantes. Y esta es Victòria que lee una novela. Y este es Lluís que decía, cada maldito invierno, que construirían una piscina de obra. Para nadar cuando fueran viejos. Y este es el albañil, hace tres otoños, cuando finalmente se decidieron a construirla, preguntándole a Victòria: «¿Quiere que le ponga en el fondo de la piscina, con baldosas de un azul más oscuro, su nombre y el de su marido? ¿"Victòria y Lluís", en el fondo?», y Victòria, que se pone nerviosa con las obras, que respondió: «Sí.» Y estos son los azulejos que dicen «Victòria y Lluís» brillando en el fondo de la piscina, y esta es Victòria que siempre que nada intenta no pisarlos. Y este es Ivan tumbado sobre la toalla que pregunta:

—¿Estás escribiendo?

Y Ada responde:

—Sí.

—Qué bien. ¿Y cómo lo llevas?

—Muy mal.

—¿Qué quiere decir muy mal?

—Quiere decir muy mal. Quiere decir que lo llevo muy mal, que quería escribir una novela y por ahora he escrito tres cuentos que cojean y ni siquiera me convencen.

Quim se levanta de golpe y salta de bomba a la piscina. Le cuelga el pene entre las piernas recogidas y parece una campana. Salpica a Nàdia y a Dídac, que se ríen, y Nàdia grita:

—¡Salpiquémoslo, salpiquémoslo, Dídac! —Y entre los dos no levantan ni la mitad de agua que ha levantado Quim.

—¿Los cuentos son sobre nosotros? —pregunta Ivan. Está recostado, con los pantalones cortos puestos y con el pecho tatuado descubierto. A veces Dídac sigue los contornos de los dibujos con el dedo. Este es el cráneo redondo, estético y bien formado de Ivan debajo del pelo oscuro que clarea y lleva rapado. Estos son los ojos verdes y las cejas levantadas y la boca grande y la cara simpática de Ivan que mira a Nàdia y a Dídac y a Quim en la piscina:

—Algunos. ¿De qué te ríes? —pregunta Ada.

—De nada, cuéntame alguno.

—Hay uno sobre el incidente de los jabalíes.

—¿El de tus padres?

—Sí.

—Pero tú no estabas —dice Ivan.

—Quiero escribir escenas, o cuentos, o lo que sea, sobre momentos o situaciones en las que yo no haya estado. Escribirlas a partir de lo que me contaron o de lo que me imagino —dice Ada.

—No me parece mala idea. Me recuerda a Dídac. A los niños en general, ¿no? Que en cuanto no te ven, cuando ya no estás con ellos, es como si no existieras, como si no hicieras nada, como si te detuvieses y esperaras hasta que vuelves a estar con ellos, ¿no?

Nàdia lanza a Dídac por el aire y Quim lo recoge y el niño se ríe como loco. Primero lo sostienen unas manos firmes y el agua está fría. Después lo catapultan por el aire, arriba, arriba, hacia el cielo, que es azul como la emoción y la felicidad, hacia el sol, que quema amarillísimo, como el espanto. Y entonces vuelve a bajar, de repente, parece que tiraran de él con una cuerda, y lo agarran otras manos y se salpica.

—¡¿De qué te ríes?! —pregunta Ada.

—Me hacen un poco de gracia tu falta de imaginación y tu vampirismo.

Y esta es Ada que no dice nada, y también observa a Nàdia, a Dídac y a Quim que salen de la piscina. Dídac tiene los labios morados del frío, y Quim frota el cuerpecito del niño con una toalla. Como si fuese una cadena, Nàdia frota el cuerpo largo y fibroso de Quim, y a Dídac le da risa.

—No es que seáis vosotros —dice Ada entonces—, son historias sobre vosotros. Materia prima. Una vez robada la anécdota, deja de ser vuestra, deja de tener que ver con vosotros. —Ivan sonríe.

—Frankenstein. ¿Me vas a dejar leer algún fragmento?

—Sí.

—Me gustó el cuento que escribiste sobre Dídac —dice Ivan. Nàdia le pone al niño en la falda, envuelto en la toalla como un paquete.

—Ya —dice Ada.

Y estos son los macarrones, mientras tanto, gratinándose, riquísimos.

DÍDAC, ZOPENCO Y LA VEZ QUE SE PERDIERON

Dídac daba saltos en la parte trasera del coche. Estaba contento. Su madre lo había ido a buscar a la escuela, y subió tan rápido al coche que se dio un golpe en la cabeza, pero estaba tan emocionado, y era tan valiente, que no le dolía.

Su madre detuvo el coche en el aparcamiento del supermercado. Salieron y le dio la mano. Dídac caminaba dando saltos.

—¿Por qué estás tan contento, cariño? —preguntó la madre.

—Voy a ver todas las cosas que les voy a pedir a los Reyes —dijo el niño, y entraron por las puertas que se abren solas. Normalmente esas puertas le daban un poco de miedo. Una vez cuando era más pequeño se había distraído y las puertas se iban cerrando y lo querían cortar por la mitad. Pero ese día no se acordó de aquello.

—¡Oh! —exclamó al entrar. Había una estrella amarilla, y luces de todos los colores que se encendían y se apagaban como espirales por las paredes y las barandas, y más estrellas de oriente y lazos dorados.

—¡Mira, mamá!

Se acercaron a la fila de carritos y la madre le soltó la mano para poner una moneda. Lo desengancharon.

—¡Lo llevo yo, lo llevo yo! —gritó Dídac.

Cuando pasaron por delante de la recepción, un paje les dio una carta para escribir y enviarla a los Reyes. Dídac soltó el carro, y Nàdia lo agarró antes de que chocara con una señora que llevaba una chaqueta verde.

—Toma, campeón —le dijo el paje a Dídac, y Dídac, muy contento, le pidió otra carta para su madre y otra para su padre.

Después le dijeron adiós al paje con la mano, y su madre se quitó la chaqueta y la puso en la sillita para niños pequeños.

—Toma, mamá —dijo Dídac, y también se quitó la chaqueta—. ¡Ah,

mamá, mira los juguetes! ¡Mira, mira! —No podía dejar de sonreír mientras señalaba los juegos y las muñecas que quería.

—Sí, mi amor, vamos, los veremos cuando salgamos, Dídac, venga, vamos —repetía Nàdia.

El horno para hacer minipizzas, el juego de pintar vidrieras, el cuento de Gerónimo Stilton, el perro que camina y hace pis, una cuerda para saltar, un juego de cuentas para hacer pulseras y collares y otro para hacerse tatuajes, playmobils indios y granjeros, lápices de colores y acuarelas que brillan en la oscuridad, el garaje mágico de Batman, la mochila de Dora. Dídac vio un cordero de peluche blanco, lo agarró y era suave, blando y finísimo.

—Mamá, ¿puedo coger un libro de juguetes? —preguntó, sin dejar de acariciar el corderito, y refiriéndose al catálogo de juguetes—. ¿Mamá? —Dídac se giró—. ¡¿Mamá?!

Su madre no estaba. Abrazó más fuerte al corderito.

—¿Mamá? —repitió, pero sin que nadie le contestara.

Su madre no estaba. Se había ido. Dídac se puso a correr por el pasillo de los juguetes con el corderito todavía muy agarrado. Miraba a un lado y al otro, a un lado y al otro. Había cajas y cajas de colores con juguetes dentro, y muñecos y pelotas, pero ahora no quería juguetes. Dio la vuelta y se encontró en el pasillo del papel higiénico y las servilletas. Todo era blanco. Había una señora con una chica, y un padre con dos hijos, pero no eran su madre. Caminaba rápido, cada vez más. Miró en el pasillo del tomate y las salsas, pero su mamá no estaba. Miró en el pasillo de la leche y los zumos de fruta, pero Nàdia tampoco estaba allí; miró por el pasillo de las galletas, pero nada; el pasillo de la pasta, tampoco.

Dídac tenía mucho miedo. Había gente por todas partes. No iba a encontrar a su mamá en un lugar tan grande. Era demasiado pequeño.

Entonces, un señor con una barriga enorme y una cara barbuda y muy seria encima de la barriga le dijo, con una voz profunda como la de un camión:

—Niño, ¿has perdido a tu madre? —Y Dídac, horrorizado, abrazó aún más fuerte al cordero de felpa, y gritó:

—¡No! —Se escapó como un poseído. Se refugió en el pasillo de las mermeladas y las conservas. Miró al corderito, que olía un poco a polvo, y pensó que, si estuviera vivo, no podría respirar de tan fuerte que lo abrazaba.

¿Y si su madre se había ido? Podía ser que su madre ya estuviera en

casa y no se hubiera dado cuenta de que Dídac no estaba. Tal vez su padre tampoco lo echara de menos. ¿Qué iba a hacer sin su madre? ¿Qué iba a comer? ¿Quién le iba a dar el beso de las buenas noches sin papá ni mamá? ¿Dónde iba a dormir? Se iba a tener que quedar a dormir para siempre en el supermercado. ¿Pero dónde? Allí no había camas. Ahora, ese supermercado lleno de luces, gente y comida ya no le gustaba, seguramente de noche había monstruos y lobos. No quería dormir en ese supermercado, ni quería vivir allí toda la vida.

Y la escuela, ¿quién lo llevaría a la escuela? Estaba muy lejos del supermercado, no podía ir solo a la escuela. Tal vez su maestra y sus amigos pensarían que estaba enfermo y no lo buscarían. Y entonces se olvidarían de él. ¡Y la abuela! La abuela Victòria, pobrecita, Dídac no podría ir a su casa a comer el día de hacer cagar al tió,[7] y su abuela estaría muy triste, porque creería que Dídac ya no la quería. ¡Pero Dídac sí que la quería! La casa de la abuela quedaba demasiado lejos para ir caminando. ¡Y sus juguetes! Si no volvía, se los iban a dar a otro niño, y ya no iban a ser suyos, y ¡ese niño los trataría mal! Y en el patio, los otros niños destrozarían su montaña brillante. Le había costado mucho llevar agua con la boca desde la fuente hasta el arenero para hacer montañas de arena húmeda y rebozarlas de arena seca hasta que quedaran brillantes, y ahora, si alguna vez volvía a la escuela, ya no estarían.

—¿Mamá? —volvió a decir, pero la gente a su alrededor, con los carritos llenos de cosas, no lo veía, y tenía que ir con cuidado de que no lo pisaran—. ¿Mamá?

Y entonces la vio. Estaba muy lejos, en la otra punta de las neveras y los congeladores. Echó a correr hacia el puesto de la pescadería. Se acercó un poco más, ¡era su mamá! ¡Llevaba el mismo jersey! Y el pelo negro recogido en un moño. Por fin. Ahora mamá le daría un beso y lo llevaría a casa, a su camita, con sus muñecos y sus cuentos y el móvil con las libélulas. Qué contento estaba Dídac, tenía ganas de gritar cosas bonitas.

—¡Mamá! —dijo, y le agarró el brazo. Y la señora se giró, pero no era su madre. No llevaba gafas y tenía la cara delgada.

—Me parece que te has equivocado de mamá, niño —dijo la señora, que tenía voz de pito, y le sonrió a la pescadera, que estaba cortándole la cabeza a un pescado a golpe de cuchillo. Dídac miró con los ojos muy abiertos a la que no era su madre, y después miró a la señora que cortaba el pescado. ¡Pam, pam, pam! Parpadeaba con cada golpe. ¡Pam! Cuando la cabeza se desenganchó, Dídac salió corriendo.

—¿Mamá? —volvió a preguntar, pero parecía que solo lo oía el corderito, el resto de las personas se amontonaba delante de la carnicería y hacía cola.

Pasó por dentro de la frutería. Olía a naranja, a mandarina y a plátanos. Atravesó el pasillo de las sartenes y las ollas, y el pasillo del jabón y los suavizantes. Se había derramado un jabón de manzana en el suelo. Siguió corriendo y encontró el pasillo de los chocolates y las cosas para preparar pasteles. Le gustaba mucho ese pasillo, pero estaba demasiado aterrorizado para detenerse. Ni siquiera se dio cuenta de que ya no se oía la música de Navidad, sino la voz de una señora que hablaba. Pero Dídac no la escuchaba. Pasó por delante de un Papá Noel gigante de plástico que cantaba «Jo, jo, jo» y brillaba mucho. No le gustó. Era como un robot monstruo, con los brazos para arriba y los ojos redondos y malvados. Daba miedo. Y Dídac corrió un poco más rápido.

Volvía a estar en el pasillo de los juguetes. E iba a tanta velocidad que no vio a la chica con gorro de Papá Noel cargada de juguetes. ¡Paf! Se chocaron y se cayeron al suelo los dos rodeados de cajas. Dídac estaba asustado. Ahora seguro que lo iban a regañar, y quizá también lo agarraba la policía por haber estropeado tantos juguetes. Pero la chica del gorro se reía. Se reía con la cabeza echada un poco para atrás.

—¿Estás bien? —Dídac dijo que sí con la cabeza, y la chica paró de reírse y lo miró—. ¿Y tu mamá? ¿Te has perdido? —Dídac volvió a decir que sí y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No te preocupes. Ven, vamos a buscarla —dijo la chica, le dio la mano, amontonaron las cajas y se fueron por el pasillo de los juguetes. Era guapa, esa chica.

—¿Está aquí, tu mamá? —le preguntó cuando se acercaron juntos a la salida, donde estaban los carritos.

—No, pero conozco al paje —dijo Dídac, que volvía a estar un poco contento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica.

—Dídac —dijo Dídac.

—Yo Agnès. Ernest, ¿conoces a la madre de este chico? —El paje levantó la cabeza y dijo que no se acordaba.

—Ven, Dídac, aquí sí que la vamos a encontrar. —Dídac apretó el corderito y pasó por detrás de un mostrador. Un señor vestido de policía que miraba unos televisores en blanco y negro le dijo adiós con la mano. Ahí dentro había una habitación como un despacho pequeño, con

muchas fotos y dibujos de niños, una señora alta y… ¡su mamá!

—¡Mamá! —gritó Dídac, y corrió hacia ella, que lo abrazó con tanta fuerza que aplastaron al cordero. ¡Había encontrado a su mamá! ¡Ahora sí! Ahora ya no estaba triste ni asustado. Cuando estaba mamá, los monstruos desaparecían. ¡Y ya no tendría que vivir en el supermercado! ¡Y la abuela estaría contenta! ¡Y papá también! Y los Reyes le traerían muchos juguetes. ¡Todos!

Desde las alturas, Dídac se puso las manos en la cintura, como si, en lugar del hijo, él fuera la madre, y preguntó:

—¿Dónde estabas?

Y la madre de Dídac dijo:

—¡¿Dónde estabas tú?! —Y le dio infinitos besos. Y entonces se dieron la vuelta, les dieron las gracias a la señora amable y a la señora alta, y se fueron, sin haber terminado de comprar todo, su madre dijo que ya volverían otro día, seguramente el sábado, con papá.

Y Nàdia le compró el corderito blanco a Dídac, y lo bautizaron Zopenco.

Esta es Ada tumbada en la cama reconquistada de la habitación que comparte con Quim desde que tiene memoria. Esta es la cama dura, con una colcha infantil de los noventa, que huele a suavizante de la infancia. Una cama donde se duerme bien y donde se tienen pocas pesadillas.

Este es un recuerdo de Ada. Quim no va en el coche. Está enfermo. Podría ser que estuviera enfermo y Victòria se hubiese quedado a cuidarlo. Nàdia tampoco está porque tiene partido de básquet. Es sábado. Ada está nerviosa, tiene competición. Y el primer salto, el salto que rompe el agua, el salto que te moja para siempre, el salto que te traslada de afuera hacia dentro, le da miedo. Sabe tirarse de cabeza, pero cuando hay una competición la acongoja el primer salto.

Lluís conduce. Al otro lado de la ventanilla todo es gris y azul. Debería ser marrón y verde, pero es gris y azul, se acuerda. Del coche de delante, no. Hasta que cae. Es rojo. No sabía que tenían el río a la derecha. El auto de delante da la vuelta, se come el guardarraíl y desaparece. Desaparece de sopetón, como cuando la gente se tropieza. Lluís dice: «Qué coño.» Para el coche y sale corriendo. Le grita: «Sal del coche, quédate al lado, fuera de la carretera», se mete por el agujero que dejó el coche en el guardarraíl, se quita el abrigo y los zapatos. Mira hacia abajo. Ada se acerca. El agua baja marrón y espumosa, rápida. El río es ancho. Ada le agarra la mano para que no salte. Lluís no se mueve. Paran dos coches más. Una mujer le pregunta: «¿Qué ha pasado?» Ada dice: «Se ha caído un coche.» La mujer levanta las cejas y pregunta, mirando a Lluís: «¿Se ha caído un coche?» Él contesta sin quitar los ojos del río. No se ve nada. El agua baja frenética, indolente ante el coche que se acaba de tragar. La mujer saca un teléfono y llama. Su padre aguarda a ver si sale alguien. No sale nadie. Hace frío. Espera cada uno dentro de su coche. Ada y Lluís dentro del Peugeot gris. «Y ahora mismo están durmiendo en su cajón, cada beso, cada flor, cada canción.» Ada canta y cuando se da cuenta le da vergüenza haber cantado. Pide perdón y Lluís enciende la calefacción sin decir nada y le agarra fuerte la rodilla, afectuoso. Cuando llega la policía, le dan permiso para llevar a la niña a casa, y la deja en casa y vuelve al lugar del accidente. Ada no compite y se alegra un poco. Lluís observa cómo

sacan el coche del agua. Es una familia. Un padre, una madre, una niña y un niño. Lluís se acerca al tanatorio, pero no le cuenta cómo son. Ada no los vio, pero se los imagina. Piensa en el coche cuando se cae al agua, en silencio, y a medida que pasan los días, siente más angustia, sobre todo por la madre. Lleva un pañuelo y tiene la cara triste. Parece que el peso del coche le diera pena, en lugar de miedo. Como si los niños no gritaran, y el hombre condujese tranquilo y ella mirara hacia fuera. Fuera: gris y azul. Dentro: el calor del anorak evaporando el olor a jabón, el equipo de natación, azul y blanco, la goma del bañador apretándole las ingles. El pañuelo de la madre ondea hacia atrás como melena al viento y los niños nadan a toda velocidad, traviesos y bonitos, como ranas o sirenas. Ada sueña a veces que los pequeños van hasta su casa. Pero fuera del río no pueden caminar y se arrastran por la tierra y cuando llegan están todos sucios de barro y de sangre en los codos.

Alrededor de la época en la que ella sueña con los niños que se ahogaron, Quim sueña con drogadictos. Se encontraron con unos una vez volviendo de la escuela. Los drogadictos tienen un coche rojo, también, y se sientan a un lado y se clavan jeringas. Ada sabe que las jeringas son droga. A uno le sale sangre. A ella no le dan miedo, le dan asco, porque están flacos y no tienen dientes. En el cine al aire libre, en verano, un chico se le sentó al lado y fumó droga. Ella agarró a Quim y se fueron a sentar atrás de todo para no respirarla, y desde tan lejos no oían bien la película. Cuando vieron a los hombres y la mujer que se pinchaban en el coche, su padre gritó: «¡No miréis! ¿Qué más tenemos que ver? Hijos de puta» y cuando llegaron a casa llamó muy enojado a la policía y al ayuntamiento y después a más gente. Cuando Quim sueña con hombres que se pinchan, le pide a Ada que duerma en su cama con él. Ella dice que sí y se mete bajo el edredón de Quim, al lado de su cuerpo pequeño y caliente que te da cariño sin que lo abraces. Ada no le cuenta nada de los niños que se murieron en el río. Se lo guarda. Piensa que, si un día la hace enojar mucho, se lo contará.

Y esta es Ada, que piensa en el cuerpo de Quim que se ha hecho largo y sigue esmirriado y caliente. Piensa en Quim diciéndoles a Lluís y a Victòria que es gay. Piensa en Victòria y Lluís, que no están muy contentos. No es que tengan que hacer una fiesta porque Quim diga: «Seguramente ya lo sabéis, pero soy gay», pero podrían haber mostrado un poco más de alegría. Y no esa pena polvorienta, esa decepción arrugada como piel de escroto.

Lluís dice: «No hay problema». Victòria: «¡Y yo que quería tener nietos!» Es una broma. Se quedan en silencio. Ada no entiende la

broma. Victòria sonríe como si se le hubiesen quedado encalladas las comisuras de los labios. Ada pregunta: «¿No lo sabíais?» Su madre contesta: «Supongo que nos lo podíamos imaginar.»

Y este es Quim de doce años y Ada de quince que juegan a la Play. Él es el Barça y ella el Milán. Ella está tumbada en el sofá, él sentado. Ella gana casi seguro. Él dice: «Ada…», está concentrada. «Tengo miedo de ser gay.» «¿Por qué tienes miedo de ser gay?» «Me gustan mucho los jugadores de fútbol.» Ada aprieta la pausa. Un montón de jugadores de fútbol los miran desde los pósteres de las paredes. Hay un álbum de cromos de la liga europea al lado de la Play. «Que te gusten los jugadores de fútbol no quiere decir que seas gay.» Él asiente con la cabeza. Pulsa *start*. «¿Te da miedo que se rían?» Quim mira la pantalla. «Bueno, si lo eres, ya lo descubrirás, y no se van a reír, eres demasiado guay como para que se rían.» Quim vuelve a asentir con la cabeza y mete un gol. Estaba concentrada en lo que habían dicho y no en el juego.

ROSER

Lo único que Roser sabía de su abuelo era que había plantado ese rosal en la pared de delante de la casa como regalo de bodas para la abuela. El rosal daba unas rosas claras y desgreñadas, tan llenas de pétalos que parecían una herida de bala. Esas flores desprendían un olor dulce y empalagoso como un veneno, que mareaba a las abejas.

Roser tenía el pelo corto y grueso y gris, los ojos azules tan claros que también parecían grises, la cara y el cuerpo cuadrados y las manos pequeñas y rápidas como dos ratones. Era una mujer astuta que hablaba poco, y a la que no hacía falta explicarle las cosas para que las entendiera. Había entendido, por ejemplo, que si nadie le contaba nunca nada sobre el abuelo Jaume, aparte de la procedencia de aquel rosal, era porque su abuelo había sido un hombre malo. Si después de morirte, tu mujer no habla de ti, no cuenta anécdotas de cuando le hacías la corte, no cuenta historias de los días en los que eras divertido, y no dice que te extraña cuando está sentada a la mesa el día de tu santo, y si, después de muerto, tus hijos tampoco hablan de ti, no les transmiten a sus hijos las cosas que les decías ni les enseñan lo que tú les enseñaste, y tienes dos nietos que, pasados los años, no saben quién eres, tiene que ser porque hiciste cosas malas y despreciables y ponzoñosas.

Al hijo mayor del abuelo Jaume también le pusieron Jaume, y se murió un verano a los dieciséis años de una apendicitis de esas que son engañosas hasta que ya es demasiado tarde. Y al hijo mayor de la hija del abuelo Jaume —la madre de Roser— también le pusieron Jaume. Roser pensaba, sin embargo, que después de ella y de su hermano, al que solo ella le llamaba, de hecho, Jaume, porque todos lo llamaban General, se iban a terminar los Jaumes, y con ellos acabaría cierta mala fortuna. Porque ella no tenía ninguna intención de concebir una criatura, y su hermano Jaume seguramente no iba a tener tiempo, porque estaba en la cárcel. Y ahora Roser cuidaba el ganado, y cada dos

fines de semana visitaba a Jaume en Barcelona. Y saludaba a las mismas madres, abuelos, hermanos y hermanas e hijos pequeños de los otros presos. Sin hablar, con un gesto de la cabeza. Con los guardias y los funcionarios también. Un gesto de la cabeza. Y le llevaba libros de historia y cómics de cowboys y le contaba con detalle la evolución de la granja, desde detrás del cristal.

Cuando vivían en la misma casa y veían las mismas cosas, la misma diarrea y legañas en las caras de los terneros esmirriados y enfermizos, la misma panza hinchada de una vaca antes de parir, la misma predicción del tiempo después del telediario, el mismo cuchillo del pan y el pan y todo eso, no les hacía falta hablar demasiado. Ahora, en cambio, hablaban más que nunca. Hablaban al detalle sobre todo. Roser era inteligente y disciplinada y paciente y trabajadora, y la granja iba sobre ruedas. Y a veces Jaume le contaba lo que había soñado, y lo que hacía ahí adentro, y a veces se desesperaba y hablaba de cómo estaba roto y descascarado por dentro, pero la desesperación duraba poco y la sofocaba a toda velocidad. Y entre las páginas de los cómics de indios y los libros de historia Roser le ponía siempre alguna hoja de hierbas medicinales. Tomillo, lavanda y ajedrea, para que sintiera un poco de olor a casa entre tanta pared gris, y para que le sirvieran como talismán. A veces lo pensaba, ella, que a su hermano se le había metido dentro un poco de la maldad del abuelo Jaume, y por eso había matado a ese hombre. Pero después se quitaba la idea de la cabeza pensando que Jaume había actuado defendiendo lo que era suyo, y que las maldades del abuelo, de las que no conocía ni el nombre, eran maldades retorcidas y furtivas y hechas a escondidas. Cuando Roser volvía de la cárcel y tomaba el tren, porque conducir hasta Barcelona no le gustaba, siempre pensaba que había visto a su hermano viejo y enfermizo de tanto añorar el olor a bosta y su jeep.

Lo que Roser sabía sobre hierbas medicinales lo había aprendido de su madre, que lo había aprendido de su madre, que era la abuela que se había casado con el abuelo Jaume. Sabía preparar aceite de hipérico, para los golpes, y aceite de romero, para los problemas musculares y para que creciera el cabello, y sabía hacer aceite de jengibre para el dolor de las torceduras, y plantaba adormidera detrás de la casa, aunque ahora estaba prohibida, y sabía que la centaura se tomaba para el dolor de hígado y para la presión sanguínea, y el saúco para los resfriados y las anginas, y que la ruda estimula el flujo de la sangre hacia la zona de la pelvis y del útero, y que es abortiva y afrodisíaca masculina, e incluso sabía que la grasa de tejón alivia las hemorroides.

Y caminaba todos los días una hora y media como mínimo, y aparte de hierbas y arbustos y flores y semillas, y esquejes y troncos y arbustos, también recogía setas y piñas y bellotas y frutos de madroño y fresones silvestres y moras.

Poco después de que encerraran a Jaume en la cárcel apareció un gato oscuro. En esa casa no eran amigos de gatos ni de bestias ingratas. Cuando estaba el General, les disparaba a los gatos con una escopeta de balines, y Pinso, si los atrapaba, los abría de una dentellada y les rompía todos los huesos. No les disparaba con malicia, Jaume. No siempre tiraba a dar. Les disparaba porque en las granjas no tiene que haber gatos, por regla general, porque también se meten en las granjas de los demás, y contagian enfermedades. Pero sola, y tan acostumbrada como estaba a cocinar para dos que terminaba tirando tal cantidad de sobras que Pinso no daba abasto, Roser empezó a alimentar al gato. No le puso nombre, lo llamaba «gato» o «gatazo», y el gato la seguía cuando salía a caminar, y ella le decía:

—No me sigas, gatazo.

Porque si los gatos se alejan demasiado de casa ya no vuelven. Pero el gato la seguía de todas formas, y cuando se cansaba del ritmo rápido y firme de ella, el animal se tumbaba en medio del camino o en el sotobosque. La perdía de vista y al cabo de un rato la reencontraba.

Una mañana de domingo la mujer caminaba a paso firme y el gato la seguía. Llevaba una canasta en el brazo llena de rebozuelos anaranjados y trufas del pobre y algunos níscalos, y también había encontrado un matacandil joven, largo y blanco. Roser sabía mucho de setas. Cómo recogerlas, guardarlas y cocinarlas, y hasta cómo comérselas crudas. En el camino de vuelta a casa, Roser cortaba la carne blanca del matacandil con la navaja, en trozos gruesos, y se los comía como si fuera un queso con gusto a bosque, y a musgo, y a humedad, y a champiñón, y a tierra deliciosa. Y de repente se encontró con tres chicos. Dos niñas y un niño, solos, en un sendero del bosque, que los miraron con curiosidad, a ella y al gato. Cuando les dijo:

—Buenos días.

Le contestaron:

—Buenos días. —Y se fijaron en la seta que tenía en las manos.

Roser les contó que ella había nacido ahí al lado, y que conocía muy bien el bosque, y que su madre le había enseñado sobre las setas, cuáles se pueden recoger y cuáles no y cuáles se pueden comer y cuáles no.

—Vosotros solo podéis comer las setas que vuestros padres os digan

—les advirtió, metiéndose otro pedazo en la boca—. ¿Dónde están vuestros padres?

Una de las niñas señaló en dirección a unos árboles.

—Muy bien, no os perdáis. Buenos días, chicos. —Y Roser se fue, con el matacandil en la mano y el gato detrás.

Cuando ya no la veían, el niño, que se llamaba Quim, dijo:

—Era una bruja.

La hermana mediana, que se llamaba Ada, dijo:

—Las brujas no existen.

La hermana mayor, que se llamaba Nàdia, dijo:

—Sí que existen.

Habían colgado, por esas comarcas, a más de treinta mujeres. No las habían quemado, sino colgado. Mujeres curanderas que pecaban porque sabían curar con hierbas y plantas y ungüentos y oraciones y sortilegios. Porque sabían practicar abortos y ayudar en el nacimiento de las criaturas, y porque creían en los augurios y en la fortuna, y en recoger las plantas tal o cual día, y en su propia fe tanto como en la de Cristo.

Primero se las acusaba de brujería; de hacer enfermar a los animales, de que las cerdas se comieran a los lechones, de transformarse en carneros y de agitar a las ovejas, de arrancarle la cabeza al ganado, de estrangular infantes y comerse bebés, de volcar carros y reventar sacos, de tener trato con el demonio y de acostarse con él, de parir gallinas blancas, de hacer que granice, de echar maleficios y de profetizar, de desobedecer a Dios y de provocar terremotos, de desbordar el río y de matar bueyes para la Fiesta Mayor.

Los vecinos y familiares contaban que Margalida Vila había pedido cenizas a una vecina para comprobar si era bruja. Decían que la Falgueres vieja y su criada habían hablado de cosas de brujas, y que la Falgueres le había contado que se había reunido con el demonio detrás de una colina y habían hecho buenas migas. Contaban que después del granizo de la vigilia de san Francisco, habían hallado entre los estragos una piedra caída del cielo con un cabello de dos palmos de largo, lo que demostraba que el temporal había sido un acto de brujería. O declaraban que habían mandado a una hija a comprar a casa de Elisabet Raspall y que cuando había vuelto le dolía la garganta y la cabeza.

A veces, aparecían hombres que sabían reconocer brujas. Y se paseaban por los pueblos, y si las mujeres no iban demasiado abrigadas y las podían observar bien, identificaban a las que eran brujas. Y si solo encontraban una o dos, no había problema, porque empezabas con dos

y a partir de ellas podías ir descubriendo a las demás. Y si los pueblos eran pequeños y no tenían cárceles, las encerraban en casas particulares, y las desvestían y les buscaban las marcas de brujería. Y si las marcas no aparecían, las hacían salir restregándoles la espalda con un paño nuevo, y después con un trapo de lana con cenizas adentro. Y a estos hombres se les pagaba cuatro reales o más, y su fama se propagaba por esos andurriales.

Entonces se llevaban a cabo los interrogatorios. No para demostrar la inocencia de las mujeres, sino para encontrar más brujas. Y después venían las torturas, para que acabaran confesando dónde se escondían las otras y las perversidades que habían hecho con algunas criaturas.

Durante las torturas, se desnudaba a las condenadas y se las tumbaba sobre un banco, boca abajo, con los brazos girados sobre los hombros, sujetas a unos bastones que un torno iba estirando y retorciendo. O bien se las colgaba de una polea por los brazos, atados a la espalda, horas y días, y se les ponían pesas en los pies, cada vez más pesadas, para que el dolor fuera más fuerte y los cuerpos viejos y tortuosos de las brujas ancianas no lo pudieran soportar.

Así se lo había contado la madre de Roser a Roser, y la abuela de Roser a la madre de Roser.

Las historias de brujas que más le gustaban a Roser eran las de la bruja Marxanta del agujero del culo del perro y la de la bruja Badia, de Sant Feliu Sasserra. Marxanta preparaba sus conjuros con tijeras y aceite y tenía un perro feo y espurio. Cuando la gente de los pueblos la insultaba, la Marxanta les gritaba: «¡Salgo del agujero del culo del perro!» y se reía.

La bruja Badia se había muerto de vieja en el lecho. Y ese era el motivo principal por el que a Roser le gustaba su historia. Cuando enfermó y sus familiares entendieron que le quedaba poco, la habían abandonado. Se decía que, cuando una bruja se moría, sus poderes pasaban al familiar más cercano que estuviera junto al lecho de muerte, empezando por las chicas. Pero si nadie recogía los poderes, estos se extinguían con la bruja. Por eso, fueron unos vecinos los que la asistieron a su muerte y avisaron al capellán. Cuando el hombre llegó a la casa, se dispuso a llevar a cabo la ceremonia de unción con los santos óleos. Para ungirle los pies, tenía que quitarle las medias, pero Badia no se dejaba tocar y repetía:

—¡¿Quién lo quiere?!

El capellán había alertado a los vecinos de que si alguno decía «Yo

lo quiero» se convertiría en bruja. Y el cura contestaba:

—¡Devuélveselo a quien te lo haya dado!

Y después de unas horas, la mujer dijo:

—Quien lo quiera está en la chimenea. —Y murió.

La bruja Badia tenía un gato oscuro, grandote y brillante, que la esperaba en la puerta y la seguía a donde fuera, y si la perdía de vista un momento, siempre la encontraba. Decían que cuando la mujer hacía sus fechorías, para que la gente no la descubriera, las hacía a través del gato. Un día un vecino le tiró un balde de agua fría al gatazo para que se fuera y no volviera nunca más, y el gato ni siquiera se mojó. El gato era el demonio, según los vecinos, y si la noche en que la bruja Badia falleció alguien hubiese dicho «Yo lo quiero», el gato se habría quedado a su lado y lo habría seguido allí donde fuere.

Esta es el agua que cae. Que cae a gotas gordas e incesantes. Que cae a mares, como una cortina.

Este es el aire de la troposfera. Y este es el vapor de agua del aire de la troposfera, hecho de la evaporación de la superficie de los océanos, lagos y ríos y la transpiración de las plantas. Y estas son las nubes calientes, donde las gotitas de agua aumentan de tamaño hasta que llega un momento en que las corrientes ascendentes no pueden sostenerlas y caen en forma de lluvia.

Y esta es la lluvia que cae sobre los árboles y las hojas y las ramas. Y sobre la tierra. Y sobre el barro y los charcos y las piedras. Y sobre las capas y las capuchas y sobre los hobbits. Y sobre la puerta de Bree. Y sobre el cerrojo de la puerta de Bree. Y sobre las casas de la aldea de Bree. Y sobre el carcelero de la puerta, que dice:

—¿Qué quieren?

Y sobre los cabellos de Frodo, que chorrean agua fría que se le mete en los ojos y en la boca cuando contesta:

—Vamos a la posada del Pony Pisador.

Y sobre la lámpara de aceite del hombre cuando abre la puerta y exclama: «¡Cuatro hobbits!» Y sobre Merry, y Pippin, y Sam, cuando cruzan temerosos el portal. Y sobre los jinetes negros que los buscan. Y sobre la granja, y sobre el tractor, y sobre el cobertizo de la paja, y sobre el porche y el tejado, y sobre la era de trilla de Can Ballador. Y sobre los cabellos, y los hombros y la espalda de Mercè de Can Ballador cuando entra en casa y pregunta:

—¿Qué hacéis a oscuras?

Y esta es Marta de Can Ballador, con doce años, acostada en el sofá y tapada con una manta, que contesta:

—Estamos viendo *El Señor de los Anillos*.

Y este es Vicenç, de quince, que agrega:

—Ven, mamá.

Y esta es Mercè, que no entiende estas películas, pero se sienta en la punta del sofá, mientras Marta dice:

—Ahora aparecerá Aragorn.

LA GUERRA CICLISTA

Hay odios que se transmiten de padres a hijos. Niños de tres y cuatro años, y nueve o diez, que entienden las conversaciones de los adultos aunque los adultos no lo sepan, que captan un gesto de animadversión, una mirada de antipatía; que, como los perros, notan el sutil cambio de olor de sus progenitores, la alteración repentina de la respiración después de un hecho específico, de una interacción concreta, de la aparición de alguien. Y se apropian del odio. Se adueñan de él y lo comparten. Por amor y lealtad y sentido de la pertenencia al clan.

El ciclista, que se llamaba Jordi, se había levantado a las seis de la mañana. Ninguna excursión valía la pena de verdad, o era realmente seria, si no te levantabas antes de las seis. Se reía, este hombre, de las familias y los amigos que quedaban a las diez para ir a caminar. Domingueros, pensaba. Vestidos con ropa cualquiera. Cargando botellas de plástico. Bolsas de plástico. Sin equipamiento. Sin objetivos. Gente que salía abrigada de casa como si se fuera a la nieve, porque la gente que no está acostumbrada al campo y a la montaña no sabe salir con un poquito de frío. Gente que necesitaba quitarse cierto malestar de encima, cierta culpa de trabajar en la ciudad, y de vivir en la ciudad, y de pagar un gimnasio al que no iba. Gente que caminaba para cansar a los niños o para pasear a los perros. Personas que no sentían nada por lo que veían, ningún tipo de conexión con el paisaje ni con el entorno.

Los jubilados, sin embargo, sí que le despertaban un respeto. Los jubilados que se levantaban temprano y se arremangaban la camisa y los pantalones. Los señores que se ataban una camiseta en la frente, las señoras que se agarraban a un bastón largo como una vara y lo clavaban en el suelo a cada paso. Sin perros, sin criaturas, solamente las piernas venosas, el ritmo constante.

Jordi y sus amigos ciclistas se encontraban en el polígono, hablaban de las mejoras que les habían hecho a las bicicletas, se daban golpes en el casco, y comparaban las marcas del sol en los brazos. Y después

comenzaban.

Era sábado y pedaleaban, con los muslos gruesos y fuertes, y las rodillas protuberantes, y los gemelos tensos. Las piernas como máquinas, precisas, valientes, imparables y constantes, como la cadena, y los pedales y los piñones de la bicicleta. ¡Qué cosa más mágica, más en consonancia con la naturaleza, más liberadora y volátil y delicada, que es una bicicleta! Una bicicleta es una saeta, rápida y silenciosa, cruzando los campos que se despiertan poco a poco, atravesando la carretera como un vendaval. Los ciclistas tenaces, por momentos agarrados al manillar, concentrados en el equilibrio y la rapidez, a veces charlando, respirando hondo, riéndose. En parejas, de tres en tres, como si fueran uno solo, como soldados, precisos y en consonancia, como bandadas de pájaros dibujando figuras en el aire, como peces en medio del mar, nadando dentro de las mismas olas.

Y entonces apareció un tractor, un tractor verde, pesado y lento. Un tractor que se les puso atrás y les pisaba los talones. Un tractor que les ensuciaba el paisaje. Ellos pusieron el turbo, ágiles. Y continuaron pedaleando, con la mañana cada vez más calurosa encima. Y el tractor que los seguía. Y en eso tocaba el claxon. Y ellos en formación. En tres filas de tres.

Apareció un desvío en el camino y Jordi pensó que con un poco de suerte el tractorista iría hacia la derecha, y ellos hacia la izquierda, y que así no iban a tener que soportar la presión de la prisa de ese hombre que iba dentro de esa máquina aplastante. Pero no. El hombre torció hacia la izquierda. Y tuvieron que cambiar a formaciones de dos. Qué pesados, los tractores. Qué pesada, la gente que va en coche. La gente que tiene prisa. La gente que no respeta las bicicletas.

La carretera no era tan ancha como para que cupieran dos ciclistas uno al lado del otro más un tractor, así que el tractorista pisó el campo con una rueda para adelantarlos. Y aceleró. Y los adelantó. Con medio tractor sobre los cultivos, y con muy poca distancia entre la máquina y los ciclistas, sin lugar a duda.

Fue entonces, no obstante, cuando, contra todo pronóstico, una vez que estuvo delante de los hombres y las bicicletas, con una rueda sobre el alquitrán oscuro, y una rueda sobre el campo seco y blanco, el tractor fue frenando hasta detenerse. Atravesado en medio de la carretera. Los ciclistas tuvieron que frenar también. Bajar un pie a tierra. Y entonces sucedió todo muy rápido, y las miradas y los gestos de cada uno se amontonaron; el hombre del tractor hizo girar las ruedas de atrás con frenesí. La rueda que estaba sobre el campo, enloquecida. Redonda,

alocada. Antes de que Jordi entendiera qué estaba haciendo el tractorista, los nueve ciclistas ya estaban cubiertos de una nube de polvo densa y gris. Y justo antes de que la polvareda le hiciera cerrar los ojos, Jordi vio, en lo alto de la cabina del tractorista, una cabecita que giraba, riéndose, mirando a los ciclistas. Era una niña, sentada al lado de la espalda gigantesca del hombre que conducía. Una niña que debía de tener seis años, siete como mucho. Y que, mirándolos directamente a la cara, a nueve hombres hechos y derechos, les levantó el dedo del medio en un gesto de *fuck you*.

Después de haber empolvado a los ciclistas, Vicenç Ballador padre le hizo prometer a Marta que no le iba a decir a su madre que la había dejado hacer ese gesto. Marta no diría nada, pero seguro que Mercè se iba a dar cuenta. Y si lo sabía, seguro que, de hecho, lo secundaría. Ciclistas, invasores dominicales que pensaban que esa carretera era suya. Ciclistas, con su intolerancia, su desprecio por los que tenían que hacer su trabajo, por aquellos que de hecho pagaban los impuestos de esa carretera, ciclistas que nunca se apartaban, que no te dejaban adelantarlos aunque les tocaras el claxon, aunque les hicieras señales por la ventanilla, aunque bajaras del tractor y te arrodillaras; su condescendencia ciclista, su certeza egoísta de encarnar el núcleo y la razón de ser de ese paisaje, encendía a Vicenç Ballador hasta la insurrección. Y a Marta también.

—¡Venganza! —gritó Ballador padre, y Marta levantó el puñito blando en alto y se le encaramó encima. Las manitas sobre el cuero gastado del volante del tractor. Los pantalones cortos y la camiseta de propaganda. Y la gorra, en el suelo, que molestaba y se perdía. Y todos los pelos oscuros, finos, finísimos, escapándose de la goma de la coleta, como si fueran de agua. Y el padre Ballador que, cuando arrancaban en línea recta y no había que hacer ninguna maniobra, quitaba las manos del volante para rehacerle la coleta. Y ella que no se quejaba cuando le tiraba del pelo, solo arrugaba los ojos. El mundo visto desde tan arriba como desde lo alto de un tractor.

—Las niñas también pueden ser granjeras, ¿no, papá? —dice Marta, concentrada en mantener el timón firme y en línea recta e infinita a través del campo que tienen por delante.

—Por supuesto que sí.

—Joan Martínez de mi clase dice que no.

—Joan Martínez de tu clase no sabe nada.

Vicenç hijo no quiere dedicarse al campo. Cuando empezó a estudiar

música, dejó de querer ser granjero. Será músico. Y ayudará si hace falta, pero no mucho más.

Marta dirá que quiere ser granjera casi hasta los quince años, por sentido de la lealtad hacia su padre y la granja, que es su proyecto de vida. Por un amor absoluto y una defensa desaforada de esos caminos, y esos campos, y aquellas granjas y aquellos granjeros. En algún momento, sin embargo, cambiará el campo por la veterinaria, y su madre entenderá que así va a ser más feliz. Que los cerdos sean de otro.

Cuando toca maniobrar, el padre le rodea la cintura con un brazo. Como un cinturón. La barriga redondita e hinchada, de niña todavía. Y deja que ella haga las maniobras. Ballador padre mantiene una sola mano en el volante, como apoyo. Tiene un talento natural, la niña. A los siete años ya sabe cuándo hay que girar el volante si va con arado o sin él. El padre mete las marchas y pisa los pedales. Marta dice: «Atrás» o «Paremos». Y él la obedece. A veces está tan concentrada que no quiere hablar de nada. Y se hacen compañía, así, en silencio. Ponen la radio y suenan canciones. Otras veces Marta tiene preguntas. Preguntas de cultivos y de siembras y de maquinaria. Preguntas sobre mujeres y sobre la vida de campesinos, sentada en las rodillas de su padre. Hay una sillita al lado del asiento del conductor. Si lo que hacen es demasiado difícil, o si van por la carretera, ella se sienta a su lado y mira, para aprender.

Siempre que Marta conduce así, concentrada y en silencio, Ballador padre piensa que qué quieren que les diga, si está contento, e incluso relajado, y orgulloso, de que le hayan salido dos hijos como él; que aman un poco lo que él ama y defienden un poco lo que él siempre ha defendido. ¡En su regazo, esta ratoncita, a la que le gustan los tractores y los arados! Vicenç Ballador padre tiene en casa dos mozos ciegos como dos topos, ciegos como una tabla de planchar, contentos de conducir un tractor o de tocar la batería, con una sensibilidad que se alimenta solamente de cosas tranquilas y cotidianas. Viva. Dos cachorros, tiene, que no se meten a mirar dentro de las personas, ni debajo de las piedras, ni saben nada de las desgracias de los demás a menos que lo afecten a uno.

Habría que hacer una fiesta, piensa el hombre. Habría que tirar la casa por la ventana y bailar toda la noche y quemar toda la paja si, como a Ballador padre, a uno le salen dos polluelos mundanos y mediocres y felices como la mala hierba.

Esta es Ada diciéndole a Vicenç hijo que escribió dos historias en las que sale su padre:

—Escribí dos historias en las que sale tu padre.

—Y sobre mí, ¿cuántas? —pregunta Vicenç.

—Apareces un poco en las de tu padre.

—¿Me las dejarás leer?

—No sé. Quiero pedirle permiso a tu padre. ¿Podemos ir a verlo un día y se lo cuento? —dice Ada.

—Si me dejas leerlas.

—Por favor —suplica Ada.

—Mi padre no entenderá nada.

Acaban de detener el coche a un lado, delante del cercado de un caballo blanco. «¿Qué quieres hacer?», le ha preguntado Vicenç, y Ada ha respondido: «Te quiero enseñar una cosa», y le ha enseñado el caballo blanco. Cuando vuelve a casa, a veces Ada se para a mirarlo. Y a veces le saca fotos. Y a veces el caballo espera en una punta del cercado y, cuando llega ella, corre al lado del coche y se encabrita. Vicenç apaga las luces y echa el asiento para atrás. Los ojos se les han acostumbrado a la oscuridad y observan al caballo. Al caballo le gusta la atención y pasta desdeñoso delante de ellos.

—¿Tiene nombre? —pregunta.

—Yo lo llamo Vigo —dice Ada.

Vicenç tira de ella para que pase por encima del freno de mano y se siente encima de él. Se dan besos poco a poco. La saliva, las lenguas y los alientos están calientes. Tienen los cristales bajados, y el aire fresco de la noche de verano entra y sale del coche como le da la gana.

Ada piensa que le gusta revivir la estrechez y la incomodidad del coche. El techo que le rasca el cráneo, el volante que se le clava suavemente en las costillas. Echaba de menos conducir cuando vivía en Inglaterra. Piensa en ese día, ya hace más de cuatro años, en el que ella y Vicenç hicieron el amor en un campo entre su casa y la granja de él. Y pasaron un montón de coches. Ada se sorprendió de que hubiera tanto tráfico por esos caminos de madrugada. Y se repetía que debían de ser parejas como ellos, buscando un rincón donde aparcar, pero no paraba

de imaginarse a los vecinos, sonriendo al reconocer la matrícula, y se desconcentraba.

Y esta es Ada que piensa que le gusta el olor a cerveza que sale de la boca de Vicenç, como si en el fondo del pozo tuviera una bodega. Una bodega con moqueta. Solo un inglés tendría un bar o una bodega con moqueta. Piensa que le gusta el olor a sábanas no muy limpias. Piensa que Vicenç no las ha cambiado en tres semanas. Piensa que está bien no mentirle a su madre. Ahora que tiene un pie tan metido en la edad adulta y la madurez. Ahora que volvió después de vivir tres años en Inglaterra. No tener que enviarle un mensaje inventándose que se queda en casa de Sílvia. Decir solamente: «Mamá, no vuelvo a dormir.» Compensarlo con una dosis de responsabilidad doméstica. Expulsar bien hacia afuera del campo de pensamiento la idea de buscar un piso para ella. Piensa que se alegra de que sea verano y de compartir con Quim los espacios de la casa. Que el cuerpo de él, descuidado y largo, ocupe siempre el sofá grande. Que el enchufe y el cargador del móvil estén siempre ocupados por el móvil de Quim. Piensa que, en septiembre, en la casa, solo van a estar ella y Victòria. Y se imagina sosteniendo la casa sobre la espalda. Piensa en casas grandes con padres, madres y niños que un día se quedan vacías.

Vicenç apoya la boca sobre sus pechos. La toma de la cintura y desliza la caricia hacia arriba, arriba y entonces le toca los pechos y los besa y los saca del sujetador, y los mira y los chupa y Ada pasa una mano por entre sus piernas para agarrarle el paquete. Se mueve y lo monta con las piernas abiertas. Las lenguas se pelean y se enredan y Ada le desabrocha los pantalones y entonces baja el ritmo para acariciarlo. Vicenç le levanta la falda poco a poco, la toca con la punta de los dedos, muy suave, muy poco. Ada gime y cuando no puede más se incorpora, y sin quitarse las bragas, y moviendo la cintura, se va metiendo el pene, poquito a poquito, adentro. Y hacen el amor.

Cuando acaban el caballo está lejos y de espaldas. No ha pasado ningún coche. Se vuelven a oír los grillos. A Ada le duele la rodilla de tanto rozarla con la puerta. Vuelve al asiento del acompañante y saca los brazos por la ventanilla. Y este es Vicenç que tiene ganas de alargar el brazo y tocarla, pero no termina de saber cómo luchar con el control fronterizo del freno de mano y el cambio de marcha, ni con el peso de ella, volcado hacia la ventanilla.

—Voy a mear —dice Ada.

Y sale a la noche y mea, a chorros, como una yegua.

LA SELVA

Tenía el turno de noche en la estación de servicio de Coll de Revell y tenía prohibido fumar, pero fumaba de todas formas. Salía por detrás para que no fuese tan evidente delante de las cámaras. Se alejaba del combustible, y se colocaba de forma que la entrada le quedara bastante a la vista. Y entonces se daba la vuelta, se inclinaba hacia la montaña, tan negra y llena de árboles que parecía el lomo de un dragón, y golpeaba expertamente el culo del paquete. El aire de ese lugar limpiaba más que el agua oxigenada. La mayoría de las noches a duras penas paraban quince vehículos y más de la mitad eran camiones. Los camioneros le despertaban una especie de odio visceral ligado al instinto paternal y a haber escuchado demasiadas historias de prostitutas asesinadas, y siempre les hablaba con monosílabos y los miraba fijamente para acordarse de sus caras. Josep Usart era uno de esos hombres de sangre caliente y poco miedo, que creía que ni siquiera se lo daba la idea de ir a la cárcel. Sabía cosas; no tantas como le hubiese gustado, porque había estudiado poco y perdido mucho el tiempo, pero si tenía una cosa clara era que a cualquier hijo de puta que se atreviera a hacerle daño a Angèlica lo quemaría vivo. Angèlica tenía veintitrés años, y no entendía cómo le había podido salir tan guapa e inteligente viéndolos a él y a su madre.

El Montseny, sobre todo a partir de Coll de Revell, allí donde se acaba Osona y comienza la Selva, es el mejor trozo de Cataluña; lástima que los jóvenes crezcan tan torcidos. Él el primero. Esas carreteras le traían demasiados buenos recuerdos de trompos con el Corsa y los frenos de mano y derrapadas y saltos y porros y drogas, demasiadas drogas, y noches, y alcohol, y mucho follar de mala manera en la parte de atrás del coche, y de perros buenos, y de níscalos y de castañas, y de ir al río a pegar unos tiros, y de subir las Agudes treinta mil veces, y de estar en forma de verdad, hostia, y de ser joven y estar habituado a lo malo. Echó el humo por la nariz y se agarró la hebilla con el pulgar. Ese

pedazo de mundo desarraigado y bonito era su hogar. Josep Usart siempre llevaba hebillas con forma de águila o de cabeza de caballo, y botas camperas con un poco de tacón, y se dejaba bigote encima del labio y se había apuntado a clases de country los martes por la tarde antes de entrar a trabajar. Con la camiseta de Repsol ajustada tenía un aspecto raro. Era un admirador incondicional de Bruce Springsteen, y si a Bruce le llamaban The Boss, a él le llamaban Usa, por Usart, y por la pinta de cowboy y toda la pesca. Y porque cuando tuviera suficiente dinero, atravesaría algún desierto de Estados Unidos en moto. Incluso Angèlica lo llamaba Usa. Y si él había dejado que su madre le pusiera Angèlica era únicamente para poderle cantar: «*Angie, Angie, you can't say we never tried.*»

Cuando terminó de fumar, apagó el cigarrillo a conciencia, les dio un último vistazo a las montañas y sintió una punzada de añoranza. Antes de que fuera demasiado grave, volvió a entrar. Dormir no le había gustado nunca. No le gustaba porque no sabía hacerlo; normalmente dormía un promedio de tres o cuatro horas, por eso había tenido tanto tiempo de descalabrarse y hacer maldades. Su exmujer no lo había entendido nunca, y Janina tampoco, y terminaban odiando despertarse solas y no encontrárselo nunca en la cama.

A esas alturas, a Josep Usart no le quedaba ningún vicio, aparte del tabaco y el regaliz negro; tomó un paquete de regaliz, junto con una revista *Cuore* y se fue a masticarlo detrás del mostrador. Entonces pararon dos tortolitos. Eran las dos y unos minutos. Llenaron el depósito y la chica entró a pagar. Llevaba una minifalda amarilla y un pañuelo negro largo enrollado en el cuello. De camino a la caja agarró unas galletitas saladas y un paquete doble de Snickers. Tenía los pechos no muy grandes pero redondos y un vientre que apenas se insinuaba pero te daban ganas de alargar las manos hasta ella. Cuando la tuvo delante, Josep Usart le dijo: «Hola, guapa» con la voz grave y una sonrisa, y sintió el olor a colonia de mujer y a sexo que desprendía. El labio de arriba se le plegaba, los tenía finos pero carnosos como una cereza. Casi sintió el tacto de las bragas sobre aquel culito, y le agarró los muslos, y le abrió las piernas y le arrancó las bragas, rápido y restregándola, y ella abrió la boca y sacó la lengua para decir: «¿Me cobras? Ay, ¿sabes quién soy?» Y Josep Usart apretó la cintura contra el mostrador de la caja y le contestó: «No.» «Soy Ada Casacuberta.» Y él le dijo: «Anda, sí que has crecido. Estás muy guapa.» Y de la incomodidad terminó ofreciéndole una tarjeta cliente, que eran dos minutos y una firmita, y ella diciéndole: «No, no, gracias» y él: «Muy rápido, muy rápido y

gratis», y mientras firmaba los papeles de la tarjeta cliente le puso las galletitas y los Snickers en una bolsa, y se tocó el pecho instintivamente para notar el paquete de cigarrillos.

Cuando salió de la gasolinera y subió al coche, Ada tiró la bolsa al asiento de atrás, junto con la tarjeta cliente y el ticket de caja y exclamó: «¡Puaj! ¡Qué asco! Era el padre de Angèlica Usart y me ha mirado con una cara de pervertido que me hubiera follado ahí mismo. Este hombre me llevó de excursión al zoológico y a las Agudes cuando tenía seis años. ¡Dios mío! ¡Qué miedo que da, aquí solo toda la noche mirando revistas guarras! Lo dice todo el mundo, que está como una puta cabra.» Y Vicenç, que estaba completamente tocado porque hacía quince minutos que Ada le había dicho que se iba a vivir indefinidamente a Inglaterra, la miró y le dijo que, si ella quería, entraba y le partía la cara.

Estos son Ada y Vicenç en el balcón del piso nuevo hoy por la tarde. Tienen dos vasos de birra y un cigarrillo a medias. Y Vicenç dice que tiene una idea para un cuento.

Estas son las plantas, frondosas y verdes como una selva, en la terraza del vecino de abajo de Vicenç. Vicenç tuvo que dejar de tender la ropa en ese balcón porque si se le caen pinzas, calcetines o calzoncillos, y tiene que bajar a buscarlos, el hombre se enoja muchísimo. Los niños de la casa de al lado le tiran fichas de dominó y juguetes de huevo Kinder, y el vecino a veces les grita: «¡No me tiréis juguetes, demonios!», y a Vicenç, cada vez que lo oye gritar, le dan ganas de cantarle: «Ese portugués, hijo puta es», porque es de Portugal.

Este es Vicenç que se sienta en una tumbona vieja y lila, a oscuras, y dice que la historia tiene que transcurrir en un barco. Esta es la piel dorada de Vicenç, y las uñas de las manos, planas y blancas, como un cobertizo de guardar la paja, y su pecho peludo y las piernas preciosas, y los dedos de los pies protuberantes y como ganchos, feos y verdes, de tanto estar metidos dentro de las katiuskas y los pies de gato y las zapatillas de deporte. La historia tiene que pasar en un barco grande que haga una ruta seria, cuenta, de nueve o diez horas, que no sea un crucero, sino un navío que vaya a algún lugar concreto. Debe atravesar alguna zona del Canadá o navegar desde un punto cualquiera de Australia hasta Nueva Zelanda o las Filipinas. El protagonista tiene que ser un tipo joven. Dice que todavía no pensó bien quién es exactamente, ni a qué se dedica, pero que está dejando algo atrás. Ada pregunta:

—¿Una chica?

Vicenç contesta:

—También tiene que haber otros motivos, no puede ser solo por una chica. —Y agrega que tampoco hace falta indagar demasiado, que basta con que se intuya esta idea de huida y de misterio. Ada sonríe.

Y este es el tipo de la historia subiéndose al barco por la tarde. Tiene que ser un día encapotado como las pasarelas de acero. El barco está un poco viejo y descascarillado, y sin sol la cosa se pone un poco triste. Como de mar sin delfines. Y Ada piensa en ella yéndose a Inglaterra. Y en Eveline, y en James Joyce escribiendo:

Una campanada sonó en su corazón. Sintió que una mano le agarraba la suya.

—¡Ven!

Todos los mares del mundo se agitaban en su seno. Él tiraba de ella: la iba a ahogar. Se sujetó con las dos manos en la barandilla de hierro.

—¡Ven!

¡No! ¡No! ¡No! Imposible. Las manos se aferraron frenéticas a la barandilla. Dio un grito de angustia en medio del mar.

—¡Eveline! ¡Evvy!

Se apresuró a pasar la barrera, diciéndole a ella que lo siguiera. Le gritaron que avanzara, pero él seguía llamándola. Se enfrentó a él con cara lívida, pasiva, como un animal indefenso. Sus ojos no tuvieron para él ni un vestigio de amor ni de adiós ni de reconocimiento.

El chico del cuento que narra Vicenç, cuando ya prácticamente no se ve tierra y no es que haga un frío de locos, pero sí que hace fresco y el ambiente es muy húmedo, conoce a una pareja, una chica y un chico. Y se ponen a charlar, y lo invitan a vino y él les ofrece cigarrillos, pero ninguno de los dos fuma. Por esas cosas de la vida y la perspectiva de tantas horas a bordo se caen bien, y la gracia está en que las horas se pasen muy rápido y Ada, si quiere, puede intentar reproducir algunas de las conversaciones.

Ada se los imagina sentados en cubierta en una butaca con una manta rancia sobre las piernas y con abrigos de plumas, y guantes y gorros de lana. Cuando anochece, el chico de la pareja se va a dormir. Vicenç le cuenta que después de que el chico se haya ido, como lectores tenemos que sentir un poco de miedo, o de ganas, de que el protagonista y la chica se enrollen, de que se den cuatro besos con los labios secos en cubierta y follen en la cabina de él. Pero en cambio, cuando se quedan solos, Vicenç dice exactamente: «Ahora viene lo que sería el nudo del cuento», continúan charlando y se sinceran. Se sinceran, dice, aunque tampoco sabe muy bien respecto de qué. Y conectan, conectan como conectan a veces las personas, y se sienten extrañamente tranquilos y cercanos, en un lugar muy alejado de todo y muy poco definido, en medio del océano Pacífico y del mundo, que en aquel momento es exageradamente grande e inhóspito. Y se emocionan un poco, dice Vicenç, así como dos bengalas. Entonces el chico, sin ningún tipo de intención erótica o seductora, le dice que está tan

cansado de todo, y tan triste sin motivo, y al mismo tiempo tan cómodo a su lado sin saber por qué, que se tiraría por la borda. Y esta es la chica que lo mira y le dice que se tire. Que se arroje y que no se preocupe, que dará aviso corriendo y lo sacarán del agua.

Ninguno de los dos piensa en el golpe, ni en la distancia, ni en cómo de fría debe de estar el agua o en la cantidad de tiburones o medusas inmensas que deben circular por ahí abajo. Y a Ada se le viene a la cabeza esa anécdota del turista inglés que se lanzó al mar borracho desde un acantilado y mató a un tiburón del golpe.

Y este es nuestro protagonista que, de repente, aparta la manta, se quita el abrigo, se sube a la barandilla y se arroja.

Y esta es Ada que grita:

—¡No! —y—, ¡no puede ser que se tire, no quiero que se tire, nadie se tiraría! Lo que haría cualquiera en este momento es mirar el móvil e irse a dormir.

Y Vicenç lo medita. Y dice que lo tendrá que pensar mejor, que tal vez sí que no tenga sentido que se lance al mar, pero que le parecía un gesto entre estúpido y poético. Y Ada se ríe, y mira adentro de sus ojos y le agradece la generosidad de haber pensado una historia y habérsela contado.

—¿Entramos? —pregunta él. Ada asiente y se levantan.

Cuando Vicenç se da la vuelta, Ada agarra la punta del cigarro apagada en el suelo y la lanza al patio del portugués por la barandilla del balcón. Y se le escapa la risa. Vicenç se gira y pregunta:

—¿Qué has hecho?

Y Ada le responde:

—Nada.

Después de hacer el amor e ir quedándose medio dormidos, Vicenç dice:

—Vamos a ir a cazar un día, para que puedas escribir un cuento sobre la caza.

(Julio)

LAS NIEVES

Pasaron dos hombres en una camioneta y tocaron el claxon. Ada levantó la vista y el copiloto le sacó la lengua moviéndola de un lado al otro. Ella murmuró «imbéciles» y se estremeció de pensar que seguro que le habían visto la barriga. Sacó el móvil del bolsillo. Con las manos heladas le costó desbloquearlo. Comprobó cuánto rato hacía que había llamado a la grúa. Ocho minutos. El embrague, o el freno, o el motor o vete a saber qué, apestaba. Con el capó levantado, el motor parecía una barriga abierta, los intestinos y las protuberancias metálicas cubiertos por una capa de grasa y polvo. Alrededor del coche los árboles eran más azules que verdes. Los rastros de nieves viejas, sucias y congeladas castañeteaban como dientes bajo los pies de Ada. Se sentó dentro. Entre la barriga inmensa y el abrigo de invierno a duras penas cabía. El bebé giró de repente como un pececito, y Ada puso una mano ahí donde le parecía que tenía los pies. Encendió la radio, pero no llegaba ninguna señal. Pensó que, si le hubiese dicho al hombre de la grúa que estaba embarazada, seguro que se habría dado más prisa.

Entonces, se miró la barriga y dijo:

—Me acuerdo de un cuento que se llama «Las nieves del Kilimanjaro». Lo escribió un señor que se llamaba Hemingway. Cuenta la historia de dos que tienen un accidente y esperan que alguien los rescate. Son un hombre y una mujer que están casados. Pero él está herido, y están en África, y él se está muriendo y los buitres los acechan. Los buitres son unos pájaros muy grandes que comen animales muertos. No es un cuento muy para niños, pececito.

La criatura se quedó quieta escuchándola. Ada pensó que se había acostumbrado tanto a tenerla dentro y a contarle cosas, que la iba a extrañar por siempre jamás. Pensó que le gustaba mucho tener compañía todo el tiempo. Pensó que le gustaba mucho contarle anécdotas.

—Una vez fuimos con el tío Quim a Tavertet. Dejamos el coche y

caminamos un buen rato, rodeando la montaña. Y cuando llegamos a una zona muy despejada, con el pantano abajo que brillaba como las escamas de un pez, aparecieron cuatro buitres volando en círculos por encima de nosotros. Estaban tan cerca que les veíamos las panzas redondas. El corazón nos latía tan rápido que nos asustamos, y agarramos piedras de entre las sombras que proyectaban, e íbamos diciendo que seguro que no nos querían a nosotros, que debía de haber una vaca despeñada por ahí cerca, pero corrimos hasta el coche como unos posesos, imaginando cómo bajaban y con esos picos puntiagudos nos picaban la cabeza.

Y entonces, cansada del peso de su vientre, embriagada del calor que ella misma desprendía, e invadida del regusto agradable de los recuerdos, Ada se enroscó como un animalillo mimoso, y delante de los ojos le cayó un velo rojizo, y después uno azulado, y por último uno negro.

Es de noche, y te espero en un campo de hierba, al lado de una valla. El cielo está muy oscuro y la hierba está iluminada como se iluminan los campos de fútbol americano. La valla es como las de atletismo, blanca y sola, a la altura de la cintura, y no separa nada de nada. Cuando llegas, corres hacia mí, nos abrazamos y nos tiramos por encima de la valla. Caemos del otro lado, y nos damos besos y las cabezas nos quedan justo al lado de un caramelo sin envoltorio.

Caminamos por el borde de una bahía. Hace calor y el sol brilla muy dorado, y el mar muy azul. De repente eres grande, y latino y moreno y brillante, como si te hubiesen untado con aceite. Eres tan fuerte que me llevas sentada en el antebrazo, y mi culo cabe perfectamente entre tu codo y tu axila. No te cansas nunca de llevarme así, alzada. Pareces Ricky Martin y cantas una canción que es un bolero que habla de mis labios.

Estamos en una piscina azul turquesa descolorida. Las baldosas que la rodean son blancas con piedrecitas incrustadas que se te clavan en los pies cuando caminas descalza. Tú te vas y me dejas con tu hermana. A tu hermana no le gusto, y no quiere jugar conmigo. Entonces arrojamos piedras al agua. Primero ella. Yo la imito. Hacen plof y se hunden. Una detrás de otra.

Camino por un centro comercial lleno de gente. Un río de personas va en una dirección y otro río de gente va en la otra. Nos encontramos en el medio, tú de la mano de tu novia. Es rubia y no le veo bien la cara y no sé si es bonita. Siento tu olor. Y tengo esa sensación que se tiene cuando el olor de alguien te incumbe y te pertenece. Y no me la presentas. Y te vas agarrado de su mano, como si me estuvieseis robando algo.

Tengo el bebé en la barriga. Tengo la barriga muy grande y muy caliente, como una estufa. Paseo por el aeropuerto. Llevo el pelo recogido en una trenza y entra muchísima luz por las ventanas. Delante de mí, al otro lado de los cristales, los aviones se mueven como juguetes. Hay enfermeras con batas blancas y manos frías, y anestesistas que me explican, con los ojos quietos y la boca escondida debajo de las mascarillas, que la anestesia se destila de las frutas lilas que dan unas hiedras que crecen en las pirámides mayas. El bebé que llevo en la barriga no es tuyo. Pero yo te he preguntado si querías ser el padre y has dicho que sí. Te he pedido que por favor fueras el padre y has dicho que sí. Y me has dado besos y me has abrazado y me has levantado en el aire, y la barriga nos separaba como una boya.

En ese momento llegó el hombre de la grúa y golpeó el cristal para despertarla. Era bajito y delgado, y cuando Ada abrió la puerta con cara de susto le dijo: «¿Te has cargado el coche, nena?» Ada pensó: «Hostia, qué día», y entonces el hombre distinguió la barriga debajo del abrigo y cambió de actitud para preguntarle: «¿Estás bien?» Era rápido. Subió el coche a la grúa y se fueron. A través del cristal de atrás de la cabina, Ada veía las ruedas del coche a la altura de los ojos, como si estuviera acostada en la carretera. Se rodeó la barriga con los brazos, se recostó hacia atrás y dejó que los árboles azules y negros pasaran a toda velocidad. El bebé se movía contento. La tranquilidad de ella le producía una felicidad desenfrenada e incontrolable. Cuando volvió a cerrar los ojos, Ada se imaginó una cabrita blanca, creciéndole dentro del vientre.

Estas son las letras que dicen:

Érase una vez Victòria y Lluís que se casaron y se fueron a vivir a una casa de Sorrabonica, y tuvieron tres hijos, éticos, peléticos, pelín pampléticos, pelados, peludos, pelín plampludos, que se llamaban Nàdia, Ada y Quim. Años después Lluís se fue con una mujer que se llamaba Teresa a otra casa y Victòria y Lluís se separaron, y Nàdia ya vivía en otra casa con su marido y su hijo Dídac. Y colorín, colorado, este cuento sehaacccccccccccjhgjytttttttuyjghytttlflrlrtlajoeijfoiwlejflkjfdssasbbbbafdajkfdjafkj

EL MOTORISTA Y LOS JABALÍES

La casa no tenía ni postigos ni persianas y la protegía del bosque una reja muy fina. Con las luces encendidas y tantos palmos de ventana, se los veía a todos en la fiesta como en una pecera. El suelo estaba pegajoso del alcohol que se había derramado, y Aristarc se había subido a una silla, hacía un rato, para recitar poemas propios, con la cabeza bajo una lámpara como un Cristo. Afuera estaba lleno de bellotas y de jabalíes escondidos, y Victòria y Lluís se tumbaron sobre los grillos y la hierba, y vieron pasar dos estrellas fugaces, y aunque los deseos no hay que contarlos, Lluís confesó que había pedido ir a ver los terrenos al día siguiente. Y agregó, con la verdad saturándole los ojos, que ninguna de las cosas importantes de la vida se la tenía que pedir a una estrella porque ya le habían pasado todas; estaba a punto de casarse con ella y se iban a mudar a Sorrabonica. Victòria le sujetó la cabeza con las manos.

Al día siguiente por la tarde el sol brillaba oblicuo y amarillo y estival, como el trigo, los cabellos y los melocotones, y pasó un campesino encima de un tractor sin capota, levantando olor a polvo y a trigo, y las motos de Lluís y Victòria se pusieron en fila india para caber todos en el camino rural. El hombre los saludó con un movimiento de cabeza y ese gesto atravesó el pecho de Lluís como una lanza, mientras una sensación cálida y fuerte se le derramaba por las entrañas. Victòria cantaba sobre la moto y el viento les soplaba los cabellos largos y la canción hacia atrás.

Dejaron las motos al comienzo de una zona arenosa, llena de agujeros y aplanada por las máquinas y treparon al monte que quedaría detrás de las casas. Se construirían seis casas allí. Una, la de ellos. El padre de Victòria pagaría la mitad. Pedirían una hipoteca para pagar el resto. Habían llevado cuatro cervezas en un bolso de cuero que todavía olía a cabra, y se las bebieron mientras el sol caía detrás de la montaña. Se dijeron cosas bonitas, como que se amaban. Cosas como que eran las

personas más afortunadas del mundo por haberse encontrado. Cosas como que formarían una familia justo encima de aquel pozo. Cosas como que ni borracha iba a dejar Victòria que le pusiera Gala a una hija suya. Nàdia, tal vez, y Quim seguro, como su padre. Y se dieron más besos, que tenían gusto a cerveza, y los pantalones y los culos de las botellas se ensuciaron de tierra, y se miraron con esa forma de mirarse que era solamente del uno y de la otra, y se fue haciendo de noche. Entonces se levantaron, bajaron la montaña, hicieron pis y se pusieron los jerséis. Ya subida en la moto, Victòria se inclinó hacia un lado para darle un beso justo antes de decirle:

—Me encantan las noches de verano y cuando estás en una te olvidas de que te encantan ¡y se pasan tan rápido!

Y Lluís, como si ese beso lo hubiera enarbolado, encendió la moto, la empujó y una vez en camino, abrió los brazos en cruz. Victòria lo siguió. La luz se escapaba rapidísimo, y justo en ese momento un gorrino de jabalí atravesó la carretera. La rueda de delante de la moto de Lluís le reventó de tal manera el vientre que casi lo parte por la mitad. El jabato gritó y el alarido resonó en su garganta cuando ya estaba muerto, como el eco dentro de una cueva. Y Lluís voló por los aires, catapultado, ligero y despacio, delante de los ojos de Victòria, mucho más alto de lo que ascendió la moto, y oscuro, oscurísimo como los árboles, sobre el cielo azul y rosa. Detrás del jabato muerto apareció toda una familia de jabalíes. Al menos dos adultos, tres medianos y cuatro pequeños. Gruñían. Lluís dijo a oscuras:

—Estoy bien —seguido de—, mierda, ¿qué coño? —Y Victòria entendió que los jabalíes lo estaban atacando porque había matado a la cría. Tuvo tiempo de pensar «Qué inteligentes» y Lluís volvió a gritar. Victòria iluminó el corrillo con la moto y vio los cuerpos de los animales, pesados, marrones y peludos, cubriendo el cuerpo de Lluís. Con la terrible sensación de que llegaba tarde, y de que se estaba moviendo demasiado lento, Victòria se abalanzó sobre los animales y clavó coces y dio golpes con las manos desnudas y pequeñas diciendo: «Dejadlo, dejadlo.» Los jabalíes eran inamovibles y duros como rocas y botas de vino. Rasposos como canastos y esterillas. Victòria les pegaba con el bolso de cuero lleno de botellas, que tintineaban y se rompían. Los cerdos bramaban y daban alaridos y ella intentaba golpearles las cabezas y las barrigas, notando cómo las lágrimas se le metían en la boca, percibiendo el olor ácido y caliente que emanaban, sintiendo el corazón que le latía en los oídos tan fuerte que a duras penas oía los gritos de Lluís, que se quitaba como podía los hocicos de encima y se

protegía el cuello. Entonces, lenta y pesadamente, como si el frenesí de Victòria los molestara, los jabalíes se fueron. Victòria se arrodilló junto a Lluís, y él dijo: «Me querían matar.» Lo levantó como pudo y, a la luz de la moto, Victòria vio los pantalones destrozados y llenos de sangre y las mangas abiertas y más sangre en la nuca.

—¿Estás bien? Tenemos que ir al médico. ¿Puedes caminar?

Victòria se sintió las piernas delgadas, débiles y asustadas como dos pajitas de plástico. Lo arrastró hasta la moto, lo sentó detrás de ella y él la apretó fuerte con los muslos, como si ella fuese un caballo desbocado y él un jinete que no quería caerse. Estaba cubierto de sangre y sudor y humedad de la hierba. Y se fueron, dejando las luces de la moto tumbada de Lluís todavía encendidas, y el jabato abierto en medio de la carretera.

Le habían hecho dos agujeros profundos con los colmillos y le habían desgarrado un trozo de la pierna, tenía los dedos muy magullados y rasguños en el pecho y en los hombros. Le dieron quince puntos en total, y le pusieron inyecciones, pero no hizo falta cirugía. Había perdido sangre, pero no le habían tocado ninguna vena importante. Un médico dijo: «Ha tenido suerte. Lo hubieran podido matar», y Lluís pasó dos días en el hospital.

El mecánico que le arregló la moto, que se llamaba Ramon, como su taller, treinta años más tarde todavía contaba la historia del motorista y los jabalíes. Decía que un motorista había atropellado una cría de jabalí y que toda la familia de cerdos salvajes había salido a vengarla. Lo tiraron al suelo, se hacinaron encima de él y le hicieron mucho daño. Contaba que lo habrían matado si no hubiese sido por su compañera, que iba detrás en otra moto, y que le había quitado los jabalíes de encima y llevado al hospital. Y si lo hubieran matado se lo habrían comido, decía, porque los cerdos son omnívoros. ¿A que no lo sabía?

Esta es la copa de vino, tinto, como la garganta de un lobo. Rojo, como la sangre en la garganta del lobo. Y esta es la mancha que se abre sobre el vientre blanco y se despliega sobre el mantel, blanco también.

Este es el maître que corre, desesperado. Este es Lluís que da un salto hacia atrás y ve que, aunque se haya apartado, la mancha de vino sigue creciendo y abriéndose como una herida. Este es Lluís, que les dice al maître y al camarero que derramó la copa que no se preocupen, mientras lo ayudan a limpiarse inútilmente y él acepta el ofrecimiento de pagarle la tintorería. Y este es Lluís, cuando se vuelven a quedar solos, inspirado por esa mancha roja inmensa en el vientre, que arranca una reflexión en voz alta sobre las veces en la vida que estuvo en peligro.

El accidente en coche; había tanta niebla que no se veía el muro y se estampó contra él. Se rompió la nariz. Los dos ataques de piedra. Cuando se cayó de la bicicleta con tanta mala suerte que se rompió dos costillas. El episodio con los jabalíes. La vez en que se rebanó el dedo de en medio cortando pollo y le salieron litros de sangre. Y aquella vez, con tres o cuatro años, en casa de su tía Hortènsia, que se encontró fresones silvestres.

—Yo no me acuerdo de eso, me lo contaba mi madre. Entré en la cocina y les dije que los fresones del jardín estaban riquísimos. Pero no había fresones en el jardín. Me había comido no sé qué carajo de frutos rojos venenosos y me dieron agua caliente con sal hasta que vomité. La tía y mi madre decían que habría podido morir. Pero vete a saber, eran muy exageradas esas mujeres.

Ella, que juega con un trozo de pan, dice:

—Una vez, cuando era pequeña, volviendo de la escuela con una amiga, un hombre paró el coche a nuestro lado, se bajó y me preguntó si sabía dónde vendían helados por ahí cerca. Antes de que tuviéramos tiempo de contestar, me agarró, nos agarró a las dos, e intentó meternos en el coche. No grité. No me dio tiempo. Tenía una mano apoyada en mi hombro y se la mordí. Apreté tanto las mandíbulas que pensé que le había arrancado un pedazo de carne. Gritó y me soltó unos segundos y tuve tiempo de tirar de la otra niña, Estefania Lorca se llamaba, y nos fuimos corriendo. Pensé que nos seguiría, pero no. Cuando llegué a casa

tenía tanto miedo que no se lo pude contar a mi madre hasta cuatro días después. —Guardó silencio unos segundos—. A partir de entonces siempre sueño que me atacan hombres que me quieren secuestrar, y que yo soy de manteca, blanda, me deshago entre sus brazos y no tengo fuerza para defenderme y hacerles daño.

Y este es Lluís que le aprieta la mano sobre el pedazo de pan. Esa historia no la conocía. Y se la imagina pequeña y preciosa y vulnerable. Y no sabe qué decir. Y se nota el corazón caliente y acobardado. Siente un odio visceral e intenso contra tantos, tantos hombres malvados. Piensa que la felicidad es como una luna, con una cara blanca y brillante y una cara oscura. Piensa que únicamente eres capaz de experimentar el más intenso de los pánicos cuando te sientes por completo feliz y estás absolutamente entregado a alguien. Cuando tienes hijos y llevas a caballito esos cuerpecitos calientes y frágiles y los amas con todo lo que tienes para amar, y tienes miedo con todas las terminaciones nerviosas, con todos los «yo» que pronunciaste en la vida, del porcentaje elevadísimo de posibilidades de que les pase alguna cosa nefasta. O de que te pase a ti. Porque es mentira que los hijos alejan el miedo a la muerte. Tienes veintiocho años y un bebé en brazos y tienes más miedo de morirte que nunca. De morirte y no verlo crecer. Y te ves obligado a tragarte una porción intensísima de ese miedo ancestral, el mismo que sientes cuando amas infinitamente a alguien, y lo descubres de repente, encima de una moto, con el sol entrando amarillo y oblicuo en tus retinas, y Victòria cantando en la moto de atrás, y el viento que se lleva la canción. Mucho miedo de morirte, morirte muy de repente, o de que ella muera, antes de casaros, antes de tener los hijos que os prometisteis, antes de entrar a vivir en Sorrabonica, antes de tener suficiente dinero como para hacer los viajes que queréis hacer, antes de envejecer poco a poco, antes de tener nietos y un jardín bonito, antes de dormir juntos siempre, cada noche, tantas noches para olvidar todas aquellas en las que dormisteis solos.

Y este es Lluís, con el vientre manchado de vino, todavía agarrado a su mano, que piensa que, si el hombre del coche se hubiera llevado a Teresa, no se habrían encontrado y no la habría conocido, no estaría allí, en ese restaurante de pésimo servicio, dándole la mano entre las copas, llegando a la definitiva conclusión de que envejecer la vuelve exageradamente bonita y excepcional, celebrando la decisión que ya tomó de hablar con Victòria y los chicos. Levantando una copa y brindando. Girándole la mano y dándole un beso en la palma, que huele a pan.

LA CASA

Morirse fue como apretar el interruptor de una bombilla fundida. Ínfimo. Sabía que se había muerto porque Jaume le dio un beso en la frente y dijo: «madre»; y no sintió el tacto de sus labios. Porque Roser le tomó las manos y hundió la cara en ellas, y no notó la tibieza de sus lágrimas. También porque sintió una alegría de esas que no vienen de ningún lado ni son la respuesta a nada mientras los otros dos lloraban. Una alegría caliente como una bolsa de agua, que al cabo de un rato se escapó por la misma puerta por donde había entrado, rápida como una ardilla y volátil como la mañana, y la dejó sumida en una calma muy agradable, como si se hubiera tomado un vaso de leche caliente que hubiese hecho todo inteligible.

Había tenido tiempo de decirles que los quería. Los años le habían aflojado la lengua, pero de eso se alegraba y estaba orgullosa. De haber dicho unas palabras bonitas a punto de morirse. Unas palabras que podían quedar dichas y que estaba bien que fueran las últimas. También se alegraba profundamente de haber conservado las manos, ahora que estaba muerta. El resto: las piernas cansadas e inútiles; el vientre enflaquecido donde había llevado a los dos adultos que la velaban, esos hijos, que ya no eran suyos, tan enormes y viejos que parecía imposible que los hubiese llevado dentro de sí; la cara, que no había sido nunca ni bonita ni afable, la espalda que había trabajado como una mula. Todo. Todo lo demás lo podían arrojar a los gatos. Pero las manos eran suyas. Nudosas y cavernosas como se le habían puesto. Como dos montañas. De tanto ordeñar y tanto dar de comer y tanto matar conejos y tanto planchar y tanto pelar judías. Siempre en medio de todo, siempre delante de los ojos. Celebraba profundamente haber conservado aquellas manos que eran, sin ningún tipo de duda, de todo lo que había hecho o tenido, lo único que le pertenecía. Además, si se tienen manos, se puede preparar sopa de pan. Para la vieja. La vieja que se sentaba siempre, por costumbre, cerca de la cocina de leña, que ya no estaba

nunca encendida.

La compañía de la vieja era la que más le gustaba. Siempre tenía proezas para contar, esa señora. Historias de gente que había vivido en la casa hacía siglos, historias de los que vivían allí ahora. De los vivos no, los vivos no le interesaban: de los muertos. Conocía todas las historias habidas y por haber, la vieja. Y agradecía las sopas de pan y se las comía, y entre cucharada y cucharada contaba que la chica que cantaba había muerto tras el parto. Y agregaba que era conveniente que hubiera alguien tan joven en la casa. Alguien con el corazón salvado, incorrupto. Que por eso cantaba siempre, la chica que había muerto en el parto. Decía también que el hombre de arriba de todo, el del altillo, que yacía tapado y a oscuras, había muerto apuñalado mientras dormía y que la cama se había convertido en un charco de sangre. Contaba que el hombre estaba enojado de haberse muerto y enojado por ser consciente de ello, y enojado por haber estado vivo y que lo único que celebraba era cuando oía que caían monedas al suelo.

La vieja decía que era algo bueno, sin embargo, que fuesen los que estaban en la casa y no más. Hablaba de casas donde había tanta gente que los vivos se movían dentro de ellas más despacio, porque el aire era denso como el agua. Se había muerto ahogada con un huesecillo de pollo, la vieja, por culpa de los dientes, que ya no le masticaban. Por eso le gustaban tanto las sopas de pan, porque no había que masticarlas.

Si algún día la vieja no tenía ganas de hablar, o ella no tenía ganas de escucharla, o si la chica joven no tenía ganas de cantar o ella no tenía ganas de oírla, se sentaba a solas en la habitación, que Roser y Jaume habían dejado tal como estaba cuando vivía, y se imaginaba el día en el que se la habían llevado. Se imaginaba cómo le habían lavado las carnes, las piernecitas de pollo, los brazos azules, los cabellos finos y rizados. Se imaginaba cómo la habían vestido con prendas bonitas, el vestido oscuro de los domingos de invierno que ya no estaba en el armario. Y cómo la habían peinado, y cómo la habían maquillado un poco pero no mucho, y cómo la habían puesto dentro de la caja. Una caja de madera oscura. Brillante y bonita. Y cómo le habían enviado flores y cómo habían venido algunos vecinos y habían llorado. Cómo habían cerrado la caja. Se lo imaginaba con calidez y desaprensión, con una emoción ligera y agradable, como quien piensa en la receta y en la cocción de un pastel o en el proceso de repintar la cancela de una iglesia.

Cuando apareció el hombre sin boca, el de fuera, como le decían, se puso a preparar sopas de pan para ambos. Como las que preparaba su

madre. Un bol cada día para el hombre de fuera y uno para la vieja. Era divertido decirle «vieja» a la vieja cuando debían de tener la misma edad. La vieja la llamaba «la nueva» a ella. Pero era agradable haberse deshecho de los nombres, entre muchas otras cosas. Tantos años de aferrarte a un nombre, pensaba, y mira si no era un alivio dejar de tenerlo, dejar de necesitarlo. Se decía que estaba hecha de alivios, en realidad, esa casa. Tantos años de preocuparse por la granja, cuyo peso le había enroscado las manos, vaya si no sentía alivio de no preocuparse más por los animales, las inclemencias o el precio de la leche. Tantos años de cuidar de Roser y Jaume, y vaya si no era un alivio sentir una indiferencia serena por el deambular de sus hijos, que ya no le incumbían, ni la preocupaban ni la necesitaban. Tantos años de acarrear recuerdos, los de un mal padre y los de un marido distante, tantos años de trajinar sentimientos y afrentas cotidianas y nimias como piedrecitas en el zapato, y mira si no era un alivio haber quemado todas esas naves. Y tantos, tantísimos años, de arrastrar con ella a Dios Nuestro Señor, y la Virgen y el Niño, y vaya si no era un descanso, hermano de la evidencia, que Dios había sido hecho a imagen y semejanza de los hombres, de algunos más que de otros. Era vieja y ya no necesitaba el aprecio de nadie, se decía. Y que Dios no hubiese venido a buscarla, como le habían dicho que haría cuando era niña, ni le preocupaba, ni la entristecía, ni impedía que de vez en cuando, por la costumbre de los años, todavía le hablase. Heréticamente. Como había hecho en vida. Como a un animal astuto, del cual no esperas recibir una respuesta, pero al que le comentas cosas para escuchar tu propio río de pensamientos. Y de hecho se alegraba de que Dios no la hubiera venido a buscar, y de haber podido quedarse en su casa.

El hombre de fuera, el que había llegado después de ella, se tragaba las sopas porque tenía un agujero tan enorme en la mandíbula que no podía masticar nada. El hombre se había muerto en la granja. Y no entraba nunca en casa ni decía nunca nada. Tal vez porque por el agujero de la cara se le escapaban las palabras. Lo veía deambular entre los animales, a veces desde la ventana de la cocina, otras, desde las ventanas de arriba. Y no sentía por él nada parecido ni a la pena, ni a la compasión, ni a la rabia. Solamente la misma indiferencia familiar sin maldad que la muerte había ratificado como el más acertado de los sentimientos.

—Nos convertimos en niños pequeños, los que nos morimos, egoístas, cualquier cosa nos deja tranquilos y contentos, y no nos interesa nada ni nadie —le dijo divagando un día a la vieja, que comía

sopa y pensaba en sus cosas. Sin escucharla, la vieja murmuró:

—La que canta, tú y yo nacimos en esta casa, el de arriba y el de fuera son forasteros.

Estos son los siluros del pantano de Sau que nadan a oscuras. Que se deslizan pegajosos por el agua negra. Que se esconden en las cocinas y en las habitaciones de las casas sumergidas y en ruinas. Que duermen en la oscuridad con los ojos abiertos.

Esta es Ada enroscada en el asiento oscuro de atrás del coche de Vicenç, aparcado cerca del mirador de Sau, que cierra los ojos y piensa en el cementerio de Abney Park en Londres. El de Abney Park es un cementerio viejo y grande, lleno de tumbas erguidas y grises y angostas, unas encima de otras, cubiertas de musgo y de estatuas funerarias, de lluvia y de líquenes, y flores de anís, árboles, ortigas y barro. Un cementerio que es como un bosque, tan profundo que te puedes perder; tan frondoso que si no pasa un avión sobre las copas te olvidas de que vives en Londres. Esta es Ada, que encuentra una tumba que dice «*To Ada*». Es una tumba preciosa. A veces piensa en llevarle flores, pero le parece morboso. Y esta es Ada delante de otra tumba que dice *AMÈLIA*. Aún más bonita que la suya.

Y esta es la voz de Victòria, grave y melódica y áspera como un lamento, que canta:

> *L'Amèlia està malalta,*
> *la filla del bon rei.*
> *Comtes la van a veure,*
> *comtes i noble gent.*[8]

Amèlia, acostada y lívida como las sábanas, que a duras penas puede respirar, murmura:

> *Ai que el meu cor es nua*
> *com un pom de clavells.*[9]

La madre de Amèlia, al lado de la cama, pregunta:

> *Filla, la meva filla,*
> *de quin mal us queixeu?*[10]

Amèlia, que la mira con ojos vidriosos, porque de tan enferma no

tiene ni lágrimas para llorar, contesta:

Mare, la meva mare,
prou bé que ho sabeu.
Que me n'heu dat metzines,
que nuen lo cor meu.[11]

Y mientras se apaga, Amèlia recita un testamento. Deja cuatro castillos a su hermano Carles, uno a los pobres para que rueguen a Dios y dos a la Virgen. Más tarde reparte los vestidos y las joyas, y justo a punto de morirse exclama:

A vós la meva mare,
vos deixo el marit meu,
perquè el tingueu en cambra
com fa molt temps que feu.
També vos deixo, mare,
les xinel·les dels peus,
perquè en baixant l'escala
el coll us hi trenqueu.[12]

Y muere.

Y esta es Victòria, que les cantaba canciones antes de ir a dormir. Les cantaba canciones, porque no sabía mucho de contar cuentos. Porque cuando les contaba uno los protagonistas siempre eran tres niños que se llamaban Nàdia, Ada y Quim, y estos niños siempre iban a la escuela y hacían cosas normales y terminaban siendo unos cuentos muy aburridos.

Y este es Quim con tres años que pregunta: «Mamá, pero ¿se muere Amèlia?», y esta es Victòria que decide que no les va a cantar más esta canción. Y esta es Ada que ya lo sabía desde hacía tiempo, lo de que Amèlia se moría.

En Londres, Ada va a nadar tres veces por semana y atraviesa el cementerio para ir a la piscina, y pasa por delante de la tumba de Ada y de la de Amèlia. A veces hay vagabundos tomando cerveza. A veces hay dueños paseando a sus perros. A veces hay chicas solas. A veces no hay nadie. A veces, si llovió, hay tanto barro que se hunde. A veces, antes o después de la piscina, antes o después de caminar por delante de las

tumbas, va a ver ciervos en Clissold Park.

En el barrio donde vive Ada está la comunidad de judíos ortodoxos más grande del mundo después de la de Nueva York. Ada no había visto un judío ortodoxo en su vida. Los tirabuzones delante de las orejas y los sombreros inmensos, las señoras rapadas y con peluca, los cochecitos rodeados de niños en patinetes que hablan yidis.

Esta es Ada arrodillándose para recoger del suelo un libro que se titula *For Generations. Jewish Motherhood*. Piensa que lo leerá. Se lo lleva a casa. El libro empieza así:

> Una vez un joven viajó a Londres desde el norte de Inglaterra para visitar a su hermana. El autobús atravesó Golders Green. Cuando llegó, le preguntó a su hermana quiénes eran todos esos gánsteres que había visto con sombrero y abrigos oscuros. «No eran gánsteres —respondió su hermana—. Eran judíos.»

Pero no lo lee, y de la humedad que el libro había absorbido en la calle, las páginas se pegan y les sale liquen hasta que parecen ya las tumbas del cementerio.

Y este es el guardián del cementerio un atardecer a punto de cerrar la reja, diciéndole a Ada que corre hacia él: «¿No te quieres quedar a dormir? Es muy tranquilo», mientras le sostiene la puerta con una sonrisa blanca y jamaicana, y la cierra detrás de ella.

Y esta es Ada, hoy, enroscada en el asiento trasero del coche de Vicenç, cerca del mirador del pantano de Sau, que piensa en el cementerio de noche. Piensa en la luz y en las tumbas. Piensa en la diferencia abismal entre el cementerio de día, abierto, y el cementerio de noche, cerrado. Piensa, no en los muertos ni en los espíritus ni en los hombres que se esconden y dejan que el guardián los encierre adentro y hacen rituales satánicos, sino en la oscuridad. Piensa que, a oscuras, sin los colores y las formas que creemos que tienen, las cosas dejan de ser como pensamos que son. Se vuelven más extrañas e inhóspitas. Como las manos de Ada sobre la cabeza de Vicenç, grises y azules y alargadas por la oscuridad. Los árboles de afuera, negros. Y Vicenç, inmóvil y gris, que se agarra al cuerpo azul de Ada y apoya la cabeza en el pecho morado de ella, con la expresión desfigurada por las sombras. Y el pantano de Sau negro allá abajo. Y la punta del campanario tan oscura que da lo mismo si está dentro o fuera del agua. Y esta es Ada, acobardada por la oscuridad, que se aferra al cuerpo de Vicenç. Que le rodea la cabeza con los brazos. Y le pasa la mano por los cabellos. El

coche tan pequeño en medio de la noche tan inmensa.

Antes, hace tres años, cuando Vicenç y Ada quedaban para follar, algunas veces habían ido al mirador de Sau. Cuando Vicenç se la subía encima, haciéndole el amor como si no pesara, no preguntaba nunca: «¿Qué piensas?», ni «¿Cómo estás?». Solo preguntaba: «¿Estás bien?», después de hacer el amor. «¿Estás bien?», que quería decir si ella se había corrido y si él lo había hecho bien. Hace tres años, cuando Ada subía al Golf de Vicenç y dejaba que se la llevara por caminos oscuros, y Vicenç le contaba que algunas personas que conocía atropellaban conejos. Los perseguían mientras corrían deslumbrados por los faros, y entonces les tocaban el claxon, y si los conejos saltaban, los embestían. O hablaba de perros que hay que matar porque ya no sirven y de jabalíes. Contaba historias de guardias forestales y de músicos, de policías y de cazadores y de conciertos y destrozos de camerinos y cocaína. Ella lo escuchaba sentada a su lado. Cuando Vicenç levantaba el freno de mano y el coche derrapaba y se cruzaba en la carretera, Ada se agarraba del asidero de arriba de la ventanilla y decía: «Más» y él agregaba: «Eres una chica sorprendente», como si ser «sorprendente» la hiciera especial y selecta, y como si a pesar de haber vivido toda la vida a tres kilómetros de distancia no se hubiese dado cuenta nunca antes de su existencia y especialidad. Aparcaban en lo alto de alguna montaña, se liaban un porro y saltaban al asiento trasero y hacían el amor con poca delicadeza. Y se clavaban los anclajes de los cinturones y los pies y las rodillas no les cabían y los cristales se empañaban. Después se abrazaban a oscuras. Ada le agarraba los brazos de escalador y de batería, tan robustos que a duras penas los podía rodear con las dos manos, y pensaba en esa carne plácida y relajada y tranquila. Le pedía si podían fumar más y el sudor se enfriaba poco a poco, y la luna estaba tan llena que cuando salían a mear les hacía sombra.

Cuando se dijeron adiós, el último día que se vieron antes de que ella se fuera a Inglaterra, Vicenç jugaba con un paquete de Snickers para reunir el coraje de preguntar: «¿Cuánto tiempo crees que te quedarás allí?» Ada le había dicho: «No sé. Un año. O dos, o más, como mínimo.» Vicenç asintió con la cabeza como si estuviera entendiéndola. A Ada las ganas de salir del coche le crecían en la barriga como uñas. Las uñas le atravesaban el estómago y el esternón y la carne del vientre. Él se giró de cara a la ventanilla para decir: «Creía que te quedarías aquí.» Ada pensó que tal vez le tenía que tocar la mano del paquete de chocolate. Después pensó que tal vez él no quería que le tocara la mano. Y después salió. Vicenç, desproporcionadamente enorme y desamparado

dentro del coche. Ada, abriendo la puerta de casa y dejando las llaves y subiendo escaleras arriba, hacia la ducha, quitándose la pena poco a poco, como quien se quita la ropa y pensando que no podía olvidarse del adaptador, el que se había comprado cuando había ido en un viaje de intercambio a Inglaterra con el instituto.

Y este es Vicenç, hoy, dentro del coche y del abrazo de Ada, rumiando que, con tanta oscuridad, con los colores y las formas tan poco definidos, esta noche podría confundirse con una de esas noches antes de que Ada se fuera a Inglaterra. Pensar eso le abre una brecha, como el rabillo del ojo, por donde entra un poco de oscuridad y otro poco de pena. Y se figura que el corazón, y los intestinos y el estómago no son rojos, ni lilas ni amarillentos como en los dibujos y las fotos, como en las carnicerías bajo el mostrador o sobre las mesas de autopsia bajo los tubos fluorescentes. Son así, encerrados dentro de los cuerpos, la piel y la carne separándolos de la luz; grises y negros y azules. Siempre de noche dentro de los cuerpos.

Y este es Vicenç que no puede decir nada y pasa un dedo ancho y rugoso por la oreja de Ada. Y nota los pendientes puntiagudos y metálicos. Y piensa en los pendientes dorados con forma de abeja que Ada se olvidó en el coche la última noche antes de irse. Los llevó en la guantera un tiempo, como un pequeño tesoro. Y tres semanas después de que Ada se hubiese ido y no le hubiese escrito ni una sola vez, aparcó el coche en ese mismo mirador, bajó hasta el agua y los arrojó con toda la fuerza de los brazos, tan lejos como pudo, en medio del pantano.

Y estos son los pendientes con forma de abeja de Ada, que brillan y se hunden bajo el agua, y pasan muy cerca de las casas sumergidas. Y este es el siluro que se los comió, inmenso. Y estos son los pendientes en la barriga oscura y maloliente del siluro, durante años, esperando que los encuentren.

Estos son los tres chicos que los pescaron. El siluro era tan gordo y maligno y pesaba tanto que los tres chicos, sin camiseta, tuvieron que tirar para sacarlo, agarrándose uno del otro y tirando de la caña con todas sus fuerzas. Cuando lo tuvieron cerca y se dieron cuenta de que era el pez más feo que habían pescado jamás, uno dijo:

—Ahora lo tenemos que matar.

Era de noche y era verano y bebían cervezas y fernet con coca-cola. El más alto clavó un cuchillo en el cráneo pegajoso del pescado. Los ojos diminutos y los bigotes ni se movieron. La cabeza era tan gruesa y

dura que el cuchillo se rompió y la hoja se atascó dentro del animal, que todavía estaba vivo. Cogió otro cuchillo y se lo clavó más veces. Las abejas tintineaban en la barriga. Cuando murió, el chico más alto fue a sentarse lejos, solo, con las manos sucias de pescado y de muerte. Uno de los otros dos le llevó un vaso de fernet.

—Lo has hecho bien. Lo teníamos que matar. Es ilegal pescarlos y devolverlos al agua. No son autóctonos, estos peces. Los trajeron los alemanes y acabaron matando a los otros peces, a todos los autóctonos.

—Tú tampoco eres autóctono —dijo el chico alto.

El tercero se reía a lo lejos porque su amigo se había puesto triste por haber matado un pez parecido a un tiburón. El segundo hacía esfuerzos por no reírse también.

—Reíros, reíros, cobardes, que lo tuve que matar yo.

Y pusieron el siluro dentro de una bolsa de plástico de supermercado y lo tiraron a la basura y nunca encontraron los pendientes. Y quién sabe dónde están ahora.

Y estas son las luces de los faros del coche de Vicenç cuando se encienden, que iluminan un pedacito de la noche inmensa, donde vuelve a haber verde y amarillo. Y esta es Ada que recuerda que al subir al mirador había pensado que iban a hacer el amor. Pero no.

LA PRESENCIA

Los niños azules, deformes, con los dientes separados y redondos, de ojos inmensos debajo del hollejo fláccido que a veces los cubre, de piel porosa y peluda, de manos viscosas y alargadas, golpean el cristal con insistencia. Los peces manta no les hacen caso. Los pingüinos desean profunda y dolorosamente una interacción más inteligente y satisfactoria. Los axolotls, amigos de Cortázar, arrastran solitarios su condena eterna, su mensaje de dolor debajo de la cara de piedra. Los tiburones toro pescan delicadamente los pececitos de entre los dedos de los submarinistas. Piensan: «¡Poseidón! Qué distinto sería todo en otras circunstancias.» Las estrellas de mar. Los caballitos de mar. Y las algas. Y las piedras supuestamente marinas, y las depuradoras, y el agua salada y el agua dulce, y los paneles informativos de color naranja e iluminados, y los camarones servidos de alimento. Y las peceras. Y el túnel…

La pareja también es horrible. Las cabezas alargadas, las miradas frías, las bocas feas con esos gusanos inmensos que tienen por lenguas, el rostro azul y contrahecho y los cuerpos gruesos y abollados.

Él se llama Vicenç Ballador y es músico, ella se llama Martina Vila y es bióloga marina.

Martina habla de oceanografía costera, de biodiversidad y conservación, de mejora genética y del impacto del cambio climático en los ecosistemas marinos. Y si la salpa que los mira con resignación dentro de la pecera hubiese conocido a Paco de Lucía, en lugar de decir: «El flamenco es muy fácil de entender, en cuanto hayas nacido dentro de *él* y lo hayas mamado. No tiene nada que ver con los mil doscientos ensayos que han escrito los flamencólogos por ahí. Es mucho más fácil. Es como respirar»,[13] diría: «El mar es muy fácil de entender, en cuanto hayas nacido dentro de *él* y lo hayas mamado. No tiene nada que ver con los mil doscientos doctorados que han escrito los biólogos marinos por ahí. Es mucho más fácil. Es como respirar.» Pero a Paco de

Lucía no lo conoce.

Martina señala peces y Vicenç los mira, pequeños y extravagantes, y piensa que es curioso y divertido conocer a alguien y que te acerque a un mundo que no tiene nada que ver con el tuyo. Ahora Martina le muestra las criaturas marinas más peligrosas del mundo. El pez piedra, feo y en reposo y escondido como un pedazo de roca.

—¿Le ves las espinas dorsales? —pregunta.

—No estoy seguro —dice él.

—Tiene unas trece, y si te las clavas, te mueres del dolor y después te mueres de verdad. Y este es el pez globo. Tiene espinas por todo el cuerpo para que no se lo coman, llevan tetrodotoxina, que es letal para los peces y para los seres humanos. Mil veces más venenosa que el cianuro.

Vicenç pregunta mirando al pez globo:

—¿Lo vas a estudiar en el Mediterráneo, todo eso?

—No voy a estudiar estos peces. Pero no. La mitad de mi doctorado la voy a hacer en Chile.

—Claro, aquí no hay tiburones —dice Vicenç.

Ella lo observa:

—Se conocen más de cuarenta y siete especies de tiburones que viven en el Mediterráneo.

—¿Qué?

—Pero la mayoría son inofensivos.

—¡¿Qué?! —repite él, más alto, más exagerado.

—De hecho, los tiburones son muy muy vulnerables a la presencia humana. Quiero decir que les hacemos mucho más daño nosotros a ellos que ellos a nosotros. Los perros matan más personas al año que los tiburones.

—¿Qué tipos de tiburones hay en el Mediterráneo? —pregunta Vicenç.

—No sé, muchos, el tiburón zorro de anteojos, la tintorera, el tiburón peregrino, el blanco…

—¿Cómo? ¿Hay tiburones blancos en el mar Mediterráneo?

—Sí, pero en general los tiburones viven en el lecho marino y son tímidos y no te atacarían. —Sonríe un poco al ver la cara que pone.

—Pero ¿a veces atacan en el Mediterráneo? —Los ojos de Vicenç la miran abiertos y desesperados.

—Muy pocas veces.

—¿Te das cuenta de que nunca más voy a volver a bañarme tranquilo?

Ella se ríe. Él dice:

—Es terrorífico y al mismo tiempo reconfortante darme cuenta de que no es por cobardía pura e infundada la angustia que me da nadar en el mar. Sobre todo, allá donde el fondo se ve oscuro.

Y le cuenta que una vez, cuando era un niño, sus padres alquilaron un patín de agua, de esos de plástico de colores con pedales y un tobogán.

—Fue una situación muy poco habitual —cuenta—, no sé cuántos astros se alinearon para que mi padre dejara dos días seguidos la granja, y mi madre no tuviera visitas y fuéramos a la playa. Y muchos más astros alineados para que decidieran alquilar un patín de agua, por primera y única vez en la vida.

Y le cuenta que él y su hermana estaban exageradamente contentos, excitados de tener un patín de agua con tobogán.

—Cuando ya estábamos en medio del mar, todos se tiraban, mi padre, mi madre, mi hermana. Y yo me tiré solo una vez. Las piernecitas blancas y delgadas desprotegidas nadando en el agua fría y salvaje sobre ese fondo tan negro. Casi me muero del miedo y me quedé sentado en el patín de agua todo el tiempo. Muerto de calor y mareado. Y mira, mis miedos tenían razón de ser.

Martina Vila sonríe y piensa en la madre de Vicenç tirándose al mar desde el tobogán. Sin haberla conocido se la imagina un poco como la suya. La madre de Martina tuvo cáncer de pecho y lo superó. Después tuvo otro cáncer en el otro pecho y con ese ya no pudo. La madre de Martina y la madre de Vicenç no se parecerían. La madre de Martina se reía mucho, reía tanto que parecía tener la cabeza hueca, reía más de lo que Martina se reirá nunca. Y la madre de Vicenç apenas se ríe. Martina no conocerá a la madre de Vicenç porque nunca irá con Vicenç a su pueblo. Se verán más tardes y noches y días enteros como este, en Barcelona, y después dejarán de verse. Insólitamente, al cabo de los años, el único reproche que tendrá que hacerle, lo único que le nublará ligeramente el recuerdo de Vicenç, las pocas veces en que piense en él, será la pena de no haber conocido a su madre. Sin saber muy bien por qué. Tal vez por no tener ella a la suya. Tal vez porque las madres son importantes.

No conocerá nunca a la madre de Vicenç y de hecho Vicenç no le hablará mucho de ella, que se llama Mercè y que se ríe poco porque

percibe cosas. Vicenç las entiende, esas cosas, pero no las cuenta. No las sabe explicar, solamente sabe entenderlas. Como su padre. Como su hermana. Mercè madre de Vicenç parece una niña y una abuela al mismo tiempo. Y tiene la cara muy redonda y fina y llena de arrugas claras, y en cambio las manos y los brazos y el pecho y la barriga y las piernas, rojas y manchadas. A veces, Mercè tiene que cerrar los ojos, o volver la cabeza para el otro lado, con tal de no ver el mal dentro de alguien. Y a veces lo ve o lo siente, aunque los cierre. Y conoce el trozo de tierra donde no crecen plantas porque allí se cometieron maldades. Y las partes tristes de las casas donde no hay que dormir ni hay que comer. Los pozos de donde es preferible no beber agua. Y la gente la va a visitar, para que le quite los males pequeños y a veces los males más considerables. Mercè tiene la voz caliente y las manos suaves, pero no todos pueden salvarse. Tiene una habitación en casa donde recibe a las visitas. Y sus hijos y su marido pasan por delante con disimulo y sin mirar. A veces va gente de Barcelona y a veces de más lejos, y, a veces, gente del pueblo. Y si Vicenç Ballador padre tiene una granja tranquila y próspera, que sobrevive al desamparo de los pequeños granjeros y a las inclemencias y a las enfermedades, está convencido de que es gracias a la presencia de su mujer.

Cuando salen del acuario compran latas de cerveza y pasean por la Barceloneta. Se hace de noche y sentados en la arena Vicenç canta:

—*Criden es pescadors, rotja és sa platja africana, i un tauronet petit sopa amb son pare i sa mare*.[14]

Y Martina le da un beso de amor.

En adelante, cuando Vicenç vaya a la playa, pensará momentáneamente en los tiburones y en Martina Vila. A fuerza de ir a la playa a lo largo de los años, la asociación de ideas se convertirá en una costumbre instantánea y breve. De tanto pensarla, la corriente de pensamiento, como un cauce, se irá ensanchando y la idea, como el agua, pasará rápida e inevitablemente, sin trabas. De tanto hacerlo de forma inconsciente, el camino se consolidará. La conexión. Mar, tiburones, Martina Vila.

Vicenç leerá una vez en un artículo que el pensamiento, el cerebro humano y las relaciones entre ideas funcionan así. Cuantas más veces pienses en alguien o en algo, y cuantas más veces relaciones a esta persona o cosa con otras personas y otras cosas, y cuanto más tiempo dejes que el cerebro establezca esta relación, más rápido es el cerebro a la hora de entablar esa conexión y más inevitable la relación de las ideas.

Mar. Tiburones. Martina Vila.
Pantano de Sau. Ada.
Corzo. Cervatillo. Padre.
Patín de agua. Madre que se ríe.

Esta es Ada, trepando la pared de una montaña, con un arnés alrededor de la cintura, y los pies comprimidos dentro de unos pies de gato agarrados a la roca. Este es Diego que grita:

—¡Pareces una rana!

Estos son los dedos delgados y tensos de Ada, agarrados a las protuberancias de la piedra, que llegan hasta arriba y tocan la cadena. Esta es Ada que grita:

—Diego, ¿te puedo confesar una cosa? Desde aquí arriba, para que conste mi valentía: no me gusta nada escalar, lo hago porque es la única manera de verte.

Y se lanza hacia atrás y él la baja poco a poco. Se cambian los arneses y ella lo asegura. Le enseñó a hacer nudos hace años y todavía se acuerda. Diego trepa como una salamanquesa y pesa tanto más que ella que Ada queda de puntillas. Y canta:

Por la esquina del viejo barrio lo vi pasar
con el tumbao que tienen los guapos al caminar,
las manos siempre en los bolsillos de su gabán
pa que no sepan en cuál de ellas lleva el puñal.

Diego sonríe y aparta la mirada de la pared para ver la cara que ponen los otros escaladores.

Un carro pasa muy despacito por la avenida,
no tiene marcas, pero todos saben que es policía.
Diego Navaja, las manos siempre dentro el gabán,
mira y sonríe y el diente de oro vuelve a brillar.

Este es el río que se desliza cerca de donde dejaron el coche. Y esta es la roca que huele a piedra húmeda, y el calor que se escondió a la sombra. Estos son los músculos cansados y relajados de Ada y las mallas sucias de magnesio. Esta es Ada que masculla que hacía muchos veranos que no estaba en casa por un tiempo indefinido y podía ir a escalar un jueves por la tarde. Y estos son el resto de los escaladores, vestidos de rojo, negro y verde, que suben y bajan, roca arriba, roca abajo. Ada que

quería que Vicenç viniera a escalar y a conocer a Diego, pero hoy primero tiene clase de batería y después tiene reunión de grupo, para intentar decidir si se dan otra oportunidad y se ponen serios con los ensayos, o si se liberan de la culpa y la sensación de haber estado a punto de conseguir un objetivo y no haberlo logrado.

Y este es Diego que se deja caer hacia atrás y su peso levanta tanto a Ada que la obliga a poner un pie contra la roca.

Estos son Ada y Diego en casa de Diego, que se duchan y se cambian de ropa y beben cerveza en el jardín. Y este es el perrazo debajo de la silla de Diego, que oye las voces de fondo y se adormece.

Cuando iban al instituto Ada le daba clases de inglés a Diego. Diego tiene una madre astuta, que cuando Ada dijo: «No hace falta que me paguéis, lo hago gratis, para ayudarlo», le respondió: «Te vamos a pagar diez euros la hora.»

Y los viernes por la tarde, Ada le zampaba el verbo *to be* con cuchara a Diego. Y si le pagaban diez euros por hora, no era por la cualidad innegable de sus clases, era para que cuando Diego intentara convencerla de saltarse la clase de inglés para ir a fumar un porro al cementerio, Ada tuviese que responder: «No puede ser, Diego, tu madre ya me ha pagado», y el billete los mirase acusatoriamente desde la mesa. Alguna vez, sin embargo, habían cobrado los diez euros y se los habían gastado en birras y la merienda y se habían ido al cementerio a fumar.

Y estos son Ada y Diego en un concierto de Fiesta Mayor, en el polideportivo de un pueblo vecino. Han llegado poco a poco, con cervezas frías en bolsas de plástico colgadas de la espalda. Y han fumado antes de entrar y han aparecido Sílvia y Gil y han desfilado caras conocidas, gente que había ido con ellos al instituto, gente que había escalado con Diego, que había nadado con Ada, gente que se había enemistado con Gil o que había hecho *castellers* con Sílvia, gente con la que se habían enrollado en carnaval o en la Fiesta Mayor hace más años de los que se pueden contar con los dedos de las manos.

Y entran y beben, bailan al ritmo festivo de unas cuantas rumbas, y se agarran las manos, dan vueltas y golpes a quien no se aparte, y cuando se les acaban las cervezas van a comprar cubatas. Y un grupo cualquiera toca una canción mítica detrás de otra, un *hit* del verano de quién sabe cuándo detrás de otro. Cuando suena «Pedro Navaja» Ada y Diego se vuelven locos, y Diego levanta a Ada de todas las formas posibles y ella se ríe con una risa tan profunda que le sale de alguna

grieta por debajo del ombligo. Y suenan más canciones y con los pies ya en el suelo Ada baila todavía agarrada a los brazos de Diego, que cada tanto la sujetan y cada tanto la liberan, y a los brazos de Sílvia, que se le enredan en el cuello, y viene gente que los saluda y los abraza, y Ada es simpática con todos. Entonces Ada piensa en los vientres de todas esas canciones. En los vientres de las canciones que tintinean colmados de recuerdos de otros veranos, de recuerdos como cabritos, de sandalias sucias de arena, de cubatas tibios bajando como torrentes por las muñecas y las gargantas de la gente, en polideportivos y estadios a oscuras como ese, y salas de conciertos y pistas de baile improvisadas que apestan a marihuana y a sudor que, ella y Diego están de acuerdo, tienen el mismo olor.

Y este es Diego que lleva a Ada sobre su espalda inmensa, como si fuera un águila, hasta el coche. Esta es Ada diciendo que conoce un atajo para llegar hasta su casa donde nunca para la policía. Y este es Diego que dice: «¿Puedes conducir tú? Estoy muy borracho» y Ada que le responde: «Sí.» Se meten en el coche y se ponen los cinturones y Ada recoloca el asiento y arranca. Las luces de los faros, poco a poco, se alejan del polideportivo y de los borrachos tendidos en la hierba, y enfocan campo a través. Ada enciende la radio y fija los ojos en la carretera y Diego le dice que, si no le molesta, no va a hablar, porque si habla vomita. Ada le dice que, si tiene que vomitar, le avise y parará. Y continúa y baja los cristales para que el aire fresco los ayude. Pasan al lado del caballo Vigo y Ada está a punto de señalarlo y contarle a Diego su historia, pero piensa que, si habla, vomita. Conduce un trecho más, y entonces detiene el coche, abre la puerta y finalmente vomita. Vomita y se ríe al mismo tiempo; cuando Diego abre su puerta y también vomita, se ríe aún más fuerte. Se ríe con fuerza porque es verano y porque es una de las noches más divertidas que recuerda en mucho tiempo, porque vomitan sentados en el coche, y porque parece que volvieran a tener dieciséis años.

Estos son Ada y Diego que llegan a casa de Ada diez minutos después y se meten en la piscina en ropa interior. Y estos son Diego y Ada que hacen gárgaras con el agua y se ríen y notan cómo la borrachera y el olor a vómito se diluyen. Estas son las luces debajo del agua que iluminan las piernas y las barrigas en medio del jardín oscuro.

Más tarde Ada le da a Diego una camiseta y unos pantalones de atletismo de Quim, y Quim, que duerme en la cama de al lado, se desvela y dice:

—¿Qué hacéis?

—Duérmete, duérmete, ha venido Diego, se queda a dormir.

Y Quim que contesta:

—Que duerma conmigo. —Y sonríe con los ojitos cerrados.

Diego duerme en la cama de Nàdia con la boca pastosa y seca, y cuatro horas después, con toda la resaca, se levanta, se pone la ropa del día anterior, saluda a Victòria, le acepta una magdalena y se va a trabajar. Ada se levanta a las doce y Victòria le dice:

—Tenía tantas ganas de que volvieras que ahora que estás aquí estoy tan contenta que no te pongo los límites que debería.

Ada piensa: «No, por favor» y bebe agua.

—Parece que tuvieras dieciséis años, Ada, y no tienes dieciséis, tienes veintisiete. Tienes que pensar en qué vas a hacer e ir haciendo algo mientras tanto.

Ada la escucha y, a pesar de que podría decir muchas cosas, no dice nada. Atribuye la docilidad a la resaca.

—Quiero verte salir adelante, quiero ver que construyes algo —dice Victòria.

Esta es Ada, que cuando volvió a casa desde Inglaterra se imaginó que cuidaría mucho a Victòria, dándose cuenta de golpe de que, en realidad, no la está cuidando nada. Y este es el beso culpable que resuena suave y tierno en la mejilla de Victòria.

EL INDIO MUERTO[15]

Conocieron al piloto delante de la segunda mejor heladería de Florencia. Antes del viaje, Sílvia había comprado una guía que traía un ranking de las mejores heladerías de cada ciudad de Italia. La mejor heladería de Florencia estaba cerrada. La segunda mejor estaba en una plaza donde unos gorrioncitos y unos palomones se peleaban por migas de pan y puntas de cucuruchos. En el medio de la plaza había una fuente como un estanque. Cuando llegaron Ada, Sílvia y Diego había un hombre bañándose en la fuente. El agua le llegaba a la cintura, se había quitado la camiseta, los pantalones y las chanclas, y leía el diario con los muslos en el agua, el pelo hasta las clavículas y el sol en la espalda. Era una tarde de esas de agosto, tan estética y agradable que, si se te están acabando las vacaciones, te consume la angustia.

Los tres lamían helados que se les deshacían muy rápido cuando se les presentó el piloto. Llevaba zapatillas deportivas sin cordones, la camiseta manchada y la barba rasposa. Les pidió un cigarrillo, se sentó al lado de Diego y señaló al señor de la fuente para decir que estaba loco y contar que se metía en el estanque casi todos los días; que después venía la policía y se lo llevaba. Entonces agregó que él era piloto y les contó la historia de los contrabandistas.

A principios de los años ochenta, cubría rutas comerciales con avioneta. Sobre todo Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Dijo que era buen piloto; rápido y profesional, que sus aterrizajes eran como una caricia y que en cinco meses había llegado a ganar, tranquilamente, doce mil dólares.

El hombre sostenía el cigarrillo con el pulgar y el índice, y tenía las manos rojas y sucias y las uñas tan gruesas que parecía que se las hubieran clavado en los dedos.

Una vez, pilotaba una avioneta canadiense Twin Otter vacía y se le complicó la cosa; tuvo que aterrizar de emergencia no sabía ni dónde. Unas personas lo recogieron y dos hombres se ofrecieron a llevarlo a

Champerico, no al día siguiente sino al otro. No podían llevarlo antes porque tenían que enterrar a un hombre. El piloto dijo: «un indio muerto». A uno de los dos hombres lo llamaba «el hijoputa guatemalteco». Se quedó en el pueblo dos días. Llevaba encima nueve mil dólares y enterró ocho mil quinientos debajo del «indio muerto». Dijo que «el hijoputa guatemalteco»[16] y su amigo eran contrabandistas y que se querían quedar con la avioneta, y que, si lo hubieran encontrado, se habrían quedado también con el dinero.

Les enseñó el agujero de dos muelas con una media sonrisa y agregó que, si alguna vez deseaba recuperar el dinero, iba a tener que desenterrar al señor. Sílvia puso una mano sobre su bolsa. Por el agujero de la dentadura se escapó una risa flojita, «uh, uh, uh». Diego le preguntó si después de tantos años se acordaría de dónde estaba enterrado el hombre, y el piloto adoptó una pose taciturna y asintió con un gesto seco de la cabeza. Cuando Diego le preguntó si los hombres lo habían llevado sano y salvo a Champerico, repitió el gesto, y cuando Diego preguntó qué había pasado con la avioneta, el hombre abrió un poco la boca para decir, por entre el agujero de los dientes:

—Hijoputa guatemalteco.

Entonces el piloto preguntó si lo podían llevar con ellos a Barcelona, a buscar trabajo, y Ada dijo que habían venido en avión. Mentira. Cuando se acabó el cigarrillo, el piloto se levantó, les hizo una reverencia leve, les dio las gracias y se alejó cantando:

—«Yo no soy marinero, soy capitán, soy capitán, soy capitán. Bamba, bamba.»

Justo en ese momento llegó la policía y se llevó al señor del estanque. Los tres amigos se miraron y fueron a pasear por otros rumbos.

Antes de que Ada desenterrara la anécdota del piloto la noche que pasaron en la cala Estreta, en la caseta de pescadores de Gil, novio de Sílvia, Diego se había acordado de él una sola vez, jugando al Trivial durante el viaje de vuelta. El juego consistía en responder correctamente una tarjeta entera. Sílvia conducía, Diego iba a su lado, con los pies descalzos sobre la guantera, y Ada iba sentada atrás como un mono. Ada leía:

¿Cuál es la capital de Guatemala?

¿Qué grupo mítico de rock actuó en España por primera vez en 1982?

¿De qué continente proviene el maíz que llegó a Europa?
¿Quién era el mago gris de El Señor de los Anillos?
¿Cuál es el nombre común del ácido acetilsalicílico?
¿Qué nombre recibe la mezcla de ginebra y tónica?

Diego contestó:

Ciudad de Guatemala.

Sílvia dijo:

Los Rolling Stones.

Y después gritó:

América.
Gandalf el Gris.

Y ambos dijeron casi al mismo tiempo:

Aspirina.
Gin-tonic.

Ada exclamó: «¡¡¡¡Correcto!!!» Gritaron y levantaron los brazos y Sílvia tocó el claxon y fue la primera y la última vez, durante ese viaje y todos los demás, que acertaron una tarjeta de Trivial entera.

Entonces Diego preguntó: «¿Creéis que era verdad?» «¿El qué?», dijo Ada. «Que era piloto, y lo de la avioneta y el dinero debajo del señor muerto», respondió. Sílvia contestó que no. Ada dijo que no. Y Diego no dijo nada.

Semanas más tarde, cuando dejaron el coche cerca de la cala Estreta y se bajaron, y Diego vio la oscuridad a su alrededor, el azul oscuro del cielo y el negro de los árboles, y la voz de Gil en la furgoneta diciendo que la caseta no tenía lavabo, deseó fervientemente no tener que ir al baño en toda la noche. Y se acordó de una vez hacía años en la que él y su hermano habían hecho caca en la playa y los peces se la habían comido.

La caseta de pescadores de la familia de Gil, novio de Sílvia, era una monada, toda pintada de blanco y abandonada a la intemperie de los inviernos sin visitas. Pequeña, diminuta, con cuatro paredes, pero con un pequeño porche y una mesa grande con bancos de madera. Cenaron

una quiche y croquetas de setas y ensalada; después Gil sacó una olla de arcilla y prepararon ron quemado con café, canela, azúcar y corteza de limón. Le acercó una cerilla y lo encendió y dejó que todos levantaran con un cucharón el líquido encendido, azul y amarillo como la magia. Los que no jugaban con las llamas, apoyaban los pies salados sobre la mesa y apuraban las copas de vino tinto, y fumaban, y, de vez en cuando, la lámpara de mosquitos chisporroteaba. Repartió el ron. Para Ada, para Diego, para Sílvia y para él. Y cogió la guitarra, y mientras daban tragos calientes y especiados, Gil tocó una canción que a Diego lo trastocó, de tanto que se escuchaba el mar de fondo, y de tan cautivadora, y de lo rico que estaba el ron y de lo mucho que le sonaba la canción, que decía más o menos así: «*El sol que no surti avui, i que tornin els estels, que jo t'he de mester a prop, per jugar amb els teus cabells.*»[17] En ese momento la reconoció y se sorprendió de que Gil les estuviera cantando una canción de Maria del Mar Bonet que los padres de Diego tenían en un CD triple que no le había despertado jamás el más mínimo interés. Y entonces Gil volvió a cantar: «*Que jo t'he de mester a prop, per jugar amb els teus cabells.*»

Nada más llegar a la casa, se bañaron a oscuras. La cala era de rocas, y al entrar en el agua, Diego se había resbalado y caído y raspado toda la parte delantera de la pierna. No tenían nada para curarlo y le pusieron agua de mar. No se veía ni la sangre. Ahora le latía un poco. «*Si tu toques i jo cant, vol dir que mos entenem, i tot el camí que feim, serà per anar endavant.*»[18] Diego miró hacia la oscuridad de donde venían las olas y deseó que la canción no se acabara nunca.

Poco rato después, Ada hablaría de la conversación que habían mantenido con el piloto. Para reírse. En boca de ella, el hombre perdería toda credibilidad o consistencia. Pero lo recordaría con gracia. Gil y Sílvia se reirían y Diego la observaría, con el halo azul de la lámpara antimosquitos detrás. Cuando Diego dijera que él creía que el hombre había dicho la verdad, que era piloto y que había enterrado el dinero debajo del cadáver, Ada se incorporaría, lo miraría por debajo de las cejas arqueadas y le preguntaría:

—¿En serio te pasa por la cabeza la posibilidad de que fuera verdad?

—¿Y por qué no? —diría Diego.

El mar estaría negro como un mal agüero. Los grillos cantarían y ya no se podrían distinguir las islas Formigues. A Diego lo entristecería que los demás no se hubieran creído nada.

—A ver, Diego, ni un niño de ocho años se habría creído la tontería

de enterrar nueve mil dólares debajo de un señor muerto.

Gil y Sílvia se reirían más. Diego querría contestar algo. Primero habría dicho: «ocho mil quinientos, no nueve mil». Pero entonces, de repente, no se vería con fuerzas para defender nada, y Ada volvería a decir:

—Ni un niño de ocho años se habría creído la tontería de enterrar nueve mil dólares debajo de un señor muerto.

Este es Quim, con ocho años, escribiendo un poema sobre el aburrimiento, y dedicándolo: «A mis hermanas Nàdia y Ada, y a todos los niños aburridos del mundo.»

LA PIEDRA QUE BRILLA, A OSCURAS, DENTRO DE TODAS LAS VACAS

Samantha se despeñó porque estaba loca. Loca como una cabra. Porque era una buena vaca, pero una vaca a la que le faltaba un tornillo. Una vaca que hubiese querido ser una cabra. O vete tú a saber qué hubiera querido Samantha. Cosas. Como todo el mundo. Hombres y vacas, y ratones y ardillas quieren cosas. Incluso los árboles quieren cosas. Porque bien que crecen para arriba para que les dé la luz. Hasta las piedras quieren cosas. Y esta no es una historia moralista, así que no voy a decir que Samantha se despeñó porque quería cosas. No. Samantha quería cosas, por un lado. Y Samantha se despeñó, por el otro. Se resbaló y debía de mugir cielo arriba y debía de tener cara de pánico, y lo debía saber, que ya estaba, que eso era todo, amigos. Su cuerpo inmenso, su espalda de trigo, sus ojos de perdiz, su hocico claro, las ubres redondas y pequeñas, las piernas fuertes, debían de saberlo. Los cuernos blancos mirando hacia arriba. Y Samantha cayendo despeñadero abajo. Cuando una pesa como una vaca, como un caballo, como una bestia grande de verdad, no hay nada que hacer. No es como cuando cae un gato o una hormiga, que pesan poco y no pasa nada. Cuando una vaca cae, nueve, diez metros hacia abajo, sabe que es hora de despedirse. Y si cae en un mal sitio, como cayó Samantha, si cae en un mal saliente, húmedo y lleno de zarzamoras y árboles, sabe que no la vendrán a sacar. La dejarán allí, en comunión con el bosque. Y la escena será bonita. A pesar de la tristeza, quiero decir.

Samantha estaba loca porque le gustaba andar sola. Le gustaba estar sola y no seguía las normas. No por ninguna actitud verdaderamente revolucionaria o política. Por puro hedonismo y un poco de pereza. Samantha era lo suficientemente vieja y lo suficientemente gruesa y carismática como para liderar a toda la manada, si hubiera querido. Habría sido divertido que Samantha liderara el grupo y nos hiciese detener a todas para contemplar una puesta, o nos despertara por la

noche para que pensáramos en la diferencia inmensa entre el prado de día y el prado a oscuras, o que despeñara unos cuantos terneros jóvenes porque la hierba de aquella vertiente o de aquella otra, precisamente por escasa y enriscada, era más intensa que ninguna. Pero hay quien nace para liderar y hay quien nace para cosas más elevadas. Aunque sean declives. Y, de hecho, a Samantha no le interesaban las reyertas, ni las represalias, ni el poder, ni los tres o cuatro grados menos del rincón más ventilado del colmenar. Ni la maternidad le interesaba a Samantha, salvo como fuente de pensamiento e instintos ancestrales, como una forma de conexión con la vida y el universo. Y las dominantes no le tenían miedo ni la buscaban. La dejaban a su aire. Si hubiesen sido más curiosas, tal vez habrían visto en Samantha una sensibilidad especial, una capacidad de conectar con la trascendencia, el comienzo de una posible filosofía bovina. Pero en general somos animales prácticos y pragmáticos, las vacas, y si bien apreciaban a Samantha, e incluso secretamente apreciaban lo que venía a representar su figura, había asuntos primordiales que llevar a cabo cada día y una preocupación constante por el bienestar del rebaño, con la que carga quien manda. Y cosas que hacer, muchísimas. Desde dar la vuelta de reconocimiento al prado, castigándolo, para que al volver más tarde después del rebrote la pastura fuese mejor, hasta mantener las jerarquías y bajarles las ínfulas a las vacas jóvenes, o preparar a la vacada en primavera para irse hacia la montaña, o hablar con los jóvenes sobre las pasturas de las laderas bajantes, y explicarles que cuanto más alto más fresco y menos insectos, pero también más inclemencias, o prevenirlos de que, si hay lluvias fuertes, todas nos tenemos que refugiar en la zona del sotobosque, y repetirles a las criaturas que no deben perder de vista a su madre nunca y decir muchas veces que nadie se tiene que separar de la manada, y advertirles a todas a conciencia del hilo eléctrico. Etcétera.

Al principio, después de que Samantha se precipitara, parecía como que yacía tranquila. Si no hubiese estado en un lugar tan complicado, inaccesible y sombrío, se habría dicho que dormía. A medida que fueron pasando los días se fue hinchando, y chupando, y el pelo se le quedó sin brillo. La escena, sin embargo, seguía siendo bonita. Samantha en medio del bosque. Cada vez más parecida a las hojas y a las ramas y al suelo embarrado. Yo la visitaba, a Samantha. La visitaba por los recuerdos y porque era una buena vaca, atolondrada pero respetuosa, tozuda pero generosa. Y la visitaba también por la curiosidad. Porque dicen que existe una piedra dentro de los animales. Una piedra que brilla como la luna, blanca como la nieve. Y que en el rostro está la

piedra más bonita. Calavera, le dicen. A veces venían conmigo algunos terneros jóvenes a verla y alucinaban. Y yo les hablaba de la piedra que brilla a oscuras dentro de todas las vacas. Algunos se lo creían y otros decían que era mentira. Y progresivamente fue llegando la invernada y fuimos bajando, y Samantha se quedó allí sola en lo alto de la montaña.

Cuando volvió la primavera, se me despertaron unas ganas incontrolables de trepar a lo alto de la pastura. Esta manía indómita de comer verde y fresco y vivo otra vez, y respirar el aire transparente de la montaña y sentir el sol y la lluvia sobre la piel, se les despierta cada primavera, alocadamente, a todas las vacas. Pero esta vez, mi felicidad tenía que ver no solo con la ilusión y la sensación tan agradable de enfilar hacia arriba, sino también con mis profundas ganas de ver a Sam. De visitar su tumba. Quería saber qué le había pasado al cuerpo y la carne de Sam. Quería descubrir si había o no había, dentro de los animales, esas piedras mágicas. Piedra que brilla debajo del pelo. Y quería, por encima de todas las cosas, ver la calavera de Samantha.

Por eso mismo, cuál no sería mi desilusión, la más punzante y dolorosa que haya experimentado jamás una vaca, cuando al llegar al hueco de Sam, a su tumba de árboles y zarzas y flores lilas y pequeñas, descubrí que allí había unas serpientes blancas e inmóviles, como ramas con bordes redondeados. Bonitas, pero sin forma ni gracia ni encanto. Piedra blanca, sí, pero piedra blanca inservible. Y triste e injustamente, ni rastro de la cara de Samantha. Ni rastro de eso que denominan calavera.

En ese momento, después de la sacudida de la decepción y la sorpresa, lo entendí todo. La calavera de Sam era un tesoro. Un tesoro que alguien había robado. Habían robado un tesoro que era de Sam y que era mío. Y no me habían dejado verlo. Fue tan visceral, tan enfurecida, tan deslumbrante mi pena, tan penetrante mi desengaño, que eché a correr a través del prado, lejos, cada vez más lejos del rebaño, desparramando mi transgresión y mi furia. Huyendo de la rabia y del dolor. Y fue durante mi desbandada cuando oí sonidos humanos y tuve la idea.

Hubiese preferido ver el tesoro de algún animal relativamente salvaje, de algún animal preparado, de un lobo o un lince o un caballo, aunque fuese un caballo cobarde, o de un perro, aunque fuera un perro pequeño, y no encontrarme solo con aquella mujer indefensa y pelada. Pero una, a veces, tiene que contentarse con lo que hay. La magia de su calavera me bastaba.

Mientras me abalanzaba talud abajo sobre la figurita escuálida, dudé

durante unos segundos si los animales pelados tendrían también magia blanca dentro. Pensé que quizá los hombres y las mujeres eran como los caracoles o las lagartijas. Sin alma. Y fue esa centésima de segundo de duda la que propició el error. No vi venir a los otros. Los jóvenes y el adulto. El adulto que podía arrancar un árbol y que me golpeaba. Ya la tenía, la tenía abajo de la frente, notaba su cuerpo enroscarse, la mujer chillaba y para mi absoluta felicidad sentí el crac, el chasquido que indicaba que tenía piedras dentro. Una piedra brillante que se rompía bajo el peso de mis cuernos. Lo tenía todo pensado. Con un poco de suerte las lluvias de la primavera y el calor del verano hincharían y pelarían a la mujer, y bajando para la invernada tal vez ya se le vería la calavera. Pensé en esconder el cuerpo para que esta vez no me lo robaran. Siempre que subiéramos y bajáramos vendría a verla. Como una peregrinación. Como un mausoleo conocido únicamente por mí. Pero no, amigos, no. El hombre me golpeó y me volvió a golpear con un tronco hasta que me echaron de allí. Me ganaron. Me expulsaron. Malditos.

No pierdo la fe, sin embargo, ni la paciencia ni la esperanza. Soy una vaca joven. Cualquier día de estos se despeñará alguien. O encontraremos un animal muerto o indefenso.

Llegados a este punto, me doy cuenta de que estoy contando una historia sórdida y que doy una imagen de mí misma quién sabe si un poco salvaje. Por eso, me gustaría recomponerla con un chiste:

Había una vez un señor que descansaba, al atardecer, tranquilo en su casa. Una de esas veladas sonó el teléfono. El señor respondió y la voz del otro lado de la línea, una voz grave y rugosa, dijo muy lentamente:

—Sé-ha-blar.

El señor pensó que era una broma y colgó. Al día siguiente a la misma hora, volvió a sonar el teléfono y la misma voz dijo:

—Sé-ha-blar.

El hombre colgó. Lo mismo pasó durante toda la semana hasta que, cansado de tanta tontería, el hombre exclamó:

—Yo también sé hablar, ¡hostia!

Y la voz le contestó:

—Sí-pe-ro tú no e-res u-na va-ca.

JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJ

Estos son los enojos. Como confites con gusto a menta y regaliz. Desagradables, redondos y amargos y duros y blancos y brillantes. Que te dejan la lengua rugosa y espesa, y la garganta agria.

Esta es Nàdia, primero, que blande un fajo de papeles diciendo:

—Ada, ¿qué es esto?

Ada le contesta:

—¿Qué haces leyendo mis cosas?

—Ada, ¿qué es esto?

—Es un cuento.

—Es un cuento sobre mí —dice Nàdia.

—No deberías leer mis cosas.

—Es un cuento sobre mí. Y estaba en la mesa de la cocina.

—Lo estaba corrigiendo.

—Quiero que lo elimines —dice Nàdia.

—¿Por qué? ¡Es una historia muy buena! —exclama Ada.

Nàdia abre los ojos como platos, como si le dolieran debajo de los párpados. Cuando Nàdia se enfada, como cuando eran pequeñas, no parece que sea madre. Ada le pregunta:

—¿Es por Ivan?

—¡No! Es porque es MÍA. ¡Nuestra! Es porque no te he dado permiso para que la escribas. Es porque no quiero que la escribas. Quiero que siga siendo mía y quiero que sea como fue y no como tú te la imaginas.

Este es Vicenç, cuatro horas más tarde, acostado sobre una manta rancia que sacó del maletero del coche, al lado de Ada, en un claro de un rincón del bosque poco transitado que queda detrás de Sorrabonica.

Ada está tumbada y Vicenç piensa que esa manta ya le servía incluso antes de tener coche para quedar con chicas. Cuando eran pequeños y solo se daban besos y se hacían pajas, limpiándose las manos húmedas en la manta.

El recuerdo no le causa mucha gracia y se inclina sobre la boca de Ada. Ada le dice:

—Ponte cacao en los labios, que si no cada vez que te doy un beso parece que lamiera el suelo.

Esta es Ada que piensa que, más que el suelo, lo que se imagina

cuando le da un beso y tiene toda la piel de los labios seca y arrancada es una roca, una roca de mar con sus olas y mejillones y algas. La lengua de él es una ola.

Y este es Vicenç que se levanta y camina despacio hacia el coche. Los ojos entornados. Ada se incorpora sobre los codos. Él se monta y lo enciende. Entonces Ada le grita: «¡¿Qué haces?!», y el coche se va.

Esta es Ada enojada como una mona, que abandona la manta y vuelve a casa caminando. Y esta es la luz que pasa de amarillo a azul y los campos que se apagan dorados, y la hierba de los márgenes que yace gratinada, y el alquitrán salpicado y caliente, y los pájaros que pían como si se les fuera la vida en ello, y las abejas que trajinan, y el verano que es tan real, tan bochornoso y seco como Ada añoraba que fueran los tres veranos enteros que pasó en la extremadamente húmeda, verde y frondosa Inglaterra.

JASIKEVICIUS

Tenía las manos ásperas para tener catorce años. Ásperas y atrevidas como un mal bicho. Audaces, como si no tuviera absolutamente nada que perder. Tranquilas, como si todos se fueran a morir al mismísimo día siguiente. Audaces, como si ese momento fuera un gong, que le palpitase fortísimo en las muñecas, y ensordeciera y eliminara la importancia de todo lo que hubiese sucedido a lo largo de la historia de la humanidad, y a lo largo de la historia del planeta Tierra, y a lo largo de la historia del universo entero, antes de agarrarle la mano. Convencidas de que no existía nada previo a la caricia, ni existiría nada después.

La mano de Nàdia palpitaba dentro de las suyas, más miedosa, más tímida, más preocupada de que alguien viera que tenían las manos una dentro de la otra, mimándose como dos peces, acariciándose los dedos, de uno en uno, los huesecitos y las uñas finas, durante todas las charlas, todos los agradecimientos, todos los aplausos, todas las fotografías de antiguos jugadores de básquet, todo el acto de celebración de los cien años de existencia del club.

El atrevimiento había comenzado gastándole bromas privadas, irreverentes e ingeniosas. Ir a buscarla a ella, que era la capitana de su equipo y jugaba bien, que tenía diecisiete años, tres más que él, y era bonita, y esperarla en las escaleras, o afuera del vestuario, o acercarse después de un entrenamiento y hacerle bromas irrespetuosas al oído, que por lo general la incluían y la atacaban, y de las cuales Nàdia se vengaba con una sonrisa. Y había llegado un momento en que, cuando Nàdia iba al entrenamiento de básquet, solo tenía ganas de encontrárselo, escondido en cualquier sitio, con una sonrisa y un comentario a punto.

La temeridad continuó tomándola de la mano el día de la fiesta de los cien años. Y siguió por llamarla casi todas las tardes, por hacerle caricias furtivas cuando nadie los veía, por ponerle la mano extendida y

amplia en la espalda cuando la tenía lo suficientemente cerca, por mirarla siempre que estaban en el mismo espacio, por sonreírle burlón desde la distancia, por tirar de ella hacia los baños de los vestuarios y darse besos tan apasionados y caricias tan bien dadas que costaba creer que Ivan tuviera catorce años. Y a Nàdia, presionada contra la puerta del baño, aferrada a su cuello y sus cabellos, tan exageradamente excitada por el juego de esconderse, tan exageradamente asustada por el miedo a que la descubriesen, tan exageradamente contenta de besarlo, el corazón le latía dando tales brincos que metiéndole la lengua tan adentro como se la metía Ivan, pensaba, al final, acabaría por tocárselo.

Era atractivo, extrañamente maduro e infantil al mismo tiempo, extrañamente descalabrado e inocente a la vez. Doscientos millones de veces más interesante que los chicos de la edad de Nàdia. Trescientos millones de veces más divertido, más inteligente, más hecho, más cautivador. Y era un buen jugador, pero jugaba al básquet como quien hubiese podido jugar a cualquier otra cosa. Igual que iba al colegio como quien hubiese podido ir a cualquier otro lugar. Con un desinterés premeditado y relativamente atractivo. Los ojos rojos y pequeños y astutos y exóticos como dos cortes. Poniendo en juego toda la energía, todo el intelecto, todo el interés de la existencia humana y toda la perseverancia solo cuando ella estaba presente.

Él tuvo la idea de decirles a sus respectivos padres que el entrenamiento duraba una hora más, para quedarse los dos solos en el campo que había detrás de las canchas de básquet. Salían del entrenamiento, cada uno por su lado, con disimulo, y se encontraban a oscuras, un poco más allá, debajo de un sauce que tenía un banco. Se abrazaban sobre la madera, él diciéndole cosas lindas a los ojos, a las mejillas, al oído, desvergonzado y devoto, como un niño pequeño, con toda la impaciencia, con toda la necesidad y la contundencia, con una claridad infinita, diciéndole: «Te deseo», diciéndole «Te quiero», sin confusión, sin miedo, hundiendo la cara entre sus cabellos, en su pecho, sonriendo y abrazándola más fuerte aún. Mirándola a los ojos, tranquilo y seguro como un hombre hecho y derecho. Y el cuello y las mejillas de Nàdia ardían de intensidad y temor, mientras el frío del invierno endurecía la hierba de los campos y les chupaba la sangre y el color de los pies.

El día en que Nàdia se rompió la rodilla, como un mal agüero, alguien le había preguntado:

—¿Tú e Ivan, qué?

Y ella había contestado:

—Yo e Ivan, nada.

Y mientras se cambiaban, Júlia, que era su amiga, dijo:

—Nàdia, dicen que tú e Ivan Pérez, de cadetes, os encerráis en el baño y hacéis guarradas. —Y todos los temores de Nàdia reventaron como un apéndice y contestó:

—Es mentira.

Dos horas después Nàdia diría:

—Ojalá estuviera todo abierto y lleno de sangre, porque como mínimo sería evidente que me duele.

El entrenador giraría la cabeza como un avestruz para mirarla y preguntarle:

—¿Estás bien?

Y ella contestaría:

—No mucho.

Ivan y dos chicos más de cadetes, que ya habían terminado el entrenamiento, se acercarían. Las chicas de su equipo echarían miradas de preocupación y de interés desde la pista, que Nàdia interpretaría como burlas.

El entrenador murmuraría:

—No te preocupes, ahora vemos qué te has hecho.

Y uno de los chicos que iba con Ivan, que se llamaba Sergi, le preguntaría:

—¿Te duele?

Antes de que Nàdia tuviese tiempo de contestar que sí, Ivan se pondría de cuclillas y le pondría las manos alrededor de la rótula en forma de nido. Y, en lugar de morirse de ternura, Nàdia se moriría de vergüenza, y la rodilla se hincharía poco a poco debajo de sus manos rugosas.

Ivan se quedó todo el tiempo a su lado, sin alejarse ni un centímetro, sin darse por aludido, ni sentirse avergonzado ni fuera de lugar, mientras el entrenador le miraba la rodilla y ponía cara de preocupación. Mientras sus compañeras de equipo iban terminando el entrenamiento y se acercaban y le daban besos y golpecitos en la espalda. Mientras la mayoría de los otros chicos se iban. Mientras el entrenador ayudaba a Nàdia a subir las escaleras y esperaban en las gradas. Mientras le volvía a mirar la rodilla y decía:

—Ahora tendréis que ir al médico.

Se quedó hasta que llegó Lluís, tarde, porque Nàdia le había dicho que ahora los entrenamientos duraban una hora más y lo tuvo que llamar para que viniera antes a buscarla. Y se hubiese quedado más rato todavía, y hubiese ido con ellos al hospital y a su casa si Lluís no le hubiera dicho:

—Gracias por quedarte. Ahora ya te puedes ir.

Se había quedado, estoico y leal como un husky. Y no es que Nàdia no quisiera que estuviera allí. Es que no quería que los demás lo vieran.

Quedar con él para decirle que se había acabado, con la pierna coja, fue difícil. Porque Nàdia ya no iba al entrenamiento y no podía caminar, y era importante que nadie los viese. Lo construyó todo como una torre y le dijo que nada, que basta, que ya estaba, sentada en el suelo, en los baños de minusválidos de la biblioteca, entre las muletas, como un saltamontes de seis patas.

Él la escuchó, desolado, en silencio. Cuando ella terminó sacó una carta del bolsillo de los vaqueros y dijo:

—Por favor, piénsatelo de nuevo. Yo te voy a esperar. —Y se fue.

Una semana después, los médicos dijeron que esa rodilla había que operarla, que el proceso de recuperación duraría alrededor de seis meses, y que ya podía ir olvidándose de volver a jugar nunca más al básquet. Nàdia sintió un chasquido dentro de los oídos, dentro del pecho y de la cavidad de las costillas, mucho más fuerte y más profundo que el que había hecho la rodilla al romperse. Un crac tan angustioso como el que debía de hacer un cráneo al abrirse. Un crac acompañado de una pena como un océano y de una necesidad infinita de llamar a Ivan y decirle que se había equivocado y que por favor fuese a su casa y la abrazara.

Esa noche Ivan la llamó. Dijo que en el básquet le habían contado lo de la rodilla. Y que lo sentía mucho, que ya sabía que habían dicho que durante un tiempo no iban a hablar, pero que ahora no podía dejarla sola. Un calor rebosante como una olla de agua caliente estalló dentro de Nàdia y le caían lágrimas gordas y silenciosas.

Bromearon y rieron y cada uno agarrado a su teléfono se olvidó por un rato de lo que le dolía la rodilla, o el pie, o el pecho. Y no dijeron nada, en esa ocasión, de la papelera que Ivan había reventado a patadas esa mañana, ni de la carta abierta sobre el vientre de Nàdia, ni de todo el amor, ni de ningún error.

Esta es la sala polivalente de la rectoría a oscuras. Esta es la explanada de delante, poco iluminada de noche. Can Miquelet cerrado porque es lunes. Un parque infantil pasado de moda y un campo de fútbol con malas hierbas. Esta es Ada que llega primero y echa el asiento para atrás. Este es Vicenç que llega segundo y hace derrapar el Golf escandalosamente a su lado. Sale del coche y sube al de ella:

—Ey —le dice, y saca una barra de cacao de los vaqueros y se la pone en los labios con seriedad. Ada sonríe un poco, muy poco, pero más de lo que querría. Cuando termina, sin mirarla, Vicenç agrega:

—No puedo esperar más a que te enamores de mí.

Y Ada piensa que no hay derecho. Que él llevaba el bañador debajo de la ropa. Piensa que ahora, en cualquier momento, le van a salir uñas en la barriga. Y alarga una palma. Le pone la mano sobre los ojos para que no la mire. Piensa que, teniendo en cuenta lo enfadada que estaba, el gesto es lo suficientemente tierno y explícito. Pero de todas formas Vicenç dice:

—No puedo pasar más tiempo pensando que no te importo.

Ada dice que sí con la cabeza y él saca los ojos de debajo de los dedos de ella.

—¿Puedes decir algo? —pregunta Vicenç.

—No me he enrollado con nadie más desde que volví —dice Ada.

—Pero no quiero que digas eso, quiero que quieras estar conmigo.

—Ok.

—Y que lo digas.

Esta es Ada que nota cómo se acumulan y se encallan las palabras delante del socavón que se produce entre el cerebro y la boca. Acobardadas por tener que atravesar un puente de cuerda tan angosto. Malditas palabras como buitres que merodean y dan vueltas sobre lo que quieres decir sin decirlo.

—Ahora no tengo ganas de estar con nadie más. No estaré con nadie más si no tengo ganas. Si tuviese ganas, te lo diré.

—Pero ¿tienes ganas de estar conmigo? —pregunta él.

—Sí.

—¿Lo puedes decir?

—Tengo ganas de estar contigo.

—Gracias.

Esperan un momento en silencio. Vicenç añade:

—Necesito que me hables. Nunca dices nada. Y no me siento especial ni importante. Y me pasé casi un año pensando que no lo necesitaba y después te fuiste y fue horrible. Y ahora has vuelto y estás igual. Estás igual. Es todo igual.

Ada le pone las manos en la nuca y le da besos calientes y húmedos. Después le dice bajito al oído:

—Me gustas un poco, pero no me abandones nunca más en el bosque.

Vicenç la abraza con brazos de cazador y dice que, si se hubiera quedado, se habría puesto a llorar, y que «No era el bosque, era el campo».

—Estoy entre la espada y la pared. Quiero estar contigo todo el tiempo y después estoy contigo y me jodo vivo, como un perro.

Y esta es Martina Vila, bióloga marina. Esta es Martina Vila, mientras tanto, dando un trago al cubata y pensando que la ginebra limpia, poniendo la pena en remojo, que de hecho tampoco es tan grave, la rabia, que se seca rápido, luego cuesta sacarla, la sorpresa de que de repente empezara el verano y Vicenç le dijera: «Creo que quiero que nos tomemos un tiempo sin vernos.» Y no le explicara por qué. Y que no fuesen a bañarse al mar como habían dicho. Ni a casa de Vicenç a conocer a su madre.

Esta es Martina Vila que baila al ritmo frenético de una discoteca, y deja que los recuerdos y las noches del último invierno se esparzan, que da otro trago, y otro, para no volver a pensar que, a estas horas de la noche de un lunes de julio, Vicenç debe de estar en un rincón cualquiera de Cataluña, o más concretamente en aquel pueblo suyo de mierda, jugando a la Play, viendo un puto partido grabado del Barça o acostándose con alguna imbécil.

Y esta es Ada, que presiona la cara contra el cuello de él. E inspira. Su barba pincha, pero no se aparta.

—Hueles a maíz —dice.

Vicenç duda:

—¿Es un olor rico?

—Riquísimo.

Y este es Vicenç que piensa en el olor a maíz de los campos. Las hojas afiladas y oscuras, el fango seco que se hace polvo, las mazorcas

verdes. Y esta es Ada que piensa en el olor dulce que tiene el maíz cocido, de lata, hervido, amarillo, en conserva.

(Agosto)

PARA IVAN, CON AMOR E IMAGINACIÓN

Ivan pisa el acelerador con todas sus fuerzas. Lo clava en el suelo y el coche no corre lo suficiente. Conduce con el peso sobre el volante, como si quisiera alejarse tanto como fuera posible del aparcamiento, y el contrapeso ayudase a la velocidad del vehículo. Nàdia está sentada del revés, aferrada al asiento, mirando para atrás. Josefa Puig se retuerce bajo el carrito con el que Nàdia acaba de golpearla hasta tirarla al suelo. La mujer mueve las piernas y el brazo enyesado como un escarabajo boca arriba.

Cincuenta y dos minutos antes Nàdia había exclamado:

—Gracias, Ada, compraremos rapidísimo.

Sus labios habían bajado de las alturas para darle un beso en la mejilla al niño absorto.

—¿Tú necesitas algo?

—Kiwis, por favor —había dicho Ada.

Dieciocho minutos antes, delante de las estanterías de la sección de vinos, Nàdia había preguntado:

—¿Tinto o blanco? ¿O rosado?

Ivan había contestado:

—Tu madre prefiere tinto.

Nàdia había dicho:

—Ay, las velas, no nos olvidemos. Y los kiwis de Ada, tampoco nos olvidemos.

Ivan había agregado:

—Pasemos por la farmacia, que por la noche cuando Dídac se acuesta tose demasiado.

Tres minutos antes, Ivan colocaba las bolsas repletas de comida y las velas y los kiwis en el maletero del coche. Nàdia empujaba el carro vacío para devolverlo a la fila. Josefa Puig estaba parada delante de la fila de carritos.

—Josefa, hola —había dicho Nàdia.

La mujer, de espaldas, miraba el alquitrán oscuro, el aparcamiento del supermercado gris y las montañas detrás. El brazo enyesado le colgaba largo y flojo al lado del cuerpo, sin cabestrillo.

—¿Josefa? —repitió Nàdia—. ¿Josefa? ¿Se encuentra bien? ¿Josefa?

Y en ese momento la mujer se giró, poco a poco, descolocada. Enseñaba y movía la lengua y los dientes húmedos, como si quisieran salírsele de las encías para decir algo. Tenía los ojos excitados y la mirada oscura y perdida y perversa. Nàdia volvió a decir:

—¿Josefa?

Entonces, igual que si hubieran presionado un botón, Josefa, con los dedos extendidos y los dientes a punto, se abalanzó sobre Nàdia. El carrito vacío las separaba. La señora se lo clavó en el vientre y pegó un alarido, y del impulso arrollador metió medio cuerpo dentro del carro y enseguida se levantó para intentar otra vez alcanzar a Nàdia, que la miraba horrorizada y empujaba el carrito lo más lejos que podía de su cuerpo para que la mujer no pudiera agarrarla. Cuando llegó Ivan, Nàdia ya había levantado la bestia metálica y la lanzaba contra el cuerpo delgado, convulso e imparable de la mujer, que trastabilló y cayó al suelo. Cuando levantaron la mirada, vieron que salía gente ensangrentada del supermercado, con las caras retorcidas de dolor y de miedo. A su alrededor algunos cuerpos se enzarzaban encima de otros cuerpos. A diez metros de donde estaban ellos, una mujer le arrancaba la carótida a un empleado del supermercado que ocho minutos antes les había preguntado:

—¿Quieren que les ponga el pescado en una bolsa para que no chorree?

Nàdia gritó:

—¡Ivan, sube al coche!

Y, a pesar del pánico y del estrés y de la sorpresa, Ivan sacó las llaves del bolsillo con precisión, acertó al primer intento de meterlas en la cerradura, se precipitaron adentro del vehículo y cerraron las puertas con todas las fuerzas.

—¿Se lo habrá hecho la vaca, eso? —pregunta Nàdia, desde el asiento del acompañante, mientras se alejan a toda velocidad de la mujer y de esos esperpentos que corren y gritan como hormigas a las que les han destrozado el hormiguero.

—¿¡Qué vaca!? —exclama Ivan. Respiran a todo pulmón.

—A Josefa la atacó una vaca.

—Medio supermercado se está comiendo a la otra mitad. Eso no es cosa de ninguna vaca. —El centro comercial se pierde de vista.

—Me cago en todo —dice Nàdia y se da la vuelta hacia delante.

Como si le diera la razón, Ivan repite:

—Me cago en todo.

No lo dicen en voz alta, pero van a buscar a Dídac. Y a Ada.

—Métete por los caminos de carro. No pases por ninguna carretera transitada —dice Nàdia.

—No nos podremos quedar en tu casa —dice Ivan—, no nos vamos a quedar en ningún lugar donde puedan venir a buscarnos.

Nàdia asiente.

—¿Crees que es tan grave?

—No sé, pero no hace falta comprobarlo.

—¿Crees que eran zombis? —Si tuvieran un poco de tiempo o de humor, Nàdia le contaría que la palabra zombi viene de…

—¡No!

En Sorrabonica está el coche de Victòria. No hay nadie a la vista. Ni los gatos. Si Ivan no pusiera esa cara, Nàdia podría intentar olvidarse de la gente y la sangre del supermercado. La mano le tiembla un poco cuando abre la puerta:

—Tú no bajes, quédate en el coche, con el motor encendido. Entraré a buscar a Dídac y a Ada y vuelvo. Si sale otra persona, toca el claxon.

Lo dice a toda velocidad y sale. Cierra la puerta del coche y él piensa: «¡No la cierres!» Ivan aguanta el embrague con el pie y la ve correr hacia la puerta. Cuando Nàdia entra en la casa, Ivan busca una emisora de radio en la que digan algo. Intenta respirar más lento. Guardar el aire dentro de la cavidad torácica un rato más. Tal vez no sea para tanto. Quizá se han asustado y ya está. El coche sintoniza una emisora de música clásica. Camille Saint-Saëns. *Danse macabre*. La apaga y se queda en silencio. Pero dos segundos después se da cuenta de que los árboles, y el jardín vacío, y las ventanas como espejos y las sillas del jardín lo miran asalvajados, y que su propia respiración lo aterroriza, y la vuelve a encender. Coloca el coche de espaldas a la casa. A punto. Espera dos minutos más, larguísimos, y de repente aparece Nàdia. Sola. Corriendo. Ivan se tumba sobre el asiento del acompañante para abrir la puerta desde dentro del coche y se sujeta fuerte al volante para pisar el acelerador apenas ella haya subido. Piensa que no debían de estar ahí. Que Ada debe de haberse llevado al niño a un lugar seguro. Nàdia levanta un brazo y lo mueve espasmódico e Ivan la mira

a través del retrovisor y no la entiende. Con el otro brazo se toma del cuello. Cuando se encuentra lo suficientemente cerca como para que la oiga, grita:

—¡Vete, Ivan, vete de aquí! —Se detiene en seco a un metro de la puerta y mueve el brazo desesperado, Ivan se da la vuelta—. Ada me ha mordido. Ivan, vete. —La sangre le chorrea debajo de la barbilla, entre los dedos, hasta el codo—. ¡Ivan, rápido!

Ivan pisa el acelerador como quien aplasta un pollito, y levanta polvo y piedras y el coche se dispara como un bólido derrapando por el camino de entrada y después por el asfalto. Ivan se esfuerza en no mirar a Nàdia por el retrovisor y en concentrar la poca visión que le queda, entre el pánico y las lágrimas, en la carretera. Piensa que puede subir por el Lluçanès sin acercarse a ningún pueblo. Y que tiene el depósito de gasolina tres cuartos lleno y con eso alcanza. Camille Saint-Saëns suena fortísimo, dramático y afectado. Y piensa en la barriga pequeña e incipiente de Nàdia. Y el pecho le duele tanto, y la pena le punza tan hondo, que menos mal que no tiene que moverse para conducir. Nàdia delante de la casa. La sangre. Dídac pequeño y precioso. Piensa que tendría que haber bajado él: ¿cómo puede ser que la haya dejado bajar a ella? Piensa que tiene fruta y pan y vino y chocolate y queso para pasar unos días. Piensa que a la mierda el pescado y los mariscos. Y vuelve a pensar en Nàdia y el bebé. Y no sabe si Dídac está dentro de la casa. Piensa que si Dídac tuvo miedo debe de haber pensado que sus padres iban a venir y lo iban a salvar. Y se ve trepando montañas por caminos solitarios, durmiendo en el coche, ahorrando calefacción, en el asiento del conductor para arrancar rápido si pasa algo; moviendo el vehículo para encontrar una emisora de radio, por la mañana, los cristales empañados por dentro, comiendo pan duro, y frío, retorcido sobre el volante, sobre la pena de extrañarlos tanto, meando sobre hojas húmedas en bosques solitarios, tenso, mirando sobre los hombros, vigilante, solo.

En ese momento para el coche. Se mira los muslos enfundados en los vaqueros, y las manos le tiemblan un poco sobre el volante. Y llora. Y hace girar el vehículo entre hipos. Y vuelve a casa lentamente.

El camino parece el de siempre. Los campos de maíz diminuto y enfermizo, porque no llueve lo suficiente y todavía tiene que crecer. Y el riachuelo y los robles, y la urbanización al fondo. Aparca delante de la casa. Y piensa que tal vez saldrá alguien a buscarlo. Y tiene miedo del dolor que le va a causar morirse. De la agonía de los mordiscos antes de dejar de sentirlos. Y baja del coche y mira la casa preciosa y piensa que

ya la está extrañando. Lo intenta, pero no es capaz de concentrar la memoria para acordarse de la última vez que se bañó en la piscina, o que preparó carne a la brasa. Entra. Si no mira el suelo y no ve la sangre, parece que nadie sale a recibirlo porque están todos viendo la tele. La entrada, vacía. La cocina, vacía. Se los encuentra en el comedor. Victòria, Ada, Quim, Dídac y Nàdia. Están sentados alrededor de la mesa. En silencio. Con los postigos cerrados. A oscuras. Tienen los dedos debajo de la madera desnuda, y aunque no alcanza a verlos, sabe que los están moviendo. Los comensales lo siguen con los cuellos venosos y las miradas contrahechas y sádicas, pero nadie se levanta. Abren la boca y los dientes lo amenazan. La sangre se les derrama despreocupada por las caras y los cuellos y los brazos. Son horribles. Ivan se da prisa espeluznado. Se acuclilla junto a Nàdia. Todos los ojos lo miran y él murmura, bajito, desesperado:

—Quiero estar con vosotros. No quiero irme solo. Quiero estar con vosotros.

Nàdia gira los ojos salvajes. Le agarra la muñeca con suavidad. Nota, en el gesto delicado de ella, la poca humanidad que le debe quedar atrincherada. Ivan se aferra al respaldo de la silla con la mano libre, para no caerse. El olor a hierro de tanta sangre derramada le hace pensar que las uñas sucias y enrojecidas de Nàdia están oxidadas. Cuando Nàdia se acerca la muñeca a los dientes, mide la distancia. Piensa que su mordedura será más limpia y más amorosa que ninguna de las de los demás. Los dientes pequeños y juntos de Nàdia. Y piensa en Dídac, con sus rizos sobre la frente, a su lado, pero no lo mira. Y no tiene tanto miedo, en comparación con el pavor que podría sentir. Y justo antes de que los dientes lo toquen, cierra los ojos. El mordisco duele de forma concreta y precisa. Como cuando te agujerean una oreja. Pero mucho más.

Estos son Ada y Vicenç en Can Miquelet.

Este es Vicenç que dice:

—Ada, te presento a Tripi. Tripi, Ada.

Esta es Ada que le da la mano a un chico cuadrado y altísimo, con el pelo y la barba tan anaranjados que parece imposible, y los ojos mates y la mano blanda, que le sonríe y contesta:

—Encantado.

Este es el comedor de Can Miquelet. Estas son las doce cabezas de jabalí mirando a los bebedores, que ríen impertérritos, arremangados sobre los taburetes y las sillas, mientras lanzan monedas a la boca de las máquinas y comen jamón y croquetas. Este es Miquelet, que le da el nombre al local, detrás de la barra, fornido y rechoncho y simpático. Esta es Miquela, su madre, que lleva los platos de la cocina a la barra. Este es el olor a carne a la brasa y a hombre y a tabaco y a colonia y a algo más que punza, ácido, pero no se distingue. Estos son Riqui, Berni y Daniela que saludan a Ada. Este es Coloma, viejo y arrugado de tantos carajillos y de tanto desayunar a dos carrillos, sentado a la barra. Este es Hilari bebiendo demasiado. Este es Pep de Cal Gras, que roe un mondadientes. Y esta es Paquita que hace un solitario.

Esta es Ada que murmura al oído de Vicenç:

—Se llaman todos Riqui, Berni, Tripi… ¿A ti cómo te llaman? ¿Vici? —Vicenç sonríe. Pide dos cervezas y croquetas. Responde:

—Vicenç o Vice.

Esta es Ada que pregunta:

—¿Por qué le dicen Tripi?

Y Vicenç que responde:

—Porque se metió un ácido y se quedó así. —Se sientan a la mesa con los demás. Juegan a las cartas.

Este es Tripi, tomándose el famoso ácido y quedándose tres días colgado. Los amigos que estaban con él lo llevaron a su casa. Estuvo tres días en su habitación, sin reconocer a sus padres, ni al médico, ni las paredes de su cuarto. Cuando volvió en sí, que fue una suerte que volviera en sí, se había olvidado de escribir y leer y tuvo que volver a aprender. Y no estudió ingeniería agraria. Pero ayudaba a su padre en

la granja. Su padre era viejo y tenía problemas de espalda y Tripi era fuerte y alto como un toro y no le importaba la lluvia y se entendía con los animales y le gustaban el campo y el otoño. Y era el mejor buscador de setas de la historia de los buscadores de setas. Y cuando su madre lo miraba y se ponía triste, él le decía:

—Mamá, cuando conozca a una chica que me quiera, y me case y tenga hijos, no dejaremos que tomen drogas. —Se lo decía sonriendo, como una broma.

Este es Coloma en la barra, con la piel roja y el pelo blanco, la barba blanca y mal afeitada, y los ojos perdidos y vidriosos como los de un pez, que cuando Ada se levanta y va a pedir dos cervezas más, la toma por sorpresa y le dice:

—Mi Clàudia es como tú.

Ada lo mira.

—¿Has estudiado? —le pregunta Coloma.

—Sí —contesta Ada.

Miquelet le pone las dos cervezas y dice:

—No la molestes, Coloma, coño.

Coloma contesta:

—Mi Clàudia tiene un doctorado. —Mastica las palabras como piedras dentro de la boca pastosa.

—¿Qué te decía Coloma? —le pregunta Vicenç a Ada cuando vuelve.

—¿Quién es Clàudia? —pregunta Ada.

—Su hija. Nos cuidaba a Marta y a mí cuando éramos pequeños —dice Vicenç.

Este es Tripi, cuando iba drogado, tan corpulento y alto, tan perdido y colgado, que parecía un gigante al que le dieron un golpazo en la cabeza. Tambaleándose, trastabillando, aplastando casas y vacas, y caballos y granjas y árboles. Como el gigante Verlihua. Clàudia, hija de Coloma, les contaba a Vicenç y Marta el cuento del gigante Verlihua cuando los cuidaba, los sábados en que Vicenç padre y Mercè de Can Ballador iban a clases de baile de salón. El gigante Verlihua tenía el pelo de color rojo imposible, como Tripi, y tenía un solo ojo en medio de la frente. Y una verruga en el centro de la nariz y una boca con los dientes amarillos, porque no se los cepillaba nunca, y unas manos con las uñas largas, porque no se las cortaba jamás, y una pierna aquí y una pierna allá y una barba larga como un día sin pan. Un día, el gigante Verlihua se comió a una niña que se llamaba Laia, y el abuelo de Laia reclutó una oca, una maza, una cuerda y una bellota para matar al

gigante. Y la oca cantaba una canción que decía así:

—«Alguien quiere matar al gigante Verlihua, alguien quiere matar al gigante Verlihua.»

Y la canción desconcertó al gigante, y la cuerda lo hizo tropezar, y la maza le dio un golpazo en la cabeza y la bellota se le metió en el único ojo en el medio de la frente y ciego lo dejó, y el abuelo de Laia le cortó la cabeza.

Esta es Ada, que se vuelve y observa a Coloma solo en la barra.

LA CIRUELA

La lluna, la pruna,
vestida de dol,
son pare la crida,
sa mare no vol.[19]

Cuando a Clàudia se le ablandaba el corazón, pensaba que Coloma no tenía toda la culpa. Pensaba que nadie le había enseñado a querer. Y mucho menos todavía le habían enseñado a ser padre.

Cuando el corazón se le endurecía como un carozo, pensaba que no tenía excusa. Y que su padre era un hombre despreciable, por quien no sentía ningún cariño, y que su madre era débil y cobarde. Y se repetía y convencía de que nunca se iba a parecer a ninguno de los dos. Ni a su madre sumisa, ni a su padre animal, ni a los vecinos que no habían hecho nada para pararle la mano cuando levantaba un vaso o un puño.

Coloma no les pegaba siempre. Solamente cuando bebía. Y había temporadas en las que bebía muy poco. Y otras en las que bebía mucho. De hecho, a Clàudia le pegaba poco. Maltrataba más a su madre. Para Clàudia se guardaba las palabras dañinas. Como bofetadas. ¡Plaf! Como patadas. ¡Pam!

Si Clàudia pensaba en Coloma mientras conducía o caminaba, o mientras no tenía que usar el cerebro activamente y el pensamiento se la podía llevar, como un río sin frenos, por meandros y lagunas donde no quería bañarse, Clàudia siempre terminaba reflexionando sobre la maldad humana. La maldad humana transferida de generación en generación como un veneno. De malos padres y de malas madres, a los hijos. Y siempre vaticinaba que el grupo más grave, más abultado, más numeroso, era el grupo de los padres. Primer ejemplo: el suyo. No creía, Clàudia, que en el grupo de los malos progenitores hubiese menos madres porque las madres tuviesen instinto maternal o fueran más buenas o cándidas por el solo hecho de ser mujeres, de tener pechos y

gestar criaturas en el vientre. No. Pensaba por su cuenta y tenía un doctorado, como repetía su padre cuando bebía. No. En el grueso de los malos progenitores había menos mujeres porque a los hombres se les permiten cosas que a las mujeres no se les perdonan. Y a veces hasta se les celebran y se les incentivan algunas de esas cosas, y el río turbulento se la llevaba muy lejos de su casa, muy lejos de sus sábanas, de su coche, de la facultad donde daba clases.

Y la maldad y sus orígenes y detonadores a veces la obsesionaban. Y leía artículos sobre juicios y sobre asesinos. Volvía a leer *A sangre fría* de Truman Capote. Y buscaba artículos de psicología criminal y solo leía las noticias violentas en el diario. Y ratificaba, autoconvenciéndose, que la maldad pasa de padres a hijos no a través de la sangre, que es roja y sencilla, sino a través de la falta de afecto.

Tenía quince años y se había visto obligada a hacerlo todo sola, a agarrarlo del cuello de la camisa y estamparlo contra la pared de la cocina, tan grande como era. De tan borracho y tan sorprendido, los pies se le resbalaban. Había tenido que decirle ella sola, con su voz diminuta y asustada rebotando contra las paredes de la cocina:

—Si le pegas otra vez, no nos vas a volver a ver nunca más.

Con la edad, Coloma ya no le pegaba a Montserrat, que era la madre de Clàudia. Ahora que hacía siete años que Clàudia no iba a casa, que no le hablaba, que solo se comunicaba, muy de vez en cuando, con su madre, ahora, cuando bebía, solo lloraba y pedía disculpas infinitas. Como antes, de hecho, pero sin la parte de pegar y agredir verbalmente primero. Y si bebía solo, o bebía en Can Miquelet, lo único que hacía era hablar de Clàudia y de lo que Clàudia conseguía. Decía: «Mi Clàudia vive en Barcelona y tiene un doctorado.» Y la gente lo escuchaba un rato, pero poco. Y nadie le preguntaba nunca qué había estudiado Clàudia, o sobre qué había escrito el doctorado.

Clàudia había estudiado Historia. Y había hecho una máster en Historia Contemporánea. Y había escrito una tesis doctoral sobre la evolución, transformación y disipación del significado original de las canciones populares y tradicionales cantadas en catalán. Había escrito un capítulo entero sobre la canción de Joan Petit.

«En Joan petit quan balla, balla, balla, balla, en Joan petit quan balla, balla amb el dit. Amb el dit, dit, dit, ara balla en Joan petit.»[20]

Joan Petit era un campesino occitano que en 1643 capitaneó a un grupo de campesinos pobres que en Vilafranca de Roergue se levantaron contra el rey de Francia, Luis XIV. Cuando los capturaron, Joan Petit fue

condenado al suplicio de la rueda. La tortura de la rueda mutilaba progresivamente al condenado, y, por eso, en la canción se enumeran las partes del cuerpo, que «bailan» porque le cuelgan inertes y se balancean.

Clàudia comparaba, no sin cierta ironía, la intención original de la canción, como canción de lucha y homenaje a Joan Petit, con el uso actual que se hace de ella en las escuelas y centros educativos, para enseñarles las partes del cuerpo humano a los niños.

En otro capítulo, Clàudia defendía que la lectura de la canción «La lluna, la pruna», que algunos teóricos utilizan para justificar un abuso pedófilo e incestuoso del padre de la luna a la luna, abuso que la madre intenta evitar: «*sa mare no vol*», es errónea. En algunos lugares de Mallorca, había escrito Clàudia, la canción todavía se canta diciendo: «*La lluna, la bruna.*» La luna, la morena, es la luna oscura, la luna nueva. En su tesis, Clàudia presentaba a la Tierra como madre de la luna. El padre de la luna, el Sol. Su padre la llama, porque quiere iluminarla, para que la luna entre en la fase de luna creciente y después en la luna llena. Su madre no quiere que eso pase aún, quiere que la luna sea negra (y Clàudia comparaba esta negrura, esta transparencia, con la libertad) un ratito más.

> *La lluna, la pruna*
> *i el sol matiner,*
> *son pare la crida,*
> *sa mare també.*[21]

Esta es la era de trilla, y las paredes de cemento que se aferran a la roca, y el perro atado, y los gatos enjutos y polvorientos de tanto yacer al sol, y el porche que rebosa de geranios, y la entrada tan oscura y fresca que conserva el olor a bestia después de siglos de guardarlas dentro. Este es el camino de grava que se abre hacia atrás, en dirección a la granja de los cerdos y la granja de las vacas, los fardos de paja, los ratones, el cobertizo, el silo de forraje y el tractor parado, inmenso y verde debajo del sol. Y estos son un puñado de árboles que dan sombra a la derecha, sobre sogas y herramientas viejas y un banco de piedra y hierba crecida.

Este es Vicenç que dice:

—Papá, ¿te acuerdas de Ada?

Y este es Ballador padre que se restriega las manos rústicas una contra otra, y alarga una hacia Ada; la palma y los tres dedos calientes, hinchados y secos, y dice:

—Sí, claro. No me acerco mucho que huelo mal. ¿Tú no vivías afuera?

—He estado tres años en Inglaterra —responde Ada.

Y este es el perro que arrastra la cadena por los suelos como un fantasma y mueve el rabo frenéticamente. Los gatos asilvestrados levantan la cabeza desinteresados. Atraviesan el cielo abejas y abejorros, y, bajo la sombra del porche, Ballador padre dice:

—¿Quieren un vaso de agua, una cervecita?

—Una cerveza —contesta Ada.

—Yo también. Ve tú, Vicenç, que llevo las botas puestas. Ven, ven —le dice a Ada y le señala el banco del porche. Sobre la mesa hay una cesta con huevos y tres manojos de cebollas—. ¿En qué parte de Inglaterra?

—En Londres.

—Londres, muy bien. ¿Y ahora has vuelto?

Lleva un mono azul abierto, y tiene la cara colorada y llena de pequeños fragmentos de suciedad como pecas, y arrugas finísimas como la desembocadura de un río.

—Ahora he vuelto.

Ballador asiente con la cabeza, como si haber vuelto fuese una decisión acertada.

—¿Tus padres están bien?

Vicenç regresa con tres cervezas abiertas y se sienta a la mesa.

—Sí, están bien. Se separaron hace un año, un poco más.

—Nos lo contó tu madre. Dijo que ahora está viviendo ella en la casa. Caramba. —Ada mira a Vicenç padre. El hombre tiene las manos y el cuerpo y la voz graves y cálidos como un roble. Ada piensa que tal vez cuando Vicenç sea mayor será así.

—Sí.

Se quedan en silencio y Vicenç interviene para decir:

—Papá, hemos venido porque Ada está escribiendo una novela.

Ada continúa:

—Estoy escribiendo una serie de cuentos y hay dos donde apareces tú. —Hace una pausa breve. Sonríe—. Hay dos donde sale Mercè, también. Las historias me las invento, en parte, pero a partir de personajes reales. Y bueno, hay dos cuentos en los que apareces tú. Y quería pedirte permiso. Primero te dejaré que los leas, aquí los tengo, de hecho. Si no te gustan o si quieres que cambie alguna cosa, dímelo.

Ada deja unos cuantos papeles sobre la mesa. Vicenç padre los pone debajo de la cesta de huevos para que no se vuelen.

—Jamás hubiera pensado que iban a escribir un cuento sobre mí. —Sonríe por primera vez, un poco como un niño, y resulta gracioso, tan viejo y tan grandote, con esa sonrisa.

—Mi padre lee mucho —añade Vicenç.

—Sí, pero cosas intelectuales no demasiadas. Yo, novela negra. Mankell, Patricia Highsmith, los suecos…

—No creo que tenga mucho de novela negra, esto que te enseño.

Vicenç padre pone una mano sobre las hojas.

—A veces pienso que debería escribirse novela negra inspirada en el campo —dice Ballador.

Vicenç hijo sonríe y añade:

—Novela negra y campesinos catalanes.

—¿Hay historias criminales aquí en el campo? —pregunta Ada y da el primer trago.

—Claro que hay —contesta el hombre—. Aquí mismo, no hace falta irse muy lejos, quince kilómetros más allá, en dirección a Aiguafreda, hay una casa al lado de la autovía, una casa que todavía la conocemos

como Can Comes. Ahora se la han alquilado a una familia joven que tiene una furgoneta roja y una piscina inflable. Pero antes vivían allí Comes y su mujer. Él era un poco mayor que yo, buena gente, tozudo como una mula. Y tenía un vecino, ahora no recuerdo cómo se llamaba, Ramon algo, salió en los diarios, estaban enemistados. Una enemistad que venía de lejos, tal vez de las familias incluso, que no sabes ni cómo empezó el odio pero que terminó en desgracia. Para atravesar la autovía más rápido, cuando ensilaban y trabajaban el campo, Comes, en lugar de dar la vuelta por la carretera, pasaba por el medio del terreno del otro. Y el vecino se volvía loco de antipatía y rabia. Y se ve que le dijo infinidad de veces que no pasara por ahí, y que metió al ayuntamiento de por medio para que hicieran algo al respecto, e incluso colocó una cerca y llamó a la policía. Pero Comes seguía pasando por allí. Se ve que terminó convirtiéndose en una cuestión de honor. Del honor ese que no sirve para nada. Y hete aquí que el vecino le dijo que si volvía a pasar por su campo lo mataría. Comes volvió a pasar. Y el vecino le reventó la cara con una escopeta de caza.

Después de decir «de caza» Ballador padre abre mucho los ojos y da un trago.

UNA HISTORIA DE CAMPESINOS Y VIOLENCIA

Poco antes de morir, y antes de que empezaran los robos, la madre de Roser le dijo que recogiera ruda, y que pusiera un ramillete en la guantera del jeep y debajo de los colchones de cada cama. Después le pidió que tomara un poco de sal gruesa y la echara delante de la puerta y delante de cada ventana baja como hacían los capellanes de antaño. Roser así lo hizo.

Entonces, la madre le dijo al General, muy seria y con los ojos amarillos y opacos:

—Hijo, no me dejes morir en el sofá. Llévame a la cama a morir.

Y la noche en que la vecina trajo la capillita con la Virgen dentro, que los vecinos custodiaban una semana cada uno, y así al cabo de un año daba unas cuantas vueltas por todas las casas del pueblo, murmuró:

—Ya está, Jaume. Tres días. —Y le puso una mano tan transparente y fría sobre el brazo fibroso que el General solo pudo pensar que esa sería la última caricia.

A la mañana del día en que se cumplían los tres, la mujer dijo:

—Jaume, llévame a la cama.

—Son las diez de la mañana. ¿Quiere volver a la cama, madre?

—Llévame a la cama —repitió la madre. Y una vez en el lecho, y después de haber cerrado los ojos y murmurar «Ahora voy a dormir un rato», dijo—: Os quiero mucho. —Y se murió. El General y Roser se quedaron a su lado porque había sido una madre severa y justa y se había despedido de este mundo con dignidad.

Nadie sabía a ciencia cierta por qué le decían General al General. Algunos pensaban que era porque tenía la cabeza pequeña pero era corpulento y parecía un soldadito de plomo. Otros creían que era porque tenía un tono de voz y una actitud tan autoritarios que la gente había empezado a llamarlo General en broma. Y otros decían que el

sobrenombre le venía de la costumbre de patrullar. El General tenía el hábito de patrullar con el jeep, al anochecer, alrededor del pueblo y por los pueblos vecinos. Y la gente se sentía un poco más segura al verlo pasar, serio y taciturno, con el pelo blanco, la nariz fina, la piel tostada por el sol y el adhesivo con la imagen de un potro en la parte de atrás del jeep, que hacía que todos los niños quisieran montarse.

Una noche, pocas semanas después de que se muriera la madre, el General encontró la ventana de la cocina de Can Solà destrozada. La propietaria de Can Solà era una coleccionista de arte que había comprado la casa en ruinas hacía más de veinte años y la había restaurado poco a poco. Los ladrones se habían llevado un Hernández Pijuan, un Juan Uslé, un Alfons Borrell y hasta un pequeño Oteiza, se habían bebido las cervezas del frigorífico y dos botellas de vino, y se habían comido una longaniza a dentelladas. El General sintió ese robo como una afrenta personal, y de la indignación le dio una gripe tan mala que tuvo que guardar cama una semana.

Todavía no se había recuperado del todo cuando le robaron el primer ternero. Le costó darse cuenta, porque el resfriado lo tenía lento y abotagado. Pero encontró unas huellas de pezuñas y de botas. Incluso las rodadas de lo que debía de ser una furgoneta o un camión pequeño.

—Que no me roben. Que no me roben —dijo cuando se dio cuenta. Como una amenaza.

Llamó a la policía y la policía fue a su casa. Rellenaron la denuncia y echaron un vistazo a la granja con curiosidad. Concluyeron lo que el General ya sabía. Se habían llevado el ternero por la puerta metálica por donde cargaban y descargaban los animales. Habían dejado el vehículo en los márgenes de la propiedad. Seguramente habían atado uno y lo habían llevado hasta el camión. No parecía que fueran muy profesionales. Le contaron la historia de un granjero al que le habían robado una veintena de vacas de una sola vez, y la de otro al que le habían quitado el tractor y buena parte de la maquinaria. Le dijeron que estarían alerta. Que les avisara si hubiera cualquier novedad. Que ellos iban a hacer lo mismo. Y que no, que sobre el robo de Can Solà no había habido ningún progreso.

Una semana más tarde, le robaron el segundo ternero.

—Esto es como un grifo que pierde —dijo el General a la policía.

—Tenga paciencia —le contestaron.

—¿Paciencia para ver cómo se me llevan todos los animales de uno en uno? —Y se puso a patrullar por la noche con el jeep.

Pero diez días después desapareció el tercer ternero y el hombre, que estaba tan ofuscado que no dormía, y patrullaba a pie, de noche, con escopeta, juró que, si agarraba al ladrón, lo mataría.

A la cuarta semana, una noche, oyó ladrar como loco el pastor alemán del vecino, y las ruedas sigilosas de un camión que se acercaba. No se asustó, sino que se alegró de que hubiera llegado la hora. Con la vista acostumbrada a la oscuridad, esperó contra la pared de cemento de la granja. Notaba los granos del revoque clavársele en la espalda, y se apretaba fuerte contra ese dolor ligero y puntiagudo, para asegurarse de que estaba vivo y despierto. Pinso también se puso a ladrar y entonces los oyó, entre los ladridos, nítidas, las voces de al menos dos hombres, y el sonido de sus pasos. Se le salía el corazón por la boca. La ira todavía más arriba. Los dedos aferrados al arma. Cuando le pareció que en la oscuridad los tenía localizados, a pocos metros de la puerta metálica por donde sacarían al ternero, disparó. Medio para asustarlos y que no volvieran nunca más, medio para darles y que no pudiesen volver. Y se oyó que uno gritaba: «Hijo de puta» y que corrían, y que, a lo lejos, a unos trescientos metros, el motor del camión se ponía en marcha y los faros se alejaban perseguidos y aterrados. Esperó escondido hasta que el vehículo estuvo lejos. Cuando rehízo el camino de los ladrones y se acercó a la puerta, con el temblor del tiro todavía en la punta de los dedos y la adrenalina latiéndole en los oídos, encontró el cuerpo de uno de los hombres. El tiro le había agujereado la garganta. Se los había imaginado con pasamontañas, pero iba con la cara destapada. Y se sorprendió de no sentir ningún tipo de remordimiento ni de empatía. Solamente un ligero nerviosismo, unas ganas intensas de que ese hombre y su sangre no mancharan su casa. Agarró unas cuerdas y un trozo de plástico negro y grande del silo de forraje. Envolvió al hombre, que no pesaba más que un ternero pequeño, y lo cargó en el jeep. Lo subió montaña arriba y en una grieta profunda y enzarzada, tan escarpada y desgraciada que ni los jabalíes pasaban por ahí, arrojó el cuerpo del ladrón.

Cuando se metió en la cama pesaba cinco kilos menos. Tal vez porque había oído el tiro, o tal vez porque habían crecido juntos y siempre un poco solos, o porque a partir de su amor de hermana, de escasa comunicación verbal y compañía tranquila y sosegada, Roser había desarrollado la capacidad de leerlo sin haberlo visto, sin levantarse de su cama murmuró:

—Ya puedo ir salando yo la casa, si has entrado con un muerto en la espalda.

El ladrón que se salvó esperó a su compañero dos días. Al ver que no volvía, llamó a la policía. Les habló de los robos y les contó dónde estaba la granja, y no tardaron más de doce horas en encontrar el cadáver y condenaron al General a doce años, como si le hicieran pagar las horas de trabajo de haber buscado al muerto.

La ausencia del General y sus patrullas, y la presencia de su jeep con el adhesivo del potro atrás, al lado de los buzones, o en el supermercado, cuando Roser iba a comprar o a buscar el correo, afligía un poco a la gente del pueblo, que pensaban que hay hechos e historias que son tristes e injustas y no tienen moraleja. Y cuando pasaba eso, lo único que la gente acababa diciendo sobre el asunto era que el error había sido que se salvara un ladrón, que el General los tendría que haber matado a los dos.

Esta es Nàdia en el asiento del conductor, e Ivan en el asiento del acompañante, que alarga el brazo y hace sonar el claxon rítmicamente hasta que Ada y Quim suben al coche. Esta es Ada, que hunde la cara en la barriga de Dídac, y este es Dídac que se ríe.

—Se perdió Zopenco —dice.

—¿Zopenco se perdió? —pregunta Ada.

—Sí.

—¿Pero volvió?

—Sí, volvió. —Zopenco es el cordero de peluche.

—¿Y dónde se perdió esta vez Zopenco? —pregunta Ada.

—En casa.

Y esta es la lana blanca, rizada y sintética de Zopenco dentro de la boca de Dídac. Esta es la lana blanca, rizada y sintética de Zopenco bajo la caricia de Ada. Y esta es Ada que piensa en Victòria, que se ha quedado sola en casa. Y esta es Nàdia que conduce con delicadeza y piensa en Victòria, que se ha quedado sola en casa. Y este es Quim que baja el cristal de la ventanilla y piensa en Victòria, que se ha quedado sola en casa.

Y esta es Teresa que dice:

—Estamos muy contentos de que hayáis venido —con voz grave, presionando los nervios y los temblores hacia abajo, ahogándolos con el vino y con almohadones y con arena y con la servilleta y si hace falta con las manos.

Esta es Nàdia que levanta una copa y dice:

—A tu salud, papá. —Y todos que la siguen y las copas que entrechocan entre ellas.

Y este es Lluís que exclama:

—Gracias —emocionado.

Esta es Ada que observa furtivamente a Teresa. Piensa por enésima vez que es tan normal, tan poco especial, tan aburrida, que si se la hubiese cruzado en un supermercado no la habría visto.

Y esta es Ada, ocho horas después, en la cama, diciendo:

—¿Qué te ha parecido?

—¿El qué? —preguntará Quim.

—La comida, Quim.

—Nada. Normal. Nada. ¿Qué te ha parecido a ti?

—¿Por qué no estás enfadado, Quim? —preguntará Ada

—Estuve enfadado un tiempo, pero tú no estabas.

—¿Y ya está? —exclamará Ada.

—Lo único que podemos hacer ahora es querer más a mamá —lo dirá por debajo de las pestañas, riéndose.

Ada no contestará. En ese momento, él se cambiará de cama y se meterá en la de ella. La abrazará y dirá:

—Tengo pis, ¿puedo hacer pis encima de ti?

Esta es Ada que primero no dirá nada. Después estallará en risas como quien se ahoga, de golpe, muy fuerte. Y esta es la vez en la que Quim se hizo pis sobre la barriga de Ada porque vino el pastor alemán de un granjero y Quim tuvo miedo y Ada se lo subió a upa y pssssssss.

—Ya no duermes nunca aquí conmigo —le dirá él.

—Ay —soltará Ada.

—Ya nunca me cantas canciones ni me cuentas cuentos antes de ir a dormir.

LA FLOR ROMANIAL

Érase una vez el rey de Mallorca que tenía tres hijos, llamados Ricard, Bernat y Quim, como tú. Imagínate un rey como un oso, robusto y pendenciero, y tres niños morenos. Un día, al volver de una batalla, el rey les regaló a sus tres hijos un águila deslumbrante e inmensa, y la dejó atada a uno de los naranjos del jardín real. Ricard y Bernat jugaban con el águila todos los días, pero sus juegos eran crueles. Los chicos le arrojaban piedras al águila, le arrancaban plumas y le clavaban palos afilados en el vientre. De noche, Quim se escabullía hasta el naranjo y le llevaba agua y comida al animal. Una noche, cansado de verla sufrir, el hermano menor decidió liberarla. El águila, en lugar de huir de inmediato, se quedó observándolo y extendió un ala para decirle:

—Arráncame la pluma más larga que encuentres, y talla con ella un silbato. Llévalo siempre contigo y, si alguna vez me necesitas, hazlo sonar.

Quim hizo lo que el águila le ordenaba y, apenas obtuvo la pluma, el pájaro desapareció en la noche oscura.

Pasaron los años y, un otoño, el rey volvió de la guerra con una herida horrible y profunda en la pierna izquierda. Médicos de todos los rincones de Mallorca y eruditos y mujeres sabias acudieron al palacio e intentaron curar al rey, pero no hallaban la forma de que esa herida oscura y maloliente dejara de supurar y se cerrara. Y poco a poco el palacio entero se sumergió en el desánimo. Fue entonces, una mañana, cuando Quim oyó a una señora vieja, viejísima y sabia, murmurar para sí: «Esto solo lo puede curar la flor romanial.» Quim, que tenía el oído fino y un deseo intensísimo de curar a su padre, le suplicó a esa mujer que le explicara lo que acababa de decir. La señora le contó que algunos libros más antiguos que la propia isla hablaban de una flor capaz de curar todos los males, incluso el mal incurable de la muerte. La mujer le dijo también que ese era un conocimiento tan antiguo que se había

difuminado la línea que separa la sabiduría de la fábula, y que nadie que ella hubiese conocido había visto jamás aquella planta. Pero Quim, espoleado por esa ínfima esperanza, convocó a sus hermanos y, delante del rey, les habló de la flor y de su intención de partir en su busca sin más dilación al día siguiente. Ricard y Bernat se sumaron a la expedición y los tres hermanos partieron, a primera hora, con una bolsa de monedas de oro y un caballo entre las piernas. A la hora de la partida, el rey les comunicó que el hijo que encontrase la flor que lo curara se convertiría en el príncipe heredero. Los tres hermanos se alejaron del palacio una mañana clara y, al llegar al primer cruce de caminos con tres senderos, se separaron, prometiendo reencontrarse en ese mismo lugar al cabo de un año y un día.

Quim atravesó bosques y campos y ciudades y poblados, y preguntó a viejos y a sabias, a niños y niñas, a trotamundos y buhoneros, trovadores y pastoras, mercaderes y pescadores y campesinos, si sabían dónde podía encontrar la flor romanial. Pero pasaban los días y los meses y las respuestas que recibía eran negativas o imprecisas y nadie sabía guiarlo. Entonces, tres días antes de que se cumpliera el año y el día, desesperado y triste y escuálido, cerca de unos acantilados escarpados que parecía que se arrojaban al mar, Quim se acordó del águila. Sacó el silbato y sopló. A los pocos minutos, una figura chiquita y oscura apareció en el horizonte, y el águila, inmensa, aterrizó a los pies de Quim, espantando al pobre caballo.

—Querido —dijo el águila—, ¿qué puedo hacer para ayudarte?

Quim le habló de la flor y de su padre, y el águila le ordenó:

—Sube a mi espalda, yo te llevaré donde se halla la flor romanial.

Quim subió presto al lomo del águila y levantaron vuelo, peñasco abajo, mar adentro, tan rápido que la playa se perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos, tan adentro que Quim creyó que llegarían allá donde el mundo se acaba. Entonces el joven distinguió una formación agreste de rocas oscuras en medio del mar, y al cabo de unos pocos segundos, el águila aterrizó sobre aquellas peñas yermas.

—¿Ves aquella hendidura? —preguntó el animal—. Baja y encontrarás la flor romanial.

Quim se introdujo por el hueco que había entre las rocas, y descendió, ligero y hábil, cada vez más abajo. Allí, iluminada por un hilito de luz que se colaba entre las piedras, en el fondo de la abertura, descubrió una flor pequeña con tres campanillas lilas. Y bajó más, emocionado. La hendidura era tan pequeña y tan angosta que, ya cerca

de la flor, a duras penas le cabía el brazo. Lo metió entre la roca y lo alargó, y estiró lo dedos, y clavó la cabeza y los hombros contra la piedra fría, y se dio cuenta, perplejo, de que le faltaba como mínimo un palmo para alcanzar la planta.

Entonces volvió a la superficie afligido. Y el pájaro le dijo:

—Córtame una pata. Úsala para agarrar la flor y sube rápido.

Quim hizo lo que el águila decía. Le cortó la pata tan limpiamente como pudo mientras el animal se esforzaba por no moverse mientras chillaba. Se introdujo en la boca de la roca y, pocos minutos después, ya estaba de nuevo arriba con la flor en una mano y la pata en la otra.

Entonces el águila le ordenó:

—Toma una campanilla, pónmela sobre la herida y coloca allí la pata.

Quim, con mucho cuidado, puso una de las campanas lilas de la flor sobre la herida sanguinolenta del animal, le acercó la pata y, como por arte de magia, la pata se aferró al cuerpo del águila como si no se la hubiese cortado jamás.

—Ahora —dijo el águila— ponte la segunda campanilla en el pecho, debajo de la ropa, y no le digas nunca a nadie que la llevas ahí. Después, guárdate donde mejor puedas la tercera. Esa es la que le darás a tu padre. —Y Quim hizo lo que el águila le decía.

El águila devolvió a Quim a tierra firme y él cabalgó hasta llegar al cruce de caminos. Se presentó allí en la madrugada del día en que se cumplía justo un año y un día de la partida de los hermanos, y, del cansancio, se acostó en un margen del camino y se durmió.

A media mañana llegó Ricard, el hermano mayor, derrotado y envejecido. Despertó a Quim y le preguntó:

—¿Has encontrado la flor romanial, hermano?

Y Quim le contestó:

—La he encontrado, hermano, nuestro padre se salvará.

En ese momento, la expresión derrotada de Ricard cambió, y el hermano mayor sacó una navaja del cinturón y apuñaló a Quim en el vientre. Cuando el joven se desplomó, ya muerto, le registró los bolsillos y le robó la flor romanial. Después, enterró el cuerpo sin vida de Quim a poca profundidad, en el mismo margen donde lo había encontrado dormido.

Alrededor del mediodía llegó Bernat, el hermano del medio, desanimado y deshecho, y preguntó:

—¿Has encontrado la flor romanial, hermano?

Y Ricard le contestó:

—La he encontrado, hermano, nuestro padre se salvará.

Se abrazaron y lo celebraron y Ricard añadió:

—Vayamos al palacio a curar a nuestro padre.

—Tenemos que esperar a Quim —dijo Bernat.

—Lo esperaremos hasta que caiga el sol. Si entonces no ha llegado, quiere decir que es un cobarde, que no ha encontrado la flor romanial y que no se ha atrevido a venir.

Esa noche, el mismo rey moribundo que cuando llegaron al palacio a duras penas los había reconocido caminó con sus propias piernas y hasta saltó y rió y exclamó: «Ricard, tú serás mi sucesor.»

Los días pasaron, y los meses también, y la vida en el palacio hubiese vuelto a la normalidad y la alegría si no fuera por la pena que causaba en general la desaparición de Quim.

Pero por haberse dado prisa en enterrar a su hermano, Ricard se dejó un mechón de cabellos sin sepultar, y, con el sol y la lluvia, de ese manojo de pelos brotó un cañaveral. Al cabo de un año, un pastor se detuvo en el mismo cruce de caminos donde se habían reunido los hermanos y, dejando pastar a las ovejas, se echó una siestecita en el margen donde había dormido Quim. Cuando se despertó y vio esas cañas tan robustas y esplendorosas, no pudo contenerse de cortar una y tallar una flauta. Cuál no sería su sorpresa cuando, al hacer sonar el instrumento, en lugar de la melodía suave que el pastor entonaba, la flauta cantó:

Oh pastor, bon pastor,
tu que em toques no em fas mal,
m'enterraren dins s'arena
per la flor romanial.[22]

El pastor se maravilló tanto ante ese prodigio que encerró a las ovejas y se fue a la ciudad. Se colocó en la plaza del mercado y comenzó a tocar esa flauta extraña, la gente se iba acumulando a su alrededor, y todos querían volver a escucharla. Tan famoso se hizo aquel instrumento que hablaba de una flor romanial que en menos de tres días había llegado a oídos del rey, que ordenó que flauta y pastor fueran llevados de inmediato al palacio.

Delante del rey y la reina y de los dos príncipes, el pastor tocó la flauta:

Oh pastor, bon pastor,
tu que em toques no em fas mal,
m'enterraren dins s'arena
per la flor romanial.

Y todos los corazones de la sala se helaron, porque la flauta no solo cantaba con voz de hombre, sino que lo hacía con la voz de Quim.

La reina se levantó de un salto y le pidió al pastor que la dejara tocar la flauta. Cuando la reina sopló, la flauta entonó:

Mare meva, bona mare,
tu que em toques no em fas mal,
m'enterraren dins s'arena
per la flor romanial.[23]

La reina cerró los ojos y le dio la flauta al rey:

Pare meu, bon pare meu,
tu que em toques no em fas mal,
m'enterraren dins s'arena
per la flor romanial.[24]

Entonces el rey le dio la flauta a su hijo mayor. Ricard, sin embargo, alegó mendazmente que no sabía tocar la flauta, y el rey como un trueno le ordenó que o tocaba la flauta o lo hacía ejecutar allí mismo. Ricard tomó la flauta tembloroso y pálido y sopló:

Germà meu, el meu germà,
tu que em toques, em fas mal,
m'enterrares dins s'arena
per la flor romanial.[25]

El rey disparó un brazo como una ballesta en dirección a Ricard, que cayó preso al instante y fue condenado a muerte; lo obligaron a guiarlos a todos hasta el lugar donde había asesinado y enterrado a Quim.

Llegaron al cruce de caminos esa misma tarde, y cuál no sería la sorpresa del rey y la reina, de Bernat y del mismísimo Ricard, del pastor y los soldados, cuando al cavar un pozo en el margen que Ricard indicaba como el lugar donde había enterrado a su hermano, se encontraron a Quim, vivo y fresco y sucio de tierra, con la campanilla

de la flor romanial todavía sobre el pecho, debajo de la ropa, sonriendo e infinitamente contento de verlos.

Fue así como el rey nombró a Quim príncipe heredero, y Quim le perdonó la vida a su hermano y lo envío a galeras. Y años después, cuando murió el rey padre, de viejo y en su cama, Quim se convirtió en el rey más bondadoso, sabio, valiente y sexy que Mallorca haya tenido jamás.

Esta es Ada que coloca por enésima vez un bolso de marca color beige brillante. Esta es Ada que sonríe. Y Ada que da el cambio. Y Ada que endereza un expositor de pintalabios. Y Ada que sonríe más. Y Ada que miente sobre lo bien que le queda el pañuelo marrón a la señora. Y Ada que levanta una pierna, y después la otra, porque le duelen de tanto estar de pie. Y esta es Ada hablando con Júlia, la amiga de Nàdia, propietaria de la tienda de bolsos, sobre el crucero por el Mediterráneo que Júlia va a hacer la semana que viene. Y esta es Ada que se alegra porque el fin de semana siguiente estará sola en la tienda y podrá trabajar poco. Y esta es Ada que piensa que se tiene que poner a buscar trabajo seriamente. Dándose cuenta de la trampa que acaba siendo tener ahorros y vivir en casa de su madre, y trabajar solo los viernes y los fines de semana en ese lugar, y cubrir los gastos más básicos, y tener que soportar este trabajo solo tres días, y en cambio tener cuatro días de verano enteros para olvidarse del tedio absoluto, el desinterés máximo y el esfuerzo mínimo que le supone estar hoy en la tienda.

Y esta es Ada que acaricia un bolso de piel peluda y rojiza como un zorro. Y esta es Ada que piensa en zorros. En los zorros de su casa de Sorrabonica y en los zorros de Londres. Si deslumbras a un zorro con los faros del coche, no es capaz de moverse. La luz lo paraliza y se queda quieto. Bueno, eso pasa con los zorros de campo, vete tú a saber si funciona con los zorros de Londres.

Estos son Lluís, Victòria, Nàdia, Ada y Quim en el coche, el Peugeot gris que tenían cuando eran pequeños. Y este es Lluís que se mete a campo traviesa con el Peugeot. Los ocupantes dan botes dentro, los niños ríen excitados, los faros iluminan en la noche oscura un zorro rojo para que todos lo vean.

Y este es un zorro adulto y sucio que sube las escaleras de la catedral de Saint Paul. Que pasa por encima de las pisadas del soldado que ha patrullado todo el día. Baja las escaleras de la catedral de Saint Paul. Come patatas fritas de la basura. Cruza por los pasos de peatones con tanta seguridad que resulta irreverente.

Y este es el zorro enfermo de la calle gris donde vivía Ada en Londres, cubierta de chicles como acné. Es un cachorro de zorro. Y esta es Ada que se detiene, se pone en cuclillas y se da cuenta de que el

animal está perdido y enfermo. Tiene la cara sucia, y la cola y una pata peladas y los ojos claros y los dientes diminutos, puntiagudos y blancos. Y esta es Vera, la amiga de Ada, que da clases de portugués en la misma escuela donde Ada enseña español, que dice:

—Ada, no te acerques, no lo toques. Está enfermo.

Y esta es Ada tan cerca que no le haría falta ni alargar el brazo para tocarlo, con un movimiento muy sutil de la mano le rozaría el morro infantil. Esta es Ada que se muere de ganas de acariciarlo y no se atreve. Y este es el zorro curioso y osado tan cerca de las piernas de Ada, que alarga el hocico como un niño que suplica que lo cojan en brazos.

Esta es Ada que cierra la tienda y pone la música muy alto en la radio del coche y vuelve a casa levantando polvo por los caminos comarcales y pensando, mientras el sol cae transversal y el maíz respira, que vive en el rincón más bonito de la Tierra. Y no entiende por qué está tan exageradamente contenta que baila sobre el asiento, que llega a casa y abraza a Victòria y le dice mamá qué hermosa y cómo te ha ido el día, bien, bien, normal, tranquilo, y por dentro piensa una cagada, mamá, una mierda del tamaño de una casa, de una catedral, pero qué importa, porque mañana no trabaja y porque solo tiene ganas de sentarse y escribir y pensar cuentos y pasar notas a limpio. Y qué noche más agradable.

MUCHACHO

Fuisteis al bosque, muchacho. Y el bosque era oscuro y profundo y acogedor. Fuisteis al bosque porque el bosque era plano, muchacho. Y no encendisteis ningún fuego para no quemar nada. Ya ardían las estrellas sobre vosotros. Ya ardía el centro de la Tierra a vuestros pies. Ya quemaba el sol al otro lado iluminado del planeta.

Dejasteis los coches y os adentrasteis en el bosque. Y el bosque os quería allí, muchacho. Y el bosque os acogía y os daba la bienvenida. Hablabais y reíais, y los árboles celebraban vuestra llegada. Y los animales celebraban vuestra llegada. Erais duendes mágicos y diminutos, erais ninfas salvajes, hadas pequeñas, espíritus del bosque, muchacho.

Entonces los árboles os abrieron un claro, y era tan acogedor y redondo, y la luna brillaba sobre él con tanta dedicación, y era tan acertado el lugar, tan bien elegido, tan bien puesto, que se debería haber fundado una ciudad allí, se debería haber comenzado una civilización ahí mismo.

Y después os sentasteis y bebisteis vino, que era la sangre de Dios. Y bebisteis birra, que era el pis de Dios. Y os tumbasteis en la hierba para notar la lava, caliente, líquida, naranja y roja, encendida, magnética, arrastrándose debajo de vuestros cuerpos, como una serpiente inmensa. Para notar el movimiento preciso, flotante, seguro de las placas tectónicas, chocando entre ellas como icebergs y transatlánticos. Para notar cómo crecía la hierba, y cómo vivían y se reproducían y morían los gusanos, los saltamontes y las mariquitas.

Y en ese momento os tomasteis el LSD, como una magia pequeña y cuadrada que no sabía a nada. Y dejasteis que os contemplara, allá en el suelo, la negra noche. Y erais preciosos y perfectos y seríais jóvenes para siempre y sonreiríais todo el tiempo. Y la noche negra celebraba vuestra presencia. Y las estrellas os querían ahí y os celebraban. Y los planetas, y los satélites y los agujeros negros y la Vía Láctea y los

billones de siglos de vida extraterrestre también os querían allí. El universo entero, infinito y en constante expansión, os quería también allí y celebraba vuestra presencia.

Y entonces llegaron hasta el claro, atraídos por vuestra magia y vuestro olor y vuestra incandescencia, los hombres y las mujeres de la fosa republicana. Vinieron sin tener miedo y sin despertaros. Fueron llegando poco a poco y permitisteis que os tocaran, que buscasen la parte más fina, el trozo más suave de vuestros cuerpos; los párpados, la piel de detrás de las orejas… Y fueron llegando más hombres y mujeres, cada vez de fosas más antiguas. Y los espíritus, los fantasmas, las almas sin caparazón se acostaron entre vosotros y os hablaron de las fosas, y os encendieron la rabia, la ira y la injusticia, que os ardieron por dentro, como aceite, como gasolina, como alcohol de quemar, como nitrógeno. Y los llorasteis. Llorasteis por cada una de sus heridas, llorasteis por cada uno de sus cuerpos. Y ellos os consolaban y os abrazaban, y os dieron besos y os perdonaron, encogidos entre vuestras piernas y brazos, acostumbrados como estaban a la estrechez de las fosas, a compartir el lecho con los compañeros y las raíces y la tierra y las piedras. Y las personas seguían llegando, algunas habían muerto hacía mil años y algunas habían muerto hacía dos mil y tres mil años, y no sabían decir ninguna palabra que pudierais entender y simplemente se tumbaban. Cada vez más jorobados, cada vez más peludos y más feos. Y después llegaron hasta el claro todos los animales. Fueron llegando los tejones y los topos, los cervatillos y los gamos y los jabalíes y los gatos asilvestrados, los patos, los cuervos y las cabras, y el claro parecía un zoológico. Se asemejaba al arca de Noé, y vosotros erais los últimos hombres y mujeres. Y llegaron los dinosaurios, también. Primero los pequeños, como gallinas. Curiosos y rápidos y divertidos. Sobrepasados por la sorpresa y la extrañeza de vuestra existencia. Con las colas larguísimas y las patitas de delante enrolladas y llenas de plumas y de garras. Y los ojitos de pájaro y los hocicos de reptil. Querían conoceros, y querían entenderos, y os olían los pies y las manos y los genitales, y apartaban la cola cada vez que intentabais sujetársela. Después llegaron los herbívoros, gruesos y pesados como vacas y rinocerontes. Se acercaron a pastar muy cerca de vosotros solo para miraros, como toros vigilantes, como búfalos en manada, con colmillos inmensos y recios y puntiagudos y una tranquilidad bovina y lenta, de miradas lánguidas y pensamientos profundos, controlándoos desde la distancia.

Después llegaron las amebas, pequeñas, como cabezas de alfiler.

Diminutas. Como hadas. Mucho más pequeñas que una cabeza de alfiler, pero tú las veías, muchacho. Tú las sostenías en la palma de la mano, porque tus ojos eran los ojos de Dios, y tomaban todas las decisiones. Decisiones sobre los animales, sobre los colores y las formas, sobre las técnicas de camuflaje, de adaptabilidad, de supervivencia. Tus ojos eran los ojos del universo, inmensos, y más viejos y mucho más sabios que los de cualquier otro dios, capaces de agujerear el alfiler que era la ameba y observarla por dentro. Tus ojos eran dos alfileres. Tu cabeza era la cabeza de un alfiler. Y el universo era un embudo, un embudo que se acababa en un agujero, ínfimo como la cabeza de un alfiler que era tu cabeza. Y no eras el comienzo, tú, ni eras el final. Eras la mirada, tú, muchacho. La mirada debajo de la cual existen todas las cosas.

Este es el olor caliente y vivo. Tan caliente que al principio quema, y no le notas el gusto. Tan vivo, tan orgánico, que se arrastra nariz adentro por voluntad propia, hasta que te acostumbras a la intrusión.

Estos son los lechones, pequeños, claros y tambaleantes, con las patas demasiado delgaditas y demasiado largas, como ciervos. El repique de sus uñitas sobre el suelo, y sus carrerillas como bandadas de pájaros. Limpios y rosados y calentísimos y hambrientos y peludos, de un pelo claro y fino. Las orejas pequeñas, y los hocicos pequeños y los ojos oscuros y llenos de pestañas y las colas finísimas y enroscadas. Y estas son las madres exhaustas reposando. Los vientres deshinchados y los pezones irritados, la expresión huraña y las bocas inmensas y llenas de dientes y de lenguas blancuzcas, y el pelo grueso y oscuro y áspero.

Esta es la granja caldeada, repleta del olor de los animales, gris del cemento, y marrón de los excrementos, amarilla de la espuma de poliuretano, blanca del polvo sobre las telarañas, azul del cielo en las ventanas, naranja de las luces que calientan a los marranos, y verde de los comederos, y nerviosa de las cerdas paridoras, cansadas antes de comenzar, con las panzas repletas de lechones que quieren nacer. Y esta es la grava, y la higuera y el corral de los cerdos adultos que viven afuera. Y los baldes blancos y azules, y el pienso suave, los ratones escondidos y las trampas para ratones y los gatos que los buscan, y las arañas, y los centenares de miles de arañas atareadas.

Esta es Ada enfundada en un mono de granja y unas katiuskas, detrás de Vicenç, debajo de los tubos fluorescentes y las telas de araña entrando en la pocilga de los lechones. Los cochinillos se mueven como olas y Vicenç le muestra todos los enseres, de uno en uno, orgulloso y satisfecho, contestando las preguntas que sabe responder sin saber que sabía tanto. Como quien tiene un juguete y se lo enseña a un amigo. Como quien, ahora que muestra un objeto cualquiera que siempre tuvo y que, de hecho, siempre dio por descontado, ahora que lo observan unos ojos nuevos e interesados, se da cuenta de que es un objeto bastante bonito.

Y estas son las paredes del útero de Ada hinchadas como un bizcocho. Y el dolor persistente y extendido, profundo. La toalla azul cielo que colocaron debajo de los cuerpos para hacer el amor,

manchada de sangre. Ada que dice:

—No la metas en la lavadora. Lávala con agua fría o la sangre se secará y ya nunca la podrás quitar.

Vicenç que responde:

—Mírala cómo sabe. Yo también sé limpiar manchas de sangre, gacela.

Y esta es Ada que dice:

—¿Me pones las manos en la barriga?

Se gira suavemente de espaldas a él para que le rodee el vientre con los brazos. Vicenç abre las palmas para ella, una sobre cada ovario.

—¿Te ayuda?

—Sí.

Y este es Vicenç que le da un beso suave en la nuca despeinada, y es cálido y huele a sudor y a noche de verano. Ada piensa que terminar de hacer el amor es como despertar a un niño de la siesta, nunca se sabe cómo se levantará. Piensa que a veces haces el amor y te vas tan adentro, tan al fondo de donde se puede ir, que cuando terminas todo parece pequeño, vacío, triste y poca cosa. Y otras veces, te levantas de la siesta con ganas de hacer muchas preguntas y muchas cosas y de saltar sobre la cama donde estás. Se gira de repente, para darle un beso en el hombro suavísimo y bronceado, y le parece extraño que este cuerpo tan suave que desprende un calorcito que cura le haya podido parecer demasiado pesado, demasiado necesitado, demasiado poco, a veces. Le pregunta:

—¿Tú nunca quisiste ser granjero?

Vicenç le acaricia el pelo hacia atrás y dice que sí, que cuando era pequeño quería.

—Mi madre cuenta que no me gustaba ir a la escuela. Y que un día, con cuatro años más o menos, le pedí que me sacaran. Quería que mi padre me enseñara a ser campesino y que ella me enseñara las letras.

Vicenç también le cuenta que una vez con cinco años su hermana Marta vociferaba: «¡Virgen santa, carajo, me cago en todo!» Y esta es Mercè de Can Ballador que oyó la diatriba y exclamó: «Marta Ballador, si vuelvo a escucharte diciendo una sola de estas palabrotas, te lavaré la lengua con tanto jabón que pasarán días hasta que vuelvas a notar algún sabor.» Y esta es Marta de cinco años, tostada de tanto segar el campo, contándole a su madre, indignada y seria, que ella es campesina y que los campesinos dicen palabrotas. Y esta es su madre, que estableció un pacto según el cual Marta podía decir alguna palabrota,

pero solo si estaba en el campo trabajando con su padre y únicamente había campesinos presentes. Nunca en casa. Nunca en la escuela.

Ada se ríe.

—¿Y cuándo dejasteis de querer ser granjeros? —pregunta.

—Cuando me di cuenta de que ser campesino quería decir trabajar todos los días, y trabajar diez y once horas, y trabajar en Navidad y en San Esteban, y no dormir de la angustia, que si baja el precio del cerdo o que se te mueren los animales, o que cambia no sé qué mierda de normativa europea y que hace tres meses que no sacas ni para pagar tu propio sueldo.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es el último mohicano. Ya no se puede ser feliz siendo un granjero modesto —dice él.

—¿Qué hará tu padre con la granja?

—Cerrarla.

—¿Te da pena? —pregunta Ada.

—No debería. Tarde o temprano pasará y todo se acaba y todo vuelve a empezar.

—Eres el cazador-agricultor sensible.

Y en lugar de rebatirla o de vengarse, Vicenç la besa. Después Ada dice:

—Voy a limpiarme y a ponerme la copa.

—Voy —dice él, y se incorpora con ella. Ada agrega:

—Ahora mancharé el suelo como un jabalí herido.

LA SANGRE

La voz murmuró, bajito, tan bajito que en medio del bosque casi no se oía:

—¿Ves algo? ¿Lo ves?

Sonaba tierna, la voz de un hombre, gruesa y rugosa, susurrando. Y después dijo, cálida, reconfortante y paternal:

—Cuando estés listo.

Respiraban poco a poco para no hacer ruido y llevaban puesta una montaña de chaquetas y jerséis para que no se escuchara cómo les latía el corazón.

—Cuando estés listo —repitió, sobre la tierra oscura y las hojas húmedas—. Cuando estés preparado. —Bajo el canto de los pájaros y las ramas grises—. Vamos. Dale.

El tiro sonó fuertísimo, y los pájaros huyeron tan rápido como se lo permitían las alas, y las hojas de los árboles se estremecieron por completo.

—Ya lo tienes. ¡Ha caído! —exclamó el hombre, excitado, murmurando todavía—. ¡Ya lo tienes!

El niño lo miraba con los ojos radiantes e inmensos de la excitación, debajo de una gorra naranja y una chaqueta naranja y la escopeta.

—Quédate quieto —le dijo. El hombre reía contento, con una risa suave y profunda.

—Le he dado en un lado —dijo el niño, y el hombre seguía riéndose, y le pasó un brazo grueso de tantas capas de ropa alrededor del cuello, y lo apretó contra el pecho, que rebotaba suavemente.

Estaban en cuclillas, el niño con la nariz contra el chaleco de su padre, que olía a granja, mirándole la sonrisa llena de dientes pequeños y blancos.

—Le has dado en un lado. Ahora lo buscaremos. —Y le dio un beso en la frente sobre la gorra.

Se levantaron y caminaron un trecho hacia delante, a través de los árboles, mientras el bosque se recuperaba del sobresalto. El niño iba primero y pasaba por encima de las zarzas como un cervatillo.

—Vicenç, aquí hay sangre —dijo el padre de golpe—, aquí, aquí. —Y el chico reculó rápidamente. Moviendo la cabeza como un gorrión reseguía el suelo buscando el rastro, frenético.

El padre señaló la mancha con el dedo. La sangre sobre unas cuantas hojas amarillas, brillante y marrón, como una pista.

—Sigue derecho. Hacia aquí —dijo el padre Ballador, y Vicenç hijo escudriñaba el sotobosque con ojos atolondrados; la tierra húmeda, las hojas deshechas y las piedras sucias, los troncos podridos y los arbustos y la hierba y las raíces de los árboles y las setas dispersas.

—Sigue la sangre —dijo el padre.

El niño apartaba las ramas y levantaba las piernas y de vez en cuando echaba un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el hombre lo seguía.

De repente Vicenç padre dijo:

—¡Vicenç, ven, ven! ¡Ven! —Y mientras seguía diciendo «ven» muy bajito, el niño corrió hacia él.

—Arrodíllate conmigo. Arrodíllate. —El niño se arrodilló a su lado y lo miraba entregado y expectante con la boca y los ojos abiertos y pardos y helados—. ¿Ves algo? Mira a tu alrededor. —Diligente, el chico miró a su alrededor.

—Dios mío —estalló—, Dios mío. —Y se tapó la boca, y por encima de los guantes que le cubrían media cara observó a su padre con los ojos húmedos y emocionados.

Vicenç Ballador padre exclamó:

—Aquí la tienes, chaval. Tenemos una corza. Es nuestra primera corza juntos.

Tres metros delante de ellos, en el suelo, preciosa, había un animal tumbado. Era una corza con el pelo fino y rojizo, y las piernas largas y el hocico oscuro y los ojos abiertos y negros.

—Sabemos que es una hembra porque ¿le ves el trasero? Tiene una mancha blanca con forma de corazón cabeza abajo, ¿la ves? —preguntó el padre.

Y el niño, de pie delante del animal, dijo:

—Papá, no tengo frío pero estoy temblando.

La voz le temblaba, y los ojos, aún más abiertos bajo las cejas levantadísimas, miraban ora a su padre, ora al animal. Y temblaba todo

él, con espasmos debajo de la chaqueta naranja.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Ballador padre, sin dejar de susurrar.

—Mírame —dijo Vicenç hijo, y puso los brazos en cruz, agitando las piernas y la barriga y los brazos compulsivamente.

—¿Seguro que no tienes frío?

—No tengo frío —dijo el niño, y sonreía y miraba hacia arriba agitándose, y de vez en cuando emitía un gemido plácido y extraño—. Dios mío. ¿Es normal? —preguntaba.

El padre se rió y se arrodilló a su lado. Sin tocarlo.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Estábamos allá, escondidos —temblaba tanto, que la voz le salía aguda y a sacudidas y se quedaba encallada en «ehhh» muy largos— mucho rato, y estuvimos observando un buen rato. —Los ojos se le cerraban de la emoción y todavía le salían gemidos, y movía el mentón hacia delante a trompicones diciendo que sí y la fuerza se le escapaba por cada extremo de la sonrisa—. Y después vino. —Abrió los brazos y entre exhalaciones dijo—: Y ahora sí.

Vicenç Ballador se rió.

—Mirémosla. Es muy hermosa.

El niño se acercó al animal poco a poco. Las manos por delante, temblando como dos conejos dentro de los guantes. Cuando estaba cerca de la cara del animal, el corzo se agitó y Vicenç hijo dio dos pasos hacia atrás y emitió un sonido de sorpresa.

—Tiene espasmos, calma —dijo el padre.

Y Vicenç respondió:

—Está vivo.

—No, no —dijo Ballador padre.

—Está vivo —repitió Vicenç.

—No. Créeme, hijo.

—Cuando me he acercado, se ha movido. —Hablaba tan bajito que no se lo oía.

—¿Qué?

—Cuando me he acercado, se ha movido.

—No, no se ha movido —dijo el padre, y Vicenç hijo alargó un pie, dentro de una bota de montaña pequeña y llena de barro. Pisó la hierba de delante del hocico del corzo. Muy despacio, acercando el piececito sigilosamente. Cuando lo tuvo a menos de un palmo, dijo:

—Bueno. —Y se arrodilló junto al cuello del animal—. Es tan hermoso. No tiene cuernos porque es una hembra —explicó.

—¿Dónde le has dado? —preguntó su padre.

Vicenç le señaló la sangre de la boca, ya se le iba el temblor. El animal tenía un poco de sangre en la boca.

—No, por aquí es por donde ha salido la sangre. ¿Dónde le hemos dado?

Vicenç le pasó las manos por el cuello, hacia el pecho. Debajo de sus manos, el pelo se movía como llamaradas. De repente exclamó:

—Aquí, noto el agujero.

Era un agujero limpio y sin sangre en medio del pelo rojizo.

—Justo en el costado —dijo el padre.

Entonces, Ballador se echó el animal a la espalda y lo llevó hasta el coche.

—¿Me harás una foto con el corzo? —preguntó Vicenç.

—Claro.

—Cuando Marta tenga diez años, ¿también la llevarás a cazar?

—Claro.

—¿Y podré ir?

—Claro.

Y, súbitamente, Vicenç pensó, dentro del bosque, caminando detrás de Ballador padre para verle la espalda amplia y el corzo sobre los hombros, que nunca en toda su vida vería nada más hermoso que a su padre, fuerte y bueno, cargando aquel corzo a través del bosque. Ya no temblaba y el sol se colaba entre las hojas de los árboles.

Esta es Ada que pregunta:

—¿Dónde está Quim?

Y esta es Victòria, controlando una olla inmensa de samfaina, que le contesta:

—En el cobertizo de las herramientas del huerto.

Esta es Ada que, antes de entrar, distingue los maullidos entre las voces de la radio. Se les pone la radio a los gatitos para que crean que tienen compañía y no lloren. Estos son los ojos de Ada que se acostumbran a la oscuridad dentro del cobertizo. El olor a huerto y a polvo y a arañas. Y este es el cachorro de gato que lloriquea mimoso sobre la falda de Quim, que está sentado en el suelo.

—¿Qué es eso? —exclama Ada, y Quim sonríe a oscuras.

El gato tiene una caja de zapatos con una toalla al fondo y un platito con leche y un platito con agua. Ada le acerca una mano para que la huela y dice:

—¿Me lo dejas, Quim? —Y Quim responde:

—Un segundo, que acabo de cogerlo yo. —Como cuando eran chicos, y Ada dice:

—Saquémoslo fuera, que vea la luz.

Y se levantan, y a la luz del mediodía es tan pequeñito y tan bonito y tan bien hecho que se emocionan.

—Va contra las normas entrarlo en la cocina —dice Victòria.

—Mamá, haz una excepción, solo por hoy, es precioso. ¡Es precioso!

El cachorro es suave y desprende olor a bebé y a calidez y ronronea suavecito y ahora lo sostiene Ada. Victòria revuelve la samfaina. Toda la cocina huele a samfaina y abre el apetito.

—¿De dónde ha salido? —pregunta Ada.

—Me lo ha dado Pablo. ¿Os acordáis de Pablo?

—Claro que nos acordamos de Pablo —dice Ada—, escribí un cuento sobre vosotros dos.

—Pablo tiene una gata que tuvo camada —explica Victòria—. Y sus padres le dijeron que, si no los regalaba, iban a tener que sacrificarlos. Se puso a llamar a todo el mundo que conoce para regalarlos. Y al final lo consiguió. Este es el último. Dice que es el más guapo y que lo

guardaba para el final por si los padres cambiaban de idea y le dejaban quedárselo.

—¿Tiene nombre? —pregunta Ada con el gato sobre la falda.

—Melo —dice Victòria.

Quim abre la nevera, sirve un platito de aceitunas y las pone sobre la mesa.

—¿Melo de melón? —pregunta.

—No, Melo de Carmelo Anthony.

Victòria se ríe.

—Es un jugador de la NBA —explica—. Pablo es muy aficionado a la NBA. Dice que cuando vuelva a nacer quiere ser negro. Dice que si eres negro cuando saltas haces magia. Que no saltas, vuelas. Y que si en otra vida es negro, jugará en la NBA. Por eso le puso Melo al gato, porque es negro.

Ada levanta el gato a la altura de los ojos y se lo acerca a la nariz y la boca.

—Melo, pero si aquí no nos duran los gatos, ¿qué haces aquí? Tan bonito. Qué bien, mamá, tener un gatito.

—Sí —dice Victòria, y toma una aceituna del plato de Quim—, es para que me haga compañía cuando Quim se vuelva a Barcelona y tú te busques un piso y un trabajo y te vayas.

Ada la mira y echa la cabeza para atrás riéndose. La risa sale como humo por una chimenea. A Quim se le contagia la risa. A Victòria se le contagia la risa. Y de la excitación, el gato le clava las uñas en el muslo.

EL RÍO

El dolor comenzó de fondo, transparente. Tan suave que parecía un poco de malhumor. Como si, de tanto bailar, se hubiera levantado el poso. Como si el agua ya estuviera turbia antes del temporal. Como si el cava de la noche anterior le hubiese provocado una resaca muy ligera.

La sala polivalente de la rectoría era una sala grande y amplia, de paredes blancas que necesitaban una mano de pintura y suelo de baldosas brillantes y negras. Habían colocado sillas plegables y mesas de caballete con manteles de papel, y encima habían puesto botellas de vino y cava y bocadillos de butifarra y coca de frutas. Al fondo de la sala polivalente había una tarima de madera, de cuarenta centímetros de altura, que servía de escenario. Recogidas a cada lado del entarimado había cortinas rojas, gruesas y pesadas, de tanta tela y tanto polvo, y los niños jugaban a esconderse tras ellas y perseguirse entre los pliegues. Del medio del techo de la sala polivalente colgaba una bola de discoteca solitaria y raquítica. Y los músicos tocaban chachachás y valses, pasodobles y algún foxtrot, y de vez en cuando alguna cumbia peruana o una sardana. Y las parejas se levantaban y bailaban. Algunas señoras tiraban de algunos señores, que las seguían ufanos. Algunos señores tiraban de señoras sonrientes. Y hombres y mujeres que bailaban bien agarrados y contentos. Cuanto mejor lo hacían los bailarines, más concentradas las miradas, más derechas las espaldas. Y las parejas chocaban y se pedían disculpas y cada vez que terminaba una canción lo celebraban y se felicitaban unos a otros, intercambiaban parejas o decidían si bailaban otra o descansaban. El movimiento de las extremidades, y las vueltas no demasiado rápidas, y los pasos de baile firmes y constantes de las parejas deshacían el gentío como quien deshace los grumos de una salsa, como quien prepara un alioli con paciencia o como quien emulsiona una mayonesa; todos saludándose, bromeando, y besando mejillas rasposas y mejillas maquilladas, y mejillas blandas. El cava se les notaba en las caras rojas y las risotadas

estridentes, y algunos se abanicaban con las servilletas y otros apoyaban las manos sobre las rodillas, y algunos salían al exterior para que el frío de enero los desembriagara. 22 de enero, Sant Vicenç, Fiesta Mayor.

El dolor de Mercè no se despertaría del todo hasta el día siguiente por la noche. Con la oscuridad, que alarga las sombras y las penas y el padecimiento. Y lo haría de forma tan hiriente, tan escandalosa, que Mercè de Can Ballador estaría segura de que no la mataría, sino todo lo contrario. Los males silenciosos, transparentes y sigilosos matan. Los que se te meten dentro traicioneramente durante meses o años y no llaman a la puerta ni se tropiezan con ninguna silla. Los males que entran a gritos quieren que todo se detenga. Y estos males, los que no matan, los que ladran pero no muerden, son como un río encrespado. Marrones e incontrolables.

Vicenç y Mercè de Can Ballador bailaban en medio de todos los vecinos, concentrados y espléndidos. Los cuerpos robustos moviéndose ágiles, dando vueltas gráciles y meneando los pies y los brazos y los hombros al mismo tiempo y cuando tocaba, como si conversaran animadamente, esos cuerpos. Y cuando llegaron por sorpresa Vicenç y Ada, sonrientes y abrigados, y saludaron, y dejaron las cosas en un rincón, y entre la multitud distinguieron la calidad danzante de Mercè y Vicenç Ballador, Ada exclamó:

—¡Qué bien bailan tus padres!

Vicenç hijo los observó y pensó que sí que bailaban bien, y que eran extraordinarios intrínsecamente. Que tanta gracia y tanto saber hacer no podían deberse solo a las clases de bailes de salón de los sábados por la noche, cuando él y Marta eran pequeños y Clàudia, la hija de Coloma, los cuidaba.

Los domingos por la mañana Ballador padre les enseñaba, a Vicenç hijo y a Marta, los pasos que habían aprendido la noche anterior, y bailaba ora con uno, ora con la otra, este pie adelante, la espalda recta, pie atrás, vuelta, muy bien, ¡muy bien!

Cuando se acabó la canción, Mercè y Vicenç padre salieron de la pista de baile y saludaron a Ada y Vicenç. Mercè Ballador se sentó contenta y sudada y cansada y tranquila, empollando dentro el mal que iba a venir.

—Tu madre es esa que baila con Miquel de Can Miquelet, Ada —dijo.

Y Ballador padre exclamó:

—Voy a pescar pareja de baile. Ya vuelvo, ratoncita.

Y a Vicenç le dio un poco de vergüenza y a Ada le hizo un poco de gracia, y a Mercè le dio ternura que la hubiese llamado así.

En ese momento Vicenç hijo extendió un brazo hacia Ada y la llevó hasta justo debajo de la bola de discoteca. Sonaba un pasodoble. Ada miraba a su alrededor llena de vergüenza y de ganas de reírse, agarrada a la espalda de Vicenç. Y Vicenç sonreía tranquilo y contento, y saboreaba la música y el ritmo y las manos y las cinturas, los cuerpos musculados y adobados de los vecinos y campesinos y cazadores bailando alegres a su alrededor.

Vicenç Ballador padre bailó con la abuela de Can Masnou, una mujer diminuta que se movía como una paloma y llevaba el ritmo con contundencia. Bailó con Victòria, que se movía con sencillez y calidad, como un jarrón de cerámica rústico, y con Josefa Puig, que ya tenía el brazo recuperado después del ataque de la vaca. Y entonces se sentó con Mercè y se acariciaron las manos. Vicenç y Ada tomaron una copa de cava y saludaron a Victòria, que estaba roja y sudada y sonriente, y no tardaron mucho en despedirse, para ir a bailar a otro lugar donde el promedio de edad fuera un poco menos elevado, dejando atrás las parejas maduras y las parejas viejas y los niños que a veces bailaban con sus padres y a veces ideaban planes mejores detrás del escenario.

Mercè de Can Ballador asistía poco a encuentros de vecinos o a Can Miquelet. No porque no le gustara el olor a bar o a tabaco o a comida o a granjero, sino porque se sentaba delante de una cerveza fresca y un platito de croquetas y les veía a todos los corazones grillados y podridos y verdes como patatas viejas. Cada uno con sus equivocaciones y sus frustraciones. Tan de cerca, no podía hacer nada para no verlos por dentro, a esos hombres y esas mujeres. Por eso también le daba más de una vuelta antes de ir a la Fiesta Mayor, y a veces asistía solo por hacer feliz a Vicenç padre, para quien bailar era la mayor de las alegrías, el estado más próximo al paraíso mismo, como decía él. Y se aferraba a sus manos valientes y a su espalda de roble para que el movimiento asertivo de sus caderas la mantuviese a flote. Y le miraba esos ojitos de oso pardo de los Pirineos, de hombre bueno, de animal doméstico, para que mientras bailaban no se le agarrasen las historias de los vecinos a los tobillos.

Mercè recordaba el día exacto en que Vicenç Ballador padre se le había metido en el corazón como un torrente. Bailaban. Estaban de novios. Tenían los brazos jóvenes y las piernas jóvenes y los cuellos y las cinturas entregados, y sudaban, y Vicenç bailaba tan bien… y entonces le puso la boca en la oreja para decirle:

—Cuando veas cosas que no quieres ver, sujétame fuerte, ratoncita. Súbete a mí como a un taburete. Yo seré como la madera, que flota y que no deja pasar la electricidad.

La agarró más fuerte, y a Mercè el río Ter se le desbocó. Desbordado. Y le inundó los campos, los diques ¡flas!, las presas ¡bam! El agua corriendo venas adentro. El corazón anegado de agua. Toneladas de líquido sin compasión arrancando árboles, arrasando casas, pasando de un ventrículo al otro sin esperar a que se abrieran las válvulas, punzando de tan rápido que inundaban las arterias.

Al día siguiente del baile de la Fiesta Mayor, Mercè de Can Ballador tuvo un ataque de piedra. Cuando se dio cuenta, el dolor ya la agujereaba como un taladro, clavándosele, enroscándose carnes adentro. Y cuando Ballador padre la llevó al hospital, ya no podía ni ver. Como cuando te incorporas demasiado rápido del sofá y te mareas. El dolor, como un temporal, como un aluvión, inmenso y devastador, que se levantó y estalló contra todas las cosas. Arrastró sin ningún cuidado los caballetes, las maderas, los bocadillos de butifarra, y los músicos y los bailarines y los niños y la bola de discoteca de la noche anterior. Esfumó las caras y las conversaciones. Ahogó los problemas y los males ajenos, de tan penetrante, de tan insalvable que eran los males propios. Los golpes de agua turbia se llevaron las envidias y los rencores de los hermanos, que te enferman, y los de los amigos, que te rompen los huesos; arrastraron consigo las languideces y los miedos y las rabias como piedrecitas en los zapatos, y las preguntas y las enfermedades. Río abajo, las obstinaciones y los insalvables y las lenguas demasiado pequeñas y los malqueridos y los muertos, ahogados todos. Todos a la deriva. Y Mercè aferrada al brazo de Vicenç Ballador, que lo único que podía hacer era dejar que todas las cosas se le escaparan, boca abajo, arrastradas por las corrientes de agua.

Después del dolor, como después de una tempestad, Mercè se quedaba contenta y liberada y ligera y vaciada. Limpia como las hojas de los árboles. Y el agua transcurría tranquila por dentro de sus venas, como una balsa de aceite. El río bajaba flojo y con parsimonia, lamiendo el musgo del lecho y los guijarros enfangados. Había pescadores a los lados, observando el agua pacífica. Y perros de pescadores en las orillas, metiéndose dentro del agua calmada, con la boca abierta y la cabeza levantada. La corriente saltaba las presas pequeñas, que se tienen que saltar, y se quedaba detrás de las presas más grandes, que no se tienen que saltar, contenida dentro de la piel y de los huesos.

Vicenç Ballador ya sabía, antes de verla padecer, que la amaba. Y ya sabía, antes de verla sobrevivir al mal, que su mujer era un ser sufrido y fuerte. Pero aun así, descendiendo desde el hospital esa mañana de invierno, no podía dejar de mirarla, y de acariciarla constante y delicadamente, hasta el borde de la ropa o la caída del abrigo, donde ella no notaba la caricia.

Al llegar al coche, él dijo:

—Prométeme que te vas a tomar las pastillas que te ha recetado la doctora unos días.

Mercè le besó los nudillos de las manos, como caracoles, y dijo:

—Ratoncito.

Y sonrió intensamente, como un remolino, porque se notaba ligera a más no poder y porque ya no sufría, porque sentía bienestar con esa quietud del agua, y porque hacía mucho tiempo que no le llamaba así.

Esta es el agua tibia, llena de cloro y a punto. Esta es el agua que trepa por las paredes de la piscina peladas y turquesas. Y estas son las boyas blancas y azules y rojas, imperturbables. Estas son las líneas oscuras en el fondo de la piscina que marcan el camino. Y este es el socorrista, bronceado y aburrido. Estos son los cristales amplios que reflejan la mañana límpida de afuera. Y los azulejos que rodean la piscina todavía secos. Y el reloj que marca las ocho y los flotadores, y los tubos de goma azules y pacientes en su caja. Y este es el cuerpo de Ada que sabe lo que tiene que hacer, aunque venga tan poco a nadar últimamente. Los brazos y las piernas y el cuello y la boca que se mueven al unísono, sin tener que dar órdenes, como cuando respiras y el cuerpo sabe hacerlo, sin que se lo digas. Ada no suda y no se cansa bajo el agua y la cabeza piensa cosas. Esta es la cabeza de Ada que piensa, por ejemplo, que no extraña Inglaterra para nada. De la misma manera preocupante con que no extrañaba su casa cuando vivía en Inglaterra. Piensa en Ivan diciendo «como los niños, que cuando no estás con ellos es como si no existieras». Piensa en cuando vivían los cinco en casa. Piensa en Teresa diciéndole: «No quiero que me aprecies, pero vivo con tu padre y lo quiero y voy a estar cuando sea su cumpleaños, cuando sea Navidad y cuando esté en el hospital y cuando nos muramos y lo entierren», y en cómo se le había salido el corazón por la boca y no pudo responderle. Y piensa que da lo mismo y nada un poco más. Y piensa en un cuento muy malo que escribió cuando era pequeña sobre una joven que nadaba. Un cuento que decía así:

> El agua me llena. Dejo ir el aire, y me empujo con los pies para sacar la cabeza. Rompo el agua cuando salgo, le desgarro la piel desde abajo, pero no sangra.
>
> Nado, dejando que el agua se deslice sobre mí y me deslice yo en ella. A veces me gusta pensar que estoy dentro del vientre de una madre. Que soy alguien que da pataditas dentro de un vientre. Las doy ahora también, para moverme e impedir que me succione hacia arriba.

Era un cuento trágico y deficiente. Y piensa en otro cuento que quiere escribir próximamente. En ese otro cuento, una serie de personas

morirán en circunstancias extrañas. Tiene que ser un cuento divertido y macabro. En esta historia, un montón de personajes se suicidarán de forma cruel y complicada, hundiendo la cabeza en el arroyo que hay más abajo de Sorrabonica. Tendrán que hacer mucha fuerza para ahogarse en un palmo de agua, de rodillas. Personajes como Josefa Puig, piensa. Y Ada casi traga agua de la risa que le da tanta manía de matar a la pobre Josefa. Y uno o dos personajes más. En esta historia Ivan investigará las muertes, y escribirá un diario personal de la investigación. Las notas de Ivan son las que construirán el relato:

Sábado, 17 de octubre

Hace cinco días que encontraron el tercer cadáver. Hoy hemos almorzado en Sorrabonica y después de comer me he acercado un segundo al arroyo. No he visto nada ni he encontrado nada que los Mossos no hubiesen encontrado antes, pero no he podido dejar de pensar que es extraña la manera en que las cosas permanecen impasibles ante las circunstancias humanas. Un cuerpo yace en el arroyo, y las aguas bajan como si nada, y los árboles y los arbustos lo observan desapasionados, y los insectos siguen con sus vidas miserables; se hace de día, como todos los días, y de noche, como todas las noches, como si no hubiera pasado nada. Como cuando asesinan a alguien dentro de una casa y la casa, su casa, sigue igual, indiferente, las cosas cada una en su lugar… Cinco días después ya no queda ningún rastro de los tres muertos. No es raro que las generaciones se olviden de las aberraciones y monstruosidades humanas. Bueno, alguien ha traído un ramo de flores al arroyo, lo ha colocado en lo alto, pero no pone para cuál de los muertos es.

Lunes, 19 de octubre

Antes de entrar a trabajar, he pasado muy rápido por el arroyo. Todo en orden. No haría falta ni que lo anotara, pero lo anoto.

Martes, 20 de octubre

Hoy era un día muy importante. Josep Usart se suicidó el martes 29 de septiembre. Josefa Puig el martes 6 de octubre. Riqui Masoliver el martes 13 de octubre. Tres martes consecutivos. Hoy alguno se tendría que haber matado en el arroyo. Llegué a las cuatro de la tarde preocupado por si llegaba tarde, pero no había nadie.

Miércoles, 21 de octubre

Compruebo todos los diarios habidos y por haber y nada. Tele comarcal, nada. Radio, nada. Me acerco al arroyo, nada. O sea, que después de que me fuera ayer al atardecer no pasó nada.

Jueves, 22 de octubre

Es curioso que todo esto me esté despertando intereses literarios (por no decir que mi capacidad redactora es más brillante que nunca, ¡que venga Imma Amo, profesora de lengua y literatura castellana y alucine!). Ayer compré por internet TODOS los libros de Sherlock Holmes. El sabueso de los Baskerville, *etc. Tienen que llegar dentro de dos días. Y ayer también descubrí —cosa que no sabía y que me hizo bastante gracia— que Conan Doyle, de hecho, acabó matando a Sherlock Holmes. Bueno, lo mató el profesor Moriarty en una cascada… Pero Conan Doyle tuvo que resucitarlo después, porque miles de lectores protestaron poniéndose crespones en el sombrero como señal de luto. ¡Qué desgraciado ese Conan Doyle*!

Viernes, 23 de octubre

Asomé la cabeza por el arroyo. Nada especial. Pasé a saludar por la casa. Ada me contó un mito griego que no conocía. Ada dice que cuando eran pequeños y le pedían a Lluís que les contara un cuento, en lugar de un cuento les contaba un mito griego. Ada se disfrazó de Perséfone un año para Halloween en Inglaterra, cuenta. Se vistió de griega, se pintó como si estuviera muerta y llevaba una granada. Absolutamente nadie de la fiesta a la que fue entendió de qué iba vestida. Me contó el mito de Aracne. Se ve que Aracne era una gran tejedora. Era tan y tan buena que Atenea, que era la diosa de la guerra, pero también de la artesanía, le tuvo envidia. La diosa le propuso un concurso de tejido y Aracne aceptó. Cuando terminó la competición, era evidente que el tejido de Aracne era mejor y Atenea se enfadó tanto que dijo: «De ahora en adelante, no dejarás de tejer jamás, y tus tejidos serán los más bonitos de la tierra. Serán tan espectaculares que ninguna mano humana podrá hacer nada parecido. Pero cuando los hombres y las mujeres los vean, lo primero que harán será destruirlos.» Y la convirtió en araña.

A partir de ese momento de manera progresiva y terrorífica, Ivan descubrirá que la asesina es Ada. Como Conan Doyle cuando mató a Sherlock. Ada escribe cómo se suicidan. Detalladamente. Ivan encuentra

los textos. En ellos, Ada explica, predice, les ordena a los personajes que vayan hasta el arroyo, dejen el coche cerca y bajen entre arbustos y ortigas; que, llegados al arroyo, y entre renacuajos, hundan la cabeza y, contra todo pronóstico y con toda la fuerza, mantengan la cara bajo el agua hasta morir. Después de que Ada haya redactado la escena, los personajes cumplen al pie de la letra todo lo que ella ha escrito.

Y entonces, entre los papeles de Ada, encuentra un texto que dice:

> *Nàdia lo supo antes de haber leído la nota, solo por la letra, por la forma del papel, por la manera en que estaba colocado sobre la mesa. En la nota decía*:
>
> «*Lo siento mucho, Nàdia, mi amor.*»
>
> *No la había firmado. Y Nàdia lo visualizó, lo entendió todo. Antes de que la llamara la policía, antes de que le hicieran reconocer el cadáver, lo vio. Ivan, incapaz de resistir la tentación de dirigirse hacia el arroyo, Ivan conduciendo, dejando el coche en el arcén, de cualquier manera, bajando hasta el lecho, arrodillándose, metiendo la cabeza debajo del agua, presionando la cara contra el fango con fuerza, muy fuerte.*

Y horrorizado después de leer el texto, Ivan se dará cuenta de que los dedos se le mueven solos. Que los dedos escriben solos una nota que dice: «Lo siento mucho, Nàdia, mi amor», que los dedos agarran las llaves del coche, las meten en la cerradura, lo encienden y conducen hasta el arroyo…

Esta es Ada que se agarra al borde de la piscina y respira y vuelve a reírse y piensa en la cara que va a poner Ivan. Y piensa que se lo leerá a Vicenç y que seguro que se ríe. Y piensa que será una gran historia. Un relato breve magnífico, divertidísimo, oscuro, mítico. Un cuento de esos tan buenos, tan buenos, tan buenos, pero tan buenos, que terminas de leerlo y hubieras querido que fuese una novela entera.

(Septiembre)

Jessica S[redacted] Fa 2 anys

this guy used to be a teacher at my school and he is the most awsome french teacher i have ever had. he taught the class all his songs and i will always remember him xxxxxxxxxx if you read this monseiur nick this is jess from langley manor if you remember xx

Esta es Jessica S.

Esta es la garduña.

Este es Loki.

Esta es la tarjeta de Trivial
>más fácil de la historia.

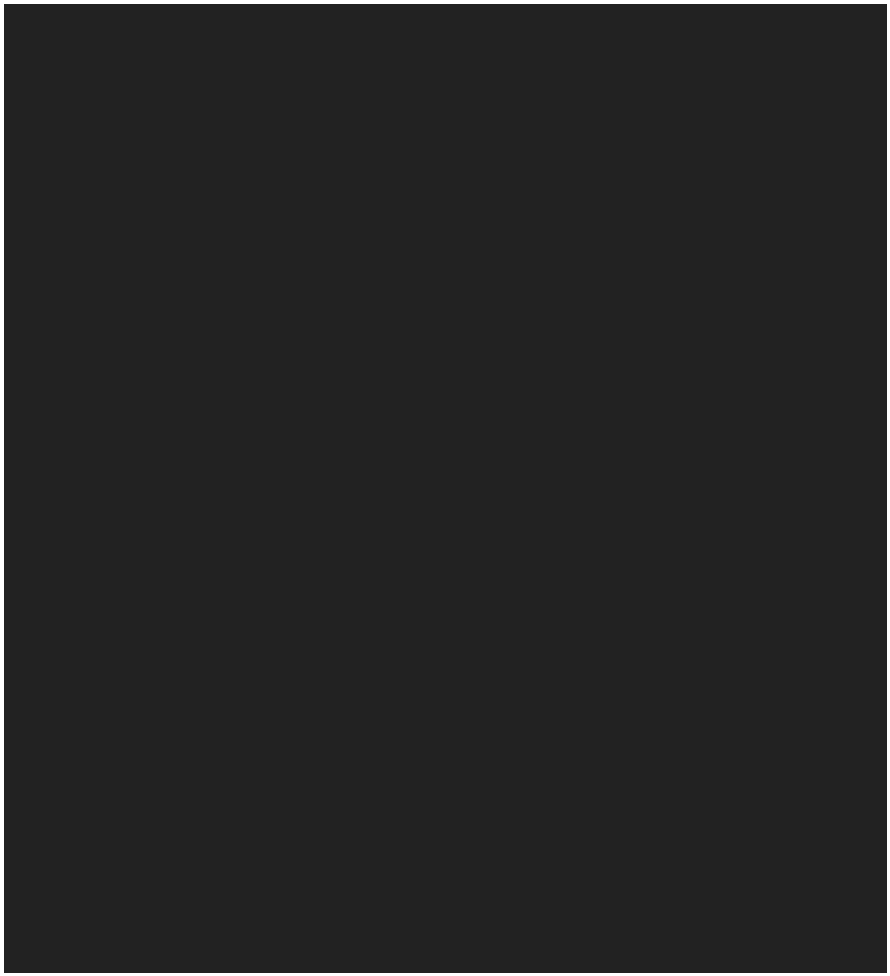
Esta es la salpa que conoció a Paco de Lucía.

Estas son las vértebras de Samantha.

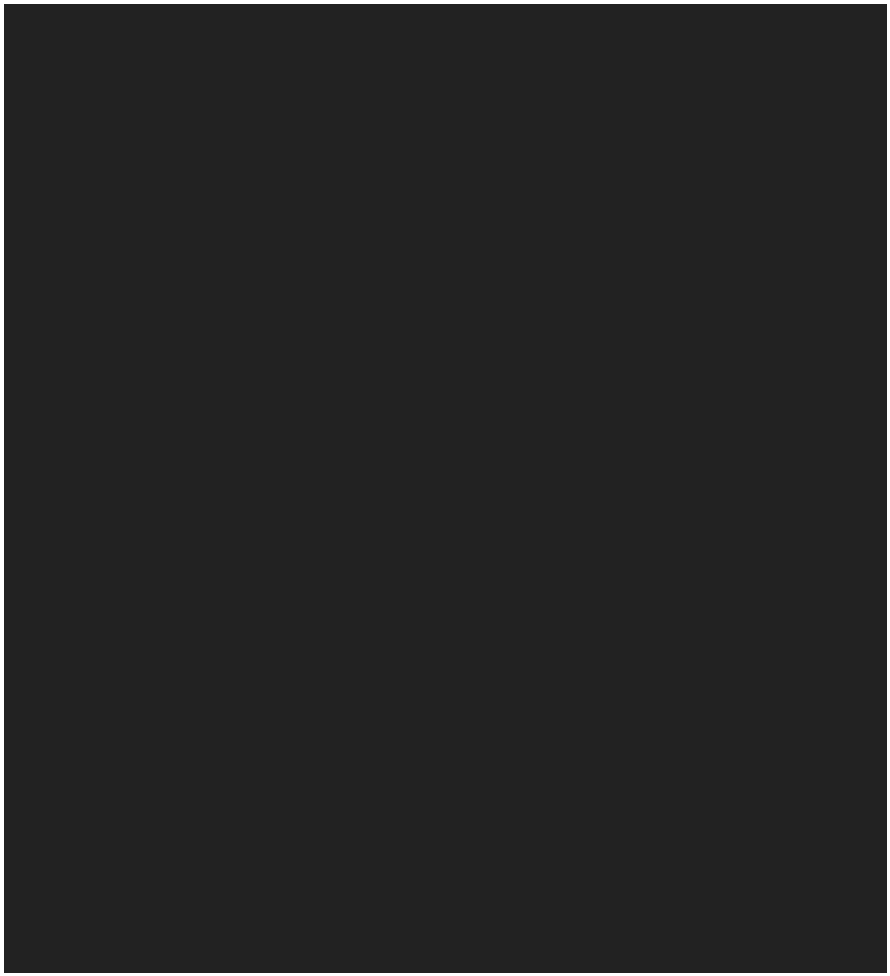
Estos son los dinosaurios pequeños, como gallinas.

Esta es la tumba de Amèlia.

Esta es la tumba donde dice «Para Ada».



Este es el color azul.



Este es el color rojo.

Este es el caballo blanco.

Este libro es para Oscar Holloway.

Hay una casa de campo, una masía, en Malla que se llama Can Ballador, y sant Vicenç es el patrón de Malla. Pero los Ballador y los Vicenç de Malla y los de *Los diques* no se parecen. Can Ballador y Vicenç son nombres fantásticos y Sorrabonica es un nombre inventado.

He leído sobre mujeres condenadas por brujería en tierras catalanas en la página web bruixesosona, en el artículo «Cacera de bruixes, justícia local i Inquisició a Catalunya, 1487-1643: alguns criteris metodològics» de Agustí Alcoberro y en la tesis «Orígens i evolució de la cacera de bruixes a Catalunya (segles XV-XVI)» de Pau Castell Granados. He leído sobre plantas y remedios en «Plantes medicinals i remeis casolans al Berguedà» de Joan Subirana Puigcasas, y sobre Joan Petit en el blog HistoJove. He citado fragmentos de *Dublineses*, de James Joyce (traducido por Guillermo Cabrera Infante), y de *For Generations. Jewish Motherhood*, de Mandy Ross y Ronne Randall, traducidos por mí misma. He narrado y transcrito la «Flor romanial», el cuento de «El gigante Verlihua» y «El testament d'Amèlia» tal como me los contaba y cantaba mi madre.

Gracias infinitas a Oscar, mamá y papá, Lluís Calvo, Jan Ferrarons, Marta Garolera, Irene Jaular, Alexandra Laudo, Josep Ballell, Ana Palomo y Jaume Coll.

NOTAS

[1] Esta es una obra de ficción, por el único motivo de que, en muchos casos, el autor no pudo recordar las palabras exactas pronunciadas por algunos, ni las descripciones exactas de algunas cosas, así que tuvo que rellenar los huecos lo mejor que pudo… Cualquier parecido con personas vivas o muertas debería ser básicamente evidente para ellos y para los que los conozcan, sobre todo si el autor ha sido lo suficientemente amable como para proporcionarnos su nombre verdadero y, en algunos casos, su número de teléfono. (*N. de la T.*)

[2] Cuando las riadas han partido las colinas — / y abierto un camino de peaje por sí mismas — / y arrasado los molinos—. (*N. de la T.*)

[3] «Aquí me tienes poniendo diques / que tu torrente me inundaría / y tú venga a poner diques / que mi corriente te ahogaría. (*N. de la T.*)

[4] Melocotón. (*N. de la T.*)

[5] En castellano en el original. (*N. de la T.*)

[6] En portugués en el original. (*N. de la T.*)

[7] Celebración catalana que coincide con el día de Nochebuena. Consiste en haber alimentado al tió (un tronco con rostro) y molerlo a bastonazos para que «cague» regalos para todos. (*N. de la T.*)

[8] «El testament d'Amèlia», canción popular catalana. «Amèlia está enferma / la hija del buen rey. / Los condes la visitan, / los condes y la gente fiel.» (*N. de la T.*)

[9] «Ay, que se me anuda el corazón / como un ramo de claveles.» (*N. de la T.*)

[10] «Hija, hija mía, / ¿qué mal te aqueja?» (*N. de la T.*)

[11] «Madre, madre mía, / lo sabes tú muy bien. / Que me has dado un veneno / que me anuda el corazón.» (*N. de la T.*)

[12] «A vos, madre mía, / os dejo a mi marido, / para que lo tengáis en vuestros aposentos / como hace tiempo que hacéis. / También os dejo, madre, / las chinelas de los pies / para que, bajando la escalera, / el cuello os quebréis.» (*N. de la T.*)

[13] En castellano en el original. (*N. de la T.*)

[14] Fragmento de la canción «Bamboo» del grupo mallorquín Antònia Font. «Gritan los pescadores, roja es la playa africana, y un tiburoncito cena con su mamá y su papá tiburones.» (*N. de la T.*)

[15] En castellano en el original. (*N. de la T.*)

[16] «Un indio muerto» y «el hijoputa guatemalteco» aparecen en castellano en el original. (*N. de la T.*)

[17] «El sol que no salga hoy y que vuelvan las estrellas, que te necesito muy cerca, para jugar con tus cabellos.» (*N. de la T.*)

[18] «Si tú tocas y yo canto, es porque nos entendemos, y el camino que hagamos será para ir adelante.» (*N. de la T.*)

[19] Canción popular infantil. «La luna, la ciruela, / vestida de luto, / la llama su padre, / no quiere su madre.» (*N. de la T.*)

[20] «Joan Petit cuando baila, baila, baila, baila, Joan Petit cuando baila, baila con el dedo. Con el dedo, dedo, dedo, ahora baila Joan Petit.» (*N. de la T.*)

[21] «La luna, la ciruela / y el sol matutino, / su padre la llama, / su madre también.» (*N. de la T.*)

[22] «Oh pastor, buen pastor, / cuando me tocas, no me haces mal, / me enterraron en la arena / por la flor romanial.» (*N. de la T.*)

[23] «Madre mía, mi buena madre, / cuando me tocas, no me haces mal, / me enterraron en la arena / por la flor romanial.» (*N. de la T.*)

[24] «Padre mío, mi buen padre, / cuando me tocas, no me haces mal, / me enterraron en la arena / por la flor romanial.» (*N. de la T.*)

[25] «Hermano mío, mi hermano, / cuando me tocas, me haces mal, / me enterraste en la arena / por la flor romanial.» (*N. de la T.*)